PETER HOBBS

SOLSTICIO DE INVIERNO

La vida de un hombre bueno y abnegado, un héroe de resonancias faulknerianas, narrada por un autor de gran futuro.

Cornwall, Inglaterra, 1870. A lo largo de un año y gracias a las reflexiones escritas en un viejo diario, conoceremos la vida de Charles Wenmoth, predicador metodista laico que vive en la pequeña localidad de Quethiock, en el condado más castigado por la miseria de toda Inglaterra.

Haciendo acopio de fuerzas, nuestro protagonista dedicará su escaso tiempo libre a predicar y a ayudar a los pobres y enfermos, mientras su propia fe flaquea. Sabremos de su lucha contra la indiferencia de su congregación, y del placer y la fuerza que le proporciona la contemplación de la naturaleza y su amor secreto por una joven ciega.

Inspirada por el lenguaje de los diarios de su tatarabuelo y de la Biblia, influenciado por autores tan diferentes como Hardy, Blake y Faulkner, Peter Hobbs ha creado una primera novela con una ambición e innovación estilística sobrecogedoras, y de enorme fuerza emocional.

Peter Hobbs

Solsticio de invierno

INSURGENTES

Título original: *The Short Day Dying*
Peter Hobbs, 2005
Traducción: Cruz Rodríguez Juiz, 2006

-

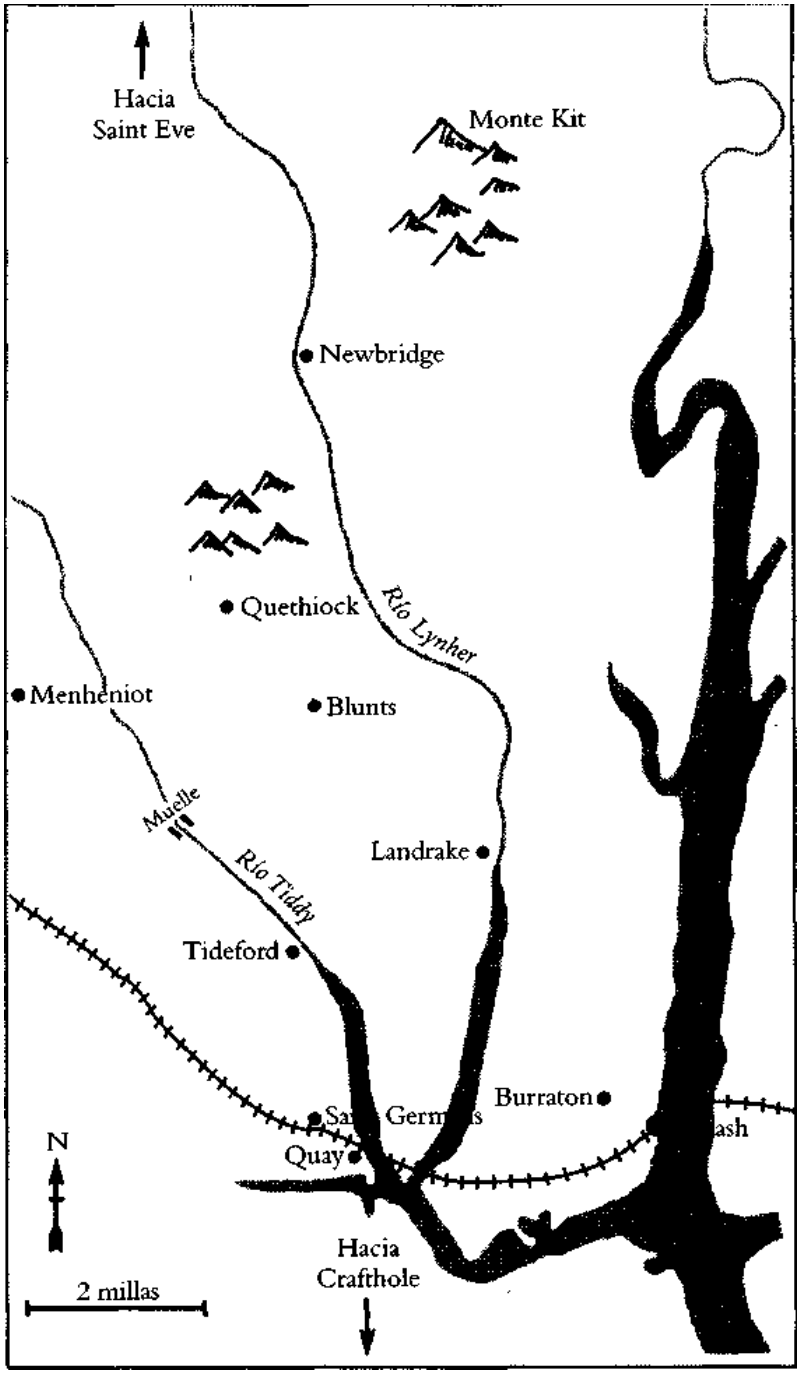
Revisión: 1.0
15.08.2023

A la memoria de mi padre

Fui al jardín del amor,
y vi lo que nunca había visto:
una capilla en mitad de la niebla,
donde antes solía jugar en el prado.

WILLIAM BLAKE

ENERO DE 1870


Hacia
Saint Eve
Monte Kit
Newbridge
Quethiock
Río Lynher
Menheniot
Blunts
Muelle
Río Tiddy
Landrake
Tideford
Burraton
Quay
N
2 millas
Hacia
Crafthole

Otro Sabbat se nos ha ido a toda prisa hacia la eternidad como si los ángeles se lo llevaran en sus brazos extendidos para cosechar los días. Se nos roba el tiempo y permanecemos ciegos ante su pérdida ni tampoco volveremos a ver ese tiempo desperdiciadas han sido mis horas. Los días titilan iluminados y pasan raudos.

En las breves horas de hoy he realizado mis tareas aunque me han dejado cansado y me queda trabajo para mañana. He ido a la escuela y a la clase he entregado mi diezmo. He acudido a Tideford a cambiar los tratados y así ha pasado el tiempo con la impresión de no haber visto recompensa alguna de que nuestra tierra está desprovista del fruto prometido. Parece que ha pasado mucho tiempo desde que viera otra cosa que desolación en este lugar. Tenemos minas deterioradas y también comunidades deterioradas se abren espacios demasiado amplios entre las congregaciones.

He estado en las casas vacías del Señor he visto Su morada yerma y ridiculizada y las joyas que un hombre podría encontrar en ella acumular polvo y el Libro cerrado pese a contener tamaña sabiduría. He conocido la Palabra del Señor hablando por mí pese a rebotar en el vacío sin nadie para escucharla.

El tiempo apremia. He perdido veintisiete años al menos veinte sin duda debo ser capaz de recordar lo acontecido a mi alrededor. Qué breve se ha hecho. Sin embargo la mitad de mi vida ha volado y mi juventud ya queda distante he olvidado lo que era ser niño y este olvido duele como una pena profunda. ¿En qué han quedado los días? Sé que no he mejorado el pasado como debería. Los enfermos no han sido visitados y mis deberes han sido desatendidos se han

quedado almas sin salvar y abandonadas al frío lejos de la morada de su Padre. Pareciera que nunca gobernara el tiempo. ¿Alguna vez he sido libre? Estos años se han ido en trabajar para ganarme el sustento y carezco de toda seguridad en las cuestiones materiales nada tengo para mí y poco para el prójimo.

No soy hombre sin educación. He recibido escolarización y sustancial información de los predicadores a los que se me ha concedido la gracia de escuchar y leer. He experimentado muchos cambios pero ninguno tan grande como el acontecido en lo profundo del corazón. He visto una pequeña parte de esta tierra oído a hombres conversar sobre muchas cosas y escuchado que entre todas las tonterías podría comprender algo nuevo. Pero los conocimientos pasan. Parecen quedar en nada. ¿De qué sirven si no perduran de qué provecho si no acuden en mi ayuda en mi tarea ni en la de Él? Confieso que estoy cansado del trabajo no he reposado bien ni amo lo bastante mis deberes. Parece que siempre necesito una pausa antes de acometerlos como para decidir si vale la pena cargar con ellos.

Últimamente he venido en pensar en todos los diversos agentes mediante los cuales se puede obrar algún bien. El repartidor de tratados. El que visita a los enfermos. El maestro de la escuela dominical. El predicador del Evangelio. Todos ellos hacen sus rondas y sin embargo no vemos trofeo alguno porque quiera mi Maestro que me equivoque las pobres almas no abren los ojos al peligro que las acecha.

Incluso llega el Sabbat y continúan con sus quehaceres o descansan según les place. Mientras paseaba hoy por el pueblo he visto a un hombre sacando agua del pozo a menos de cien yardas de la capilla. No dudo que su cuerpo estaba sediento pero ignoraba la sed todavía más honda de su alma y el pozo que aquí le ofrecemos es más abundante que el suyo y más refrescante. Es una desdicha. Abusan de las libertades que se les han otorgado en esta vida que les ha sido dada y no se vuelven hacia su Señor a pesar de que El suspira por ellos yo lo he sentido. Buscarían el descanso tras sus duros trabajos y sin embargo no sienten el menor anhelo de la pureza de la paz que Él les ofrece y se contentan con la vanidad de sus miserables comodidades. Perderán el Sabbat y vivirán en la ignorancia de lo que otrora dispusieron. Luego sus imaginaciones

les fallarán y cesarán de recordar lo que fue tener fe. Imaginan que han abierto los ojos a un mundo nuevo que les depara una vida fácil un lugar donde descansar en el Sabbat y abandonar a su Dios. Pero no existe un mundo nuevo ni un tiempo fácil para ellos y sencillamente han perecido para el viejo.

Sé que en este país se vivieron tiempos mejores cuando el Cielo estaba más cerca de la tierra. No fue hace tanto. Incluso en la época de mi padre la Iglesia ejercía un gran poder en este lugar serenaba a los borrachos moralizaba a los libertinos y enderezaba a las familias ante Dios. Anhelo ver Su casa renovada y fuerte de nuevo.

Muchas veces esta semana el fuego ha descendido sobre mí incluso durante las horas de trabajo y he conocido el dolor del Señor cuando las gentes maldicen y se lamentan de su mala fortuna pero al llegar el crepúsculo no se retiran a Él trabajan en su contra y no abren los ojos. Se dicen que ser necios ya les está bien. ¿Por qué no entregan sus corazones a Dios?

Pues nuestro tiempo es breve. El final llega con alientos presurosos. Esta misma semana ya se ha llevado a varios estuvieran preparados o no. He visto fallecer a algunos en este pueblo y por tanto a niños llorar por sus padres y a esposas por sus maridos y se ha confirmado el dicho del sabio «El hombre marcha a su casa y los dolientes vagan por las calles». La muerte ronda siempre cerca no necesito que se me recuerde. Siento que siempre ha sido una compañera fiel. Sé lo corta que es la vida que aunque en el Cielo se nos conceda la Vida Eterna en esta tierra nuestra carne es pasajera.

He salido a visitar a los enfermos y he visto al señor Blackmore que está débil e intuye que su Salvación anda cerca. Solo aguarda su llamada. Y he visitado a una joven que lleva años postrada en cama pero se mantiene cerca de Cristo y ha sido una alegría ver tamaña fe en alguien a quien ninguna alabanza a Dios le parece suficiente. Creo que a veces nos es provechoso visitar a los enfermos nos enseña una lección y así quizá atendamos la llamada de nuestro Maestro pidiéndonos que nos preparemos para Su llegada, «preparaos» dice y mi alma tiembla al oír Su voz.

No obstante sé que no estoy preparado. Porque he desperdiciado mi tiempo no lo he aprovechado lo he dejado escapar entre los dedos y ahora soy agudamente consciente de mi falta de valía. Si hubiera de nombrar mis pecados apenas tendría tiempo. No siento

dentro de mí la esperanza que sé que debería cobijar y mis labores no me aportan consuelo. Me he entretenido como el niño más confiado.

Aun así no todo es oscuridad. Parece que conservo Su favor y me siento agradecido de que no me consuma la enfermedad ni reverencie ídolos falsos. Incluso a medida que van pasando las horas de mi Salvación se me muestra la misericordia de Su Gracia puesto que Él me ha conducido a este lugar y me ha concedido conocerle en mi corazón y entrever la dicha celestial que nos aguarda.

Por tanto debo luchar por esforzarme más y aprovechar las horas que me queden. Vigilaré los días restantes y los corregiré de tal modo que Su obra sea hecha. Recuperaré el tiempo y lo marcaré con una hendidura de la que pueda asirlo al pasar y arrancar una fracción para mí. Recordaré a los que ya no están registraré sus nombres y rogaré por ellos cumpliré con mi adusto deber. Y entonces tal vez obtenga satisfacción y pueda acometer mis labores con gran alegría renovado y sin dolor ni gran pena ni remordimiento de conciencia ni deseo de haberme quedado en casa.

1

Bien si la alegría hubiese de hallarse en una ronda de deberes hoy debería haber recibido mi parte porque no he dispuesto de demasiado tiempo libre. He ido temprano a Saint Germans a cambiar los tratados que no se han utilizado desde el nuevo año. He encontrado a los trabajadores faenando ya en los muelles cargando las barcazas mientras subía la marea. El viaducto del tren se alza inmenso sobre la escena es una construcción notable que parece empequeñecernos por comparación y no obstante nos obliga a maravillarnos ante lo que el hombre es capaz de hacer.

Un par de trabajadores me han saludado al pasar hay algunos que me conocen. Arropados todos contra el frío temprano me he alegrado de vestir una capa extra. El hielo entumecía los cabos que amarraban los botes he conocido días tan fríos que se han partido privados por la estación de su resistencia y las gabarras se han alejado de su lugar en el muelle y provocado los gritos repentinos de los hombres para sostenerlas en puerto asegurando un nuevo cabo antes de que se alejaran fuera de su alcance. Pero el río continúa fluyendo ajeno a si lleva demasiado barro y sal para congelarse o si la marea es demasiado fuerte y el caudal demasiado veloz. Solo las lagunas del molino de Newbridge están cubiertas de una fina capa de hielo aunque demasiado frágil para poder caminar o patinar sobre ella.

Aunque este año no la he visto en la granja de mi madre hay una laguna que se hiela a menudo. En los inviernos más duros de mi infancia a mis hermanos y a mí nos mandaban a romper el hielo para que el ganado pudiera beber sus gélidas aguas. Cogíamos largas varas y partíamos la superficie cuajada y luego cargábamos y lanzábamos enormes losas de hielo hasta que se nos entumecían los

dedos. Recuerdo el dolor profundo y persistente que parecía no ir a remitir jamás mientras se calentaban.

Bien también este invierno ha sido severo ha habido días en que no he logrado quitarme el frío de encima por mucho que trabajara y he sufrido por los que no tienen mi fuerza ni un fuego junto al que trabajar. No siempre he apreciado la forja es un oficio difícil pero lo menos que cabe decir al respecto es que me ha mantenido las manos calientes pese a las heladas. Solo los mineros disfrutarán de un lujo similar excavando en las profundidades de la tierra caldeados por el calor y la presión de la roca pero sé lo que tienen que soportar allí abajo y no les envidio.

Con todo solo llevamos unas semanas del nuevo año y cobijo una leve esperanza de que la estación esté cambiando. Los vientos del este que soplan sin descanso todo el invierno han perdido intensidad y vientos meridionales más benévolos han girado hacia nosotros trayendo consigo la calidez y el peso del océano. Se palpa una sensación diferente en el ambiente el aire mantiene todavía un toque frío pero ya no es gélido. También me ha parecido que están regresando los primeros pájaros aunque es un poco pronto y quizá mis esperanzas me adelanten a la verdad de los acontecimientos. Una bandada dispersa ha salpicado hoy el cielo como semillas lanzadas al aire y esparcidas por los vientos.

He dejado el muelle laborioso y remontado el sendero que conduce a Saint Germans. El pueblo descansa muy adecuadamente sobre el borde del valle resguardado tras los bosques a media milla del río. Es un paseo familiar y agradable he recorrido este camino muchas veces y mis pensamientos tienden a escapar del paisaje y las ocupaciones del momento. Tan profundos se han grabado estos pasos en la memoria de mis piernas que creo que si me quedara ciego mis pies encontrarían el camino con idéntica facilidad.

Me he detenido frente al tablón del borde del camino a colgar un tratado nuevo. Un poste manchado de humedad sostiene en alto el marco de madera. Todavía son visibles algunos residuos fragmentarios de brea pero no bastan para protegerlo del desgaste. Un débil y agrio olor a humedad de la nieve caída durante la semana emanaba hoy de la madera pese a que el aire del día despejado quería secar los postes. En el separador de madera de la cubierta de cristal hay una cerradura minúscula aunque no existe

llave de la que tenga conocimiento y las puertas se han abierto fácilmente al roce de los dedos. Dentro seguía el tratado viejo donde lo dejara el año pasado.

He arrancado del tablón los carámbanos que colgaban en hilera cual barba. He limpiado con un trapo el sucio cristal. He extraído un nuevo sermón del fajo y lo he colgado con cuidado de alisar el papel para que se leyera bien y luego he cerrado las puertas de madera hinchada que han encajado con un chirrido.

Al doblar el antiguo tratado para llevármelo conmigo me he preguntado cuántos habrán dedicado el tiempo de detenerse aquí a beneficiarse de él. He visto a los trabajadores del muelle pasar por delante de camino a casa sin ni siquiera girar la cabeza. Tal vez nadie lo lea. Les resulta una imagen demasiado familiar hasta el punto de que sus ojos ya no la captan de igual modo que pasamos por alto lo que nos queda en exceso cercano. He pensado en comentarlo en la siguiente reunión de distribuidores me pregunto qué podríamos hacer al respecto. Quizá si trasladáramos los tablones o acometiéramos un pequeño cambio que animara a la gente a verlos por primera vez como si fueran nuevos y la Palabra inédita. Pues debo plantearme qué sentido tienen si no son un medio para salvar almas. Quiera Dios Nuestro Señor tener a bien despertar a las pobres almas al peligro que las acecha porque el tiempo apremia.

He trabajado durante el día y al anochecer he dedicado mi tiempo a visitar a los enfermos y ha sido una labor gratificante. He visitado a dos viudas en la casa de beneficencia las señoras Webber y Truscott pero he resultado una molestia puesto que pasaban el frío durmiendo y no han tenido a bien sentarse conmigo de modo que las he dejado. Después he visitado brevemente al señor Blackmore pues el hombre estaba cansado y sus viejos pulmones ruidosos cargados todavía del polvo de los pozos y por último a Harriet French. También ella estaba muy débil según me ha contado su madre y le dolían el pecho y los costados pero ha yacido en paz durante mi visita y no se ha quejado. Es una buena chica que soporta bien el padecimiento a pesar de que ya le ha privado de la vista y no sé cuánto le queda en este mundo. Se la ve muy delgada y con escasas carnes pero ha sobrevivido a otro año plagado de peligros y por tanto tal vez queden razones para la esperanza.

Tiene una tos que raspa dolorosa retuerce espantosamente su rostro cuando la acomete y su crudo sonido emerge como una infección tratando de atraparnos. Por supuesto sabemos que es un síntoma de esa enfermedad más profunda que ya se ha llevado a muchos no sin antes conducirlos a la desesperación. Frente a tanto sufrimiento es un milagro que Harr conserve la fe es algo digno de verse pero por otro lado la fe es dura de roer una cosa pequeña pero poderosa que no es fácil destruir.

Ha nevado un poco mientras conversábamos pero al cabo de una hora la nieve ha dejado paso a la lluvia que golpeaba suavemente las ventanas a veces como un murmullo y otras con la fuerza renovada de un aguacero. Me ha recordado que en el tejado hay una gotera que prometí arreglar aunque no estoy muy seguro y debería consultarlo con alguien.

Ha sido una hora agradable. El tiempo se ha deslizado sutil y he tenido la impresión de que debía regresar a casa demasiado pronto. A pesar de que las ocupaciones no me han dejado tiempo para mi y de que no sabría cómo medir sus beneficios tengo la impresión de que el día ha sido provechoso para mi alma.

Y ahora ese hoy ya es ayer. Apenas lo he notado enterrarse bajo el día siguiente que borra el anterior y lo hunde en el recuerdo hacia el olvido. También el Sabbat ha llegado y ha pasado veloz. El mal tiempo ha persistido e incluso ha empeorado durante la noche bien no me molesta en absoluto la lluvia pero ha dificultado salir a predicar y al final del camino me esperaba la decepción. Esperaba una congregación y solo había un fiel. Qué triste que baste un poco de frío y lluvia para que ni se acerquen.

2

Hubo un raro día a principios de febrero en que quedé libre de mis tareas. Un día de sol inesperado en que pareció que todo iría bien. El aire estaba limpio y hacía un calor prometedor. Reinaba la esperanza de reanudar buenas amistades y sanar el corazón.

En el pasado habría ido a casa a visitar a la familia que vive a tan solo doce millas de distancia. Pero estoy en las últimas semanas de prueba como pastor local y dado que mis deberes me han mantenido muy atareado he decidido dedicar más tiempo a los necesitados. No sé hasta cuándo seguirán con nosotros.

Empero el tiempo era tan agradable que robé unos instantes a primera hora del día para pasear por las montañas. Al salir de casa pude dejar en ella el abrigo. La tierra parecía haber renacido bajo una nueva luz. Aquí la tierra es buena tenemos verdes campos de suaves ondulaciones con setos espesos que entrelazan zarzamoras y espinos. Se habían pasado ya los primeros arados y crucé un campo de tierra renovada donde se había abierto y removido la turba del invierno. Se me enganchó a los pies que después me pesaban al remontar las pendientes.

Se alcanzaba a ver el horizonte despejado el aire actuaba como una lente de aumento que acercara las distancias. La escena me era tan familiar que vi mi hogar iluminado. Me reconfortó la sensación de que todo pareciera tan próximo y nada tan lejano que cansara alcanzarlo a pie.

Por la tarde visité de nuevo a Harriet French y le describí la belleza del día. Le conté cuánto lamentaba que no pudiera disfrutarla aunque después he pensado que tal vez no fuera apropiado comentárselo y que no debería afligirla alabando dones que se le deniegan.

Pero en su momento dicho pensamiento no me vino a la mente y ella siguió preguntándome por el día pasado y yo me extendí en contárselo todo. No obstante no necesité inventar nada me limité a contarle la verdad.

Estar con ella en la habitación fue como disfrutar de un pequeño Cielo. Harr parecía llena de vida y con ganas de hablar de mil cosas. Por supuesto ella no necesita luz en la habitación y yo casi tampoco la necesité pues su espíritu ilumina la estancia para los visitantes. Tenía las mejillas acaloradas pese a la palidez del resto de su tez y lo hundido de su rostro. Se la veía tan débil que diríase a la espera de la última llamada. Empero yace en paz y cuando despierta su confianza es tan simple y directa que jamás creería nadie que haya conocido algo más que la fe aunque ella afirma lo contrario. Durante mucho tiempo he anhelado saber de conversión a la fe escuchar sobre alguna de las luchas que insinúa pero siempre hay algo que me impide preguntarle y además le gusta hablar de cosas más sencillas y descansar después mientras espero a su lado. De modo que prefiero no preguntar porque sin duda la historia me llegará a su debido tiempo. La contemplo parpadear a veces sus ojos se mueven como si vieran algo que yo no puedo seguir.

He conocido muchos ciegos de nacimiento con ojos blancos como una pared igual que los de Pablo con los globos oculares cubiertos de escamas. Me pregunto cómo será no ver más que una pantalla lechosa que te aísla del mundo. Dicen que solo el Señor conoce nuestras almas y que para el resto de nosotros serán siempre un misterio pero a menudo pienso que nos concede más conocimientos que aquellos de los que de común se nos habla. En nuestros ojos vemos indicios de la persona que somos y no por casualidad los llamamos «espejos del alma». He aprendido a buscar en ellos la verdad pues miran a Dios y reflejan Su Gloria. Así últimamente he dado en pensar que tal vez a aquellos que han quedado ciegos y han perdido la visión del mundo también se les ha robado el alma se les ha retirado de las cuencas y se les ha sustituido por canicas blancas. Que se les ha quitado parte de su humanidad que han sido convertidos en medios hombres o mujeres que la pérdida del mundo es también la pérdida de algo interior. O quizá sus almas permanezcan atrapadas dentro aunque solo Dios lo sepa rotas sus ataduras con este mundo peladas por un cuchillo

hasta partirse. Me ha inquietado un tanto esta idea.

No obstante a Harr se le ha perdonado. Cierto que ha perdido la vista pero su alma se ha salvado y se nos permite contemplarla. Sus ojos refulgen como guijarros bajo una corriente cristalina. El gris rodea las pupilas pero estas reflejan como una fina tela la luz de la estancia y adoptan diversos colores las he visto azules verdes o amarillas según la hora del día y el tono de su vestido o del sol que se colara por la ventana.

Sentando en una ocasión con su madre me distrajo un dulce aroma proveniente de algún lugar de la casa un olor que conocía pero no alcanzaba a identificar. Fui de habitación en habitación pasando por la cocina y subiendo las escaleras para visitar a la joven todavía desconcertado por la dulzura aromática y no descubrí el ramo de lirios sobre su tocador hasta que vi el azul oceánico reflejado en sus ojos.

Sé que Harr perdió la vista poco a poco parece un modo terrible de renunciar a la belleza de Su mundo. Sin embargo ella nunca se ha quejado conmigo y se sorprende cuando la interpelo sobre ello y contesta que recuerda perfectamente cómo eran las cosas que la rodeaban de niña y que no necesita verlas más.

Dice que tal vez ya no sean tan bellas como las recuerda y ríe.

Dice que la luz se apagó con una larga puesta de sol estival una maravilla. Que el oro precedió a la oscuridad. Pienso en lo valiente que es. Y comoquiera que su ceguera nos es invisible imagino que habría quien la visitaría sin percatarse por lo bien que conoce su cuarto y por su oído tan agudo capaz de crear una ilusión tal que los invitados se encuentran a gusto.

Cuando llamo al marco de madera de su puerta digo Hermana French.

Y ella sabe quién soy pues ha oído mi voz en la planta baja pero si no está demasiado cansada siempre recibe con agrado a las visitas y con tono alegre y sorprendido contesta Hermano Wenmoth y me invita a entrar.

Si está despierta y así lo desea le leo un poco. Tiene un libro de poemas que le regaló un amigo pero me plantea ciertas dificultades y me avergüenza pronunciar mal. Bien no tengo facilidad para el ritmo y su lenguaje me resulta extravagante. En ocasiones ella me corrige y yo intento repetir de nuevo el pasaje pero nunca me

resulta fácil. Otras veces la veo a punto de señalarme un error y luego cambiar por simpatía de opinión y dejarme continuar. En ambos casos me incomodo. Además varios de los poemas alaban la Naturaleza pero los versos me parecen falsos y demasiado refinados todo lo que la Naturaleza no es. No son de mi agrado. Las rimas muy bien podrían ser himnos sin música y de contenido menos sustancial. Pese a que llaman a la tierra «divina» rara vez mencionan al Señor.

De modo que llevo la Biblia y leemos sus historias. Me alivia mucho que hayamos adoptado esta costumbre la prefiero y considero que hay mucho que aprender de volver a escuchar sus viejas historias mucho más ricas que cualquier poesía.

En la visita de hoy hemos hablado de la vida en la Iglesia y parecía triste de no poder participar en ella.

Debes de echar de menos la comunión le he dicho.

Son los cantos lo que más echo de menos me ha confesado.

Ha sonreído al decirlo y su sonrisa es un espectáculo curioso y vital puesto que no se dirige a ninguna parte de la estancia en particular y al ser totalmente inconsciente carece de toda afectación.

Le he ofrecido cantar en el dormitorio pero se ha reído porque no tenía fuerzas para cantar y quizá tampoco fuera correcto. A mí no me ha parecido que hubiera nada inadecuado en alabar a Dios pero ella estaba cansada y feliz y por tanto no se lo he dicho Harr no quería molestar a su madre y yo no quería pasar el tiempo que estuviéramos juntos preocupados por lo que su madre escuchara o por si se decidía a subir.

Así pues ha hablado un rato sobre sus recuerdos de infancia en la Iglesia y sus recuerdos eran tan frescos que me han hecho pensar en mi niñez a continuación dejo constancia de alguna de las cosas que me ha contado.

Debía de referirse a cuando tenía nueve años. Los domingos su madre los mandaba a William y a ella a cerrar los postigos de la tienda de su tía y pasar el cerrojo de la puerta. A las once menos cuarto los acompañaba a la pequeña capilla metodista de lo alto de la colina me ha hablado de los veranos cuando la hierba crecía alta y le prohibían jugar por miedo a que se estropeara el vestido. Su tía llevaba un vestido de seda rígida con el pecho bordado que

recuerda a la perfección y cuyo diseño sus manos han dibujado para mí en el aire. Por entonces acudían más fieles al culto. Qué tristeza que ya no sea así. En los pocos años transcurridos la congregación ha disminuido y a menudo imagino cómo sería en la época de mi abuelo cuando la Iglesia vivió un gran resurgimiento que en mi opinión debió de asemejarse a cuando en la Biblia se dice que los cantos de la calle gritaban que las piedras de las iglesias rebosaban de alabanzas. Se vivió una maravillosa efusión del Espíritu Santo. Al llegar el Sabbat la gente acudía a escuchar a los predicadores se congregaban por centenares en numerosos lugares próximos a Gwennap o en este distrito se reunían al aire libre en el prado de junto a la capilla.

Me he preguntado con Harr cómo sería por entonces pero no conoce esas épocas mejor que yo.

Ahora ni siquiera esta familia acude a los servicios aunque son las circunstancias las que la mantienen alejada de la Iglesia. Desde que Harr no puede salir de casa su madre se ha convertido al cuaquerismo y en lugar de reunirse con nosotros en la capilla se reúne en el pueblo. De ahí que hayan quedado fuera de la ruta de enfermos de la Iglesia bien me he esforzado por cambiar la situación no creo que debamos cuidar tan solo a los nuestros.

Me la imagino sentada en los bancos de la iglesia como se sienta cuando la trasladamos a la planta baja con los oídos bien atentos para escuchar el sermón. Tal vez hiciera como hacíamos mis hermanos y yo cuando paseábamos la vista por las volutas de madera del púlpito e imaginábamos pequeños mundos plagados de historias para nosotros. O quizá se inclinara hacia atrás para seguir el arco de piedra y preguntarse cuántos años hacía que se había alzado para nuestro Señor. De sus recuerdos se deducía claramente que lo que añora no es la privación de la comunión con el Señor ya que aquí también la tiene puesto que su alma sigue abierta a Él sino la capilla en sí el edificio de piedra que conocía y la gente que lo ocupaba.

Cuenta que si William y ella se comportaban bien durante el sermón a veces les daban un dulce para que lo saborearan de regreso a casa. Y si hacía buen tiempo les permitían cambiarse de ropa y jugar después en el jardín en pendiente de detrás de casa de su tía pero sabían que en Sabbat no debían gritar ni hacer ruido.

Ha sonreído al recordar que al fondo del jardín corría un arroyuelo donde jugaba con William. Golpeaban las piedras para sacar las anguilas que se escondían debajo. Le parecían raras tan largas y serpenteantes. También yo he comentado la maravilla de esos animales de los que se dice que pese a vivir bajo el agua recorren distancias tan largas como las de los hombres.

Me hablaba con una felicidad evidente que me ha afectado porque se refería a tiempos ya pasados y a ella ya no le resta más vida en este mundo que unos pocos meses de padecimientos. Pero no considera el pasado algo perdido. Me pregunto si sabe que no regresará. Que las vidas de antaño no volverán a vivirse que avanzamos a trompicones hacia nuestro largo final por sendas siempre nuevas y días que se acortan.

Nuestra charla la ha dejado agotada y con los ojos anegados en lágrimas. Pero su sonrisa seguía reluciente por lo que he sabido que sus recuerdos eran felices y que no habíamos errado al rememorarlos. Y como para compensar tal felicidad cuando ha llegado la hora de partir me ha sobrevenido la tristeza. Al salir le he dejado dos peniques a la señora French dándole a entender que procedían de la capilla cuando eran de mi propio bolsillo. Y si bien no eran mucho he tenido que controlar mis gastos el resto de la semana.

He regresado a casa a pie. Junto a una bella puesta de sol. Una fina franja de cielo por encima del horizonte se ha teñido primero de dorado y luego se ha encendido y ha ardido hasta quedar reducida a cenizas justo cuando una nube gris ha partido como el humo tras de ella.

3

Solo las visitas a Harriet French y su familia han hecho llevadero este último año de trabajo y de los momentos placenteros que se me han concedido muchos los he pasado en su compañía. Su cuarto ofrece un descanso inusitado un lugar al borde del camino que me estaba esperando. Su alma parece tan bendecida por el amor del Maestro que estando en su presencia me siento más cerca de Él. Puede que haya caído enferma pero como recompensa ha sido salvada y su compañía aligera mi carga y alivia las luchas de mi espíritu. Con ella despuntan los días.

Vive con su madre y su hermano en una casita de una de las calles pobres de Saint Germans. Les conocí a través de mi madre que entró en contacto con ellos porque la tía de Harr regentaba un colmado en un pueblo vecino y tengo entendido que existe algún tipo de parentesco con esa rama de la familia si bien nunca se me ha explicado. La relación es lo bastante lejana para que se haya olvidado. Por supuesto ahora el negocio está cerrado y la casa de la tía vacía el fallecimiento del padre y la enfermedad de Harr les han conducido a una situación difícil.

Hay aquí numerosas familias con problemas similares de modo que acudo a menudo a Saint Germans para visitar a los enfermos por lo visto en este lugar nunca escasea el trabajo para la Iglesia. «Pues los pobres siempre estarán con vosotros» se nos dice y me parece una triste verdad que no sé si será necesaria. A veces me irrito al pasar junto a la casa señorial y ver la riqueza que asoma tras sus paredes. El hacendado es cristiano y hombre recto y no le tengo por indiferente a las necesidades de sus arrendatarios y no los expulsa de sus casas si no alcanzan a pagar el alquiler pero de todos modos es rico y creo que su dinero podría ayudar a la parroquia si

se repartiera de manera más equitativa.

El camino que me lleva hasta el pueblo transcurre junto a los jardines de la casa señorial. Y es curioso pues miro el lugar para juzgar su riqueza pero la visión de sus amplios pastos me despierta una rara nostalgia por un lugar y tal vez una vida que jamás conocí pero curiosamente siempre he deseado.

A pocos pasos las casas de los pobres necesitan reparaciones urgentes y los escombros se amontonan a ambos lados del camino. Se me recuerdan los dones que me han sido concedidos. Los niños que juegan en la calle lucen ropas viejas sucias y casi rotas pero no tienen nada mejor y doy gracias de no haberme visto nunca reducido a semejante estado. En mi última visita vi a un niño descalzo con los pies ennegrecidos por la mugre y la sangre de los cortes producidos por las rocas que no obstante echó a correr al verme. Volví a encontrármelo al girar la esquina abrazado al muslo de su madre y revoloteando detrás de sus faldas.

Antaño las casas estuvieron encaladas pero el revestimiento se halla ahora en pésimo estado está mugriento y resquebrajado. La basura se amontona junto a las paredes y en un par de casas es tal el hedor fétido y podrido que se desprende de los charcos que las visito a mi pesar. No me extraña que la enfermedad se aposente en estos lugares.

En otro tiempo los pueblos fueron más pequeños y la región vivía de las granjas no puedo evitar pensar que fueron épocas mejores. Porque se ha abierto la tierra con minas y canteras y muchos hombres vienen a trabajar extrayendo las riquezas del subsuelo. Y no obstante las heridas infligidas a la tierra y los cambios que han sufrido estas comunidades no parece que les hayan reportado progreso alguno. No hay familia en esta calle que haya escapado a las penurias y no haya perdido hijos e hijas creo que podría completar mi cupo de tareas en muy poco espacio y sin embargo con frecuencia solo dispongo de tiempo para la señora French y sus hijos. La señora French no tenía más familia que el marido y una hermana y ambos le fueron arrebatados antes de tener hijos que pudieran mantenerla y ahora su hija ha enfermado.

La casa de la viuda se cuenta entre los edificios más pequeños del lugar. Altos castaños alzan sus brazos desnudos tras la hilera de casas sus intereses han abandonado el cielo para centrarse en el

suelo y sus raíces buscan vida en las profundidades de la tierra. La casa no es más que una cabaña construida en la pendiente de la colina de tal modo que la planta superior es mayor que la inferior. Abajo solo hay una cocina y mi pequeño porche delantero de pizarra rota. No muy recto asoma del techo el cañón de una chimenea sobre piedra con uno de los remates rotos y más corto que el otro.

Arriba hay dos habitaciones ahora claro una sirve de pequeña enfermería y William el hermano de Flarr se ha trasladado al dormitorio de la madre. William es mucho menor que Harr y le conozco poco asiste a mi clase de la escuela dominical pero de manera irregular. A menudo permanece en el umbral durante mis visitas aunque nunca nos interrumpe.

Le noto llegar pero entonces quedo absorto por la conversación con Flarr y cuando me voy William ha desaparecido sin que le haya visto marchar. Bien estoy seguro de que no le contraría la atención que recibe su hermana está muy enferma y necesita de todas nuestras horas y plegarias. La enfermedad gobierna este hogar cuyos miembros se dedican al cuidado de la moribunda. Pero ¿qué otra cosa cabe hacer?

El aspecto del lugar podría parecer inhóspito por tratarse de una casa pobre y fría. Pero he conocido muchos momentos agradables en este lugar y solo verla me llena de calor de modo que subo hacia la puerta con paso ligero y optimista.

Porque valoro lo que siento esos minutos en que escucho a la señora French deambular por la cocina y adivino que su voz me invitará a entrar y pasaré un rato con ella hasta que llegue el momento adecuado para anunciar bien ahora iré a ver cómo se encuentra y pueda dejarla y subir a donde el Cielo me aguarda.

4

Pese a las satisfacciones de tales visitas en ciertos aspectos este año pasado la vida me ha resultado muy dura. He sido agudamente consciente de las pocas ocasiones que se me concedían para ver a la familia y los amigos de antaño. Cuento también con amigos estimados en la Iglesia pero desde que he llegado a Quethiock les veo menos pues ellos han permanecido en su distrito local de Saint Eve. En Saint Germans apenas asiste alguien a las clases de estudio de la Biblia y tampoco he hallado una gran fraternidad. Y también este año pasa presuroso y ya estamos en su mes segundo y me he sentido bastante abatido pues pareciera que me aguarda otro año sin compañía. Así que me alegré mucho al recibir esta semana la inesperada buena nueva de que el hermano Tripp ha regresado temporalmente a su parroquia mi antiguo compañero de clase James ha llegado en tren desde Penzance. Me encontré a su padre en la calle y me dio la noticia y confieso que he pasado una semana frustrante porque la emoción de verle el próximo Sabbat me ha impedido concentrarme en mis quehaceres.

Dicho día debía oficiar el culto bajo los auspicios de mi Padrino el señor Roberts de modo que le pedí al señor Tripp que le comunicara a James que me agradaría verle en el oficio. Le vi acercarse por el sendero mientras esperaba en la sacristía saludando a la feligresía. Su caminar me es tan familiar que reconocí sus movimientos mucho antes de verle la cara.

Supongo que la amistad de tanto tiempo nos mantiene alerta a tales impresiones por muchos años que pasemos separados. Sus pies de paso trotón y bamboleante miran hacia fuera como si años a lomos de un caballo le hubieran dejado algo patizambo a pesar de que no creo que haya montado mucho.

El hermano Wenmoth me saludó y nos abrazamos.

Me alegro de que hayas venido le contesté y no podría haber sido más sincero.

Luego entramos y ofrecimos nuestras alabanzas y vivimos un momento reparador. Tuve la impresión de acelerar el sermón para hablar cuanto antes con James de modo que el servicio quedó algo apresurado si bien no creo que equivocara el énfasis. El señor Roberts fue el primero en dirigirse a mí tras la ceremonia.

Confío en que te esté esperando un buen almuerzo me recriminó. Se inclinó para hablarme al oído. Un poco rápido se quejó pero apoyó una mano en mi hombro antes de marcharse para confirmar que estaba satisfecho.

Permanecí junto a la puerta para bendecir a los feligreses que se retiraban hacia sus hogares James aguardó en el fondo a que la gente se marchara y pudiéramos hablar.

¿Cómo te va? me preguntó.

Le dije que bien y nos pusimos al día.

James había pasado estos últimos años en el oeste mucho más allá de Penzance incluso y me informó con profusión de la obra de la Iglesia en dicha zona. Me llevó a recordar las dificultades a las que Wesley se había enfrentado para convertir el lugar y me pareció bueno que su tarea perdurara.

Había encontrado empleo como peón y un cargo de mayordomo en la capilla local. Le conté que yo era aprendiz del herrero y se sorprendió por las vueltas del destino.

Pero si eres granjero Charles me dijo creo que en tono de burla.

Bueno pues ya no.

¿Cómo es?

Duro. Las horas se hacen largas y agotadoras sin que generen provecho alguno.

Asintió. Bueno se nos enseña a que no nos preocupemos por proveernos.

Cierto pero su comentario me empujó a preguntarme si él en verdad era libre de no preocuparse de sus circunstancias pues no era mi caso.

¿Te quedarás? pregunté.

No mucho dijo y su respuesta me decepcionó. Mi hermana está enferma de modo que he vuelto por ella pero debo regresar al

trabajo y he dejado otros asuntos que también debo atender.

Le dije que lamentaba lo de su hermana pero me aseguró que todo iba bien que se habían encomendado a la voluntad del Señor y que confiaba en que se salvaría. Y cambió de tema con ganas de conversar de modo que pasamos a materias más alegres. Me preguntó por la familia conocía bien a mi madre y hermanos y le comenté cuantas novedades conocía aunque ya eran viejas puesto que nada sabía desde Navidad.

Le encontré con las mismas energías de siempre pero maduro como todos. Había perdido un punto de insensatez. Permanecimos en el patio de la iglesia poniéndonos al día mutuamente. El alboroto de un grupo de niños que jugaba después de clase interrumpía a menudo la conversación. Gritaban demasiado para un Sabbat. James conservaba su vieja calma y no se dejaba distraer tan solo sonreía alguna que otra vez cuando los gritos regresaban con vigor creciente. Pero a mí me molestaba más el alboroto puesto que no era un día laborable cualquiera y no parecía un modo apropiado de pasar aquellas horas solemnes. De modo que en parte despreciaba a los muchachos porque carecían del menor sentido del deber. Alegría de corazón les sobraba pero no la dirigían al Señor pues no asumían sus responsabilidades del Sabbat. Y en parte envidiaba su libertad para disfrutar de lo que en otro tiempo también tuve y ahora me encantaría recuperar.

«El Sabbat fue hecho para el hombre» me dijo James cuando lo comentamos y se me recordó que se nos anima a ser como los niños y maravillarnos y henchirnos de curiosidad cuando contemplamos a nuestro Señor.

Y en verdad daba gusto verlos jugar juntos en momento tan propicio pues nos recordaron a ambos nuestra juventud no tan lejana distante tan solo unas estaciones aunque se antoje remota y fue grato revivir tales recuerdos.

James y yo jugábamos juntos algo poco corriente en mí puesto que contaba cuatro hermanos compañía suficiente para consumir la juventud de cualquier niño. Creo que James fue mi único amigo fuera de la familia y además de mi misma edad de manera que íbamos juntos a la escuela y crecimos del mismo modo de manera que compartimos las mismas raíces. Jugábamos juntos como si hubiéramos de ser niños para siempre con libertad para correr por

los bosques inventando aventuras.

Aunque resulta extraño porque ahora que he dado en revivir aquellos días recuerdo que había otro amigo con el que pasábamos el rato. Alguien en quien no había pensado durante muchos años. Una niña que vivía en Newbridge no muy lejos de la casita de James y bastante cerca de nuestra granja. Su nombre se me escapa no logro recordarlo. Los tres nos reuníamos en la represa del molino cerca de su casa. Recogíamos moras de los bordes de los caminos y matábamos el hambre con su dulzura aunque guardábamos los restos para la cocina de su madre. Qué raro recordar de pronto estas imágenes y sin embargo seguir sin saber el nombre. No puede haber pasado tanto tiempo.

Aquellos días debieron de tener su significado pero no me es dado comprenderlo y me quedo con la duda de si mis recuerdos merecen la pena pues dado que no pueden devolverme la felicidad y el placer que en ellos disfruto se me antojan una forma de tristeza y pérdida. Fueron días felices y ya no dispongo de ellos. Y me pregunto entonces cuántos lo fueron en verdad tal vez menos de los que creo recordar pero los llevo muy adentro.

Esperé largo rato con James tras el oficio hasta que fuimos los únicos que quedaban de pie frente a la iglesia y el mayordomo había cerrado ya las puertas y se había marchado deseándonos un buen día. El tiempo compartido con mi viejo amigo me pareció precioso pero sabía que pronto concluiría y que ambos debíamos enfrentarnos a las obligaciones del resto del día.

Pronto tendré el examen le dije. ¿Vendrás?

Le pareció una noticia excelente pero ocurría que la fecha no le iba bien y no podría asistir puesto que ese día visitaría a su familia y me llevé una decepción. Me garantizó no obstante que pronto pasaríamos algún tiempo juntos y su sonrisa me resultó alegre y familiar completamente liviana despreocupada como la de un infante y me recordó muy vívidamente al niño que había sido. Pensé entonces que tal vez nuestros pasados aún no se hubieran consumido que todavía poseemos algo de ellos. Recorrimos juntos el sendero hasta que nuestros caminos se separaron y le observé alejarse.

5

La visita de James me ha dejado de buen humor pero desde entonces he tenido que esforzarme por mantener el ánimo. Febrero ha sido un mes frío y triste y el tiempo amenaza con continuar igual. Esta semana he trabajado largas horas en la forja y el trabajo me ha dejado dolorido de modo que no esperaba el Sabbat con la ilusión debida. Pese a que me avergüenza admitirlo lo cierto es que habría preferido descansar. He tenido que atender mis deberes en la iglesia y la escuela dominical y luego cumplir con las visitas de modo que el día como tantos otros ha pasado en un suspiro.

Hace años que la capilla de Quethiock está cerrada y por tanto acudo a enseñar a Saint Germans. Implica una larga caminata pero cumplo mi deber con gusto puesto que siempre he disfrutado enseñando a los niños y recordando cuánto bien me hicieron de joven las enseñanzas sobre el Señor. Así se me revela con frecuencia mientras estudio la Biblia y por casualidad encuentro una historia que recuerdo de mis clases en Saint Eve y que los años transcurridos amenazaban con arrebatarme. Su Palabra puede aposentarse en lo más hondo de nuestro ser y beneficiarnos aunque no pensemos en ella. Estas historias poseen una fuerza inestimable y tenemos mucho que aprender de ellas.

La escuela de aquí es más pequeña que aquella a la que asistí solo contándonos a mis hermanos y a mí sumaríamos casi tantos alumnos como tengo ahora. Sé que muchas de las familias son granjeros y deben trabajar el Sabbat pero también aquí tienen numerosos quehaceres y todas sus labores en nada les aprovecharán si no buscan la fuente de su bendición.

Y debo preguntarme cuántos de los que asisten a la escuela aceptarán al Salvador en sus corazones. Porque así son las cosas los

jóvenes están alejándose del Señor abandonan la búsqueda de la perla más valiosa y se conforman con ambiciones mundanas. Hoy solo han acudido seis. Tres del pueblo dos de los jóvenes Tamblyn de la granja Pencorme. Los niños con sus gorras y las niñas con sus amplios miriñaques y sus mejores mandiles blancos largos hasta los tobillos apenas conocen el catecismo y responden tontamente a casi todas las preguntas que les planteo. No parecen comprender qué hacen aquí. Vino William French ansia las enseñanzas cristianas mucho más que su hermana. Al poco de nacer perdió a su padre en un accidente en la pared de la mina. Bien yo sé lo que significa perder a un padre siendo joven de modo que le he compadecido y me he entristecido. Y pese a que la señora French ya no pertenece a nuestra congregación nos manda a William y creo que acierta al querer que el hijo acuda a nuestra escuela.

Es un buen chico fuente de algunos pesares. Pues pese a que nunca me ha causado problema alguno sé que no disfruta de la escuela. Están sus ausencias y aun cuando asiste a las clases nunca alza la mano para responder a las preguntas sobre las historias que planteo pese a que cuando le pregunto directamente conoce bien las respuestas. Empero es como si la respuesta no significara nada para él se muestra frío y desapasionado. Tiende a matar el rato mirando por la ventana del aula por el único cristal transparente bien en parte querría exculparle con una risa puesto que no son pocos los días en que yo mismo preferiría estar fuera pero su pesadumbre me inclina a pensar que no desea salir a jugar con sus amigos ni a disfrutar del día sino que desea evadirse un rato del mundo. Aun así me agrada. Recuerdo que cuando yo era niño no me gustaba la escuela ni amaba a Dios aunque me resultara impensable no acudir a las clases. Además el chico ha tenido una vida difícil y su madre no siempre puede permitirse el coste de las clases de modo que no tiene culpa. No goza de ninguna de las alegrías de la niñez es una pena porque pronto crecerá y no tendrá bonitos recuerdos que dulcifiquen la dureza de la vida. Las circunstancias han dado a su mirada la cautela de quien conoce un sufrimiento para el que se antoja demasiado joven.

No obstante confío en que Dios tiene un propósito y aunque el niño venga solo para contentar a su madre sé que si él y yo perseveramos tal vez progresemos y tengo la esperanza de que mi

Maestro cuide de él.

Leímos juntos el capítulo 21 del Evangelio según Lucas la historia de la viuda que ofrenda solo dos óbolos pero más queridos al Señor que todos los del hombre rico. Pensé que como aquí las familias son pobres hallarían consuelo en ella y quería que entendieran el propósito de la historia pero mostraron poco interés.

Les pregunté por qué se valoraba más a la viuda.

Pero bajaron la vista y callaron. En vano les dejé meditar un rato la cuestión ojalá hubiera detectado un mayor esfuerzo por su parte.

A ver dije. ¿Creéis que es mejor dar menos a la iglesia?

Y vi que los había confundido un poco.

William dije sabiendo que hablaría si le preguntaba y confiando en animar así a sus compañeros.

Porque no hubo nada que la viuda no entregara contestó William. Porque no se quedó nada para ella.

Y el dolor de su voz me recordó que su madre es viuda y por tanto tal vez la historia no fuese una elección tan sabia Sí dije Es correcto y pasamos a otras cuestiones.

Les mandé copiar algunos versículos de la Biblia elegí el salmo 23 «El señor es mi pastor, nada me falta» creyendo que les gustaría y confiando en que lo memorizarían. No escriben bien en verdad la benjamina de los Tamblyn no sabe ni siquiera dar forma a las letras pero no aprenderán nada si no tienen oportunidad de practicar de modo que no creo que les haga ningún mal. Tampoco tengo mucha gramática que enseñarles pero mi caligrafía es pasable puedo mostrarles cómo debe hacerse y eso es mejor que nada. Para escribir tenemos pizarras cuadradas con marcos de madera que permiten que los niños las agarren sin problemas. Y aunque las pizarras se limpian al final de la clase el trabajo de muchos Sabbats deja un residuo de tiza que nubla las otrora negras pizarras y emborrona la escritura.

Enseguida llegó el final de la hora de clase y la capilla se vació y dejé marchar a los niños ordenándoles que leyeran algo de la Biblia cuando pudieran. William fue el primero en alcanzar la puerta pero lo llamé y lo retuve un momento cuando los demás ya se habían marchado.

¿Cómo se encuentra tu hermana? le pregunté. ¿Debería pasar a visitarla?

Sopesó un momento la pregunta y esperé respirando hondo a que contestara.

No voy directo a casa respondió. Tengo que hacer unos recados.

Bien no supe si creerle puesto que era Sabbat y no un día para atender recados. Pero apenas importaba porque si no iba directo a casa me dejaba sin excusa para la visita y quizá molestara a la familia de modo que resolví dedicarles esa noche un rato de oración solitaria. Le agradecí su trabajo y le mandé recuerdos para su madre y Harriet. Y después se marchó silencioso y desapareció es liviano y veloz pero de complexión menuda lo cual me preocupó pues tal vez no tuvieran qué comer. Pensaré en ello y quizá pueda hacer algo.

Tras la escuela me divertí. Me esperaba una mujer que creí que venía a agradecerme mi labor pero había venido a preguntarme qué debía hacer con los boletos de asistencia de su hijo. El niño los coleccionaba para canjearlos a final de año por libros de oraciones o evangelios. Y la mujer esperaba una recompensa a pesar de que el niño había dejado nuestra clase tiempo atrás y asistía a la escuela parroquial del pueblo. Insistió mucho y parecía dispuesta a discutir a gritos conmigo pero no yo tenía el ánimo para disputas decía que solo esperaba de mí que jugara limpio y que solo exigía lo que le correspondía. Eso fue lo que me divirtió. Que la mujer fuera a un profesor de la escuela dominical que había dedicado su tiempo a intentar instruir a su hijo en el buen camino y que le fuera con exigencias. Así que pensé ¿quién va a jugar limpio con el Padre?

6

Bien han transcurrido cuatro años desde la bendita reunión en que sentí en mi pecho la calidez del que conoce a Dios y dos desde que la Palabra me reveló que debía predicar. Y este último Sabbat mi período de prueba ha concluido y se me ha dado la bienvenida al servicio de la Iglesia como la recibió mi padre antes que yo y su padre antes que él. He estado dieciocho meses bajo la tutela del señor Roberts durante largas semanas le he ayudado en los oficios antes de que se me concediera la oportunidad de anunciar solo la Palabra y si bien ha sido un tiempo de frustración en que mi corazón anhelaba predicar el señor Roberts ha sido un instructor considerado y la experiencia provechosa.

El trayecto era de ocho millas de ida y ocho de vuelta dieciséis en total un paseo agradable. Me levanté a las cinco y media y llegué temprano a Tideford para cumplir con mis obligaciones y luego a Saint Germans para asistir a la reunión de predicadores y mi examen. El aire de la mañana estaba en verdad helado y al salir el sol la luz era pálida y amarilla el principio de un nuevo día claro y brillante. Apenas hemos empezado marzo y todavía habrá que esperar un poco para ver las primeras muestras de color en los árboles el verde en ciernes de las hojas nuevas pero se notaba que no falta mucho que los bosques se agitan de nuevo preparándose para el año. También los pájaros eran más abundantes y ruidosos.

La congregación era potente un gran número de feligreses había acudido a la reunión una visión reconfortante. Vi a mi padrino el señor Pendray entre ellos. Calentamos con un himno de apertura cantado en coros clamorosos y sentí revivir el espíritu. Entonamos el gran himno de Wesley «A mi Señor conocer Y su sangre sentir correr Es la vida eterna Es el Cielo a los pies» y la sangre fluyó con

más fuerza después de aquello.

Luego resultó algo árido atender al señor Roberts y su sermón sobre Proverbios 18 «Es el nombre del Señor una torre fortísima». Lo que habló fue la Verdad sus palabras las correctas pero tuve la impresión de tener que prestar mucha atención para sentir que me renovaban. Tal vez ese día mi mente estuviera demasiado preocupada por mi propio sermón. El señor Roberts dirigió el estudio de la Biblia posterior al sermón y fue tiempo bien empleado. El número de los que permanecieron demostró que somos bastantes conocía a algunos hombres del distrito estaban el hermano Cottle el hermano Hawke el señor Verran y su esposa así como otros a quienes no conocía. Agradecí profundamente la presencia de mi Padrino no tenía obligación de asistir y tenía que haber cogido el primer tren desde Saltash para estar allí con nosotros.

Aunque ahora vive a cierta distancia conozco al señor Pendray de toda la vida era amigo de años de mi padre en su juventud habían trabajado juntos en las minas. Hasta donde alcanza mi memoria le recuerdo visitante asiduo de nuestra granja y le he considerado un tío aunque no nos una parentesco real. Bien perdí a mi padre antes de cumplir los doce años tras una larga enfermedad y por fin dejó de sufrir.

El señor Pendray no tiene familia propia si bien sé por mi madre que tuvo un hermano mayor que ya murió al que no llegué a conocer y no sé si falleció hace mucho. De modo que para él éramos una suerte de hogar suplente. Me apadrinó al nacer yo y también es Padrino de dos de mis hermanos todos mayores que yo. A menudo me ha maravillado la bondad que ha demostrado con nosotros puesto que ha ido mucho más allá de los deberes que exige su condición. He ido conociendo parte de su pasado cómo ha dedicado su vida a la Iglesia y se ha convertido en un buen ejemplo para todos nosotros ojalá tuviera yo su devoción. Me ha confesado empero que hubo un tiempo en su juventud en que llevó una vida pecaminosa entregando sus horas a la bebida y la blasfemia que casi lo destruyó. Viéndole ahora cuesta creerlo. Su mirada carece de la furia que posee el hombre que bebe y él puede erguirse ante el Señor. Dice que por entonces no era bonito de ver bien tal vez sea cierto he visto a la bebida mutilar el espíritu de los hombres y

retorcer sus cuerpos. Pero diríase que el tiempo ha hallado sus rasgos flexibles y los ha moldeado con bondad ha tomado su cráneo picudo y lo ha suavizado con la elegancia de un ave marina ensanchando su frente desnuda. Sus ojos se hunden en su rostro como si hubieran presenciado demasiado del mundo y se retiraran de él por deferencia o paciencia. Su semblante es suave y amable y lo enmarcan gruesas patillas plateadas sus largas manos tiemblan pero son delicadas en sus acciones. Su negro traje se ve cepillado y limpio el chaleco y la chaqueta están primorosamente abotonados hasta el borde de un lazo blanco de predicador cuidadosamente anudado. Su presencia es imponente pese a la lentitud que le ha impuesto la edad. Siempre he sido feliz en su compañía tiene algo que reconforta.

Sé cómo conoció a Cristo hace casi una generación cuando era más joven que yo ahora me ha contado el efecto que le produjo escuchar a un gran predicador un tal Martin Bright y cómo le inspiró. El nombre me resulta familiar había oído a mi padre hablar de él muchas veces. Por entonces el señor Pendray trabajaba en la mina con mi padre era antes de salvarse y gastaba el dinero en pecado y demasiado a menudo tomaba el camino de la taberna para despilfarrar todo lo ganado. Una vez ese predicador se acercó a la puerta de la taberna una demostración de valentía puesto que podía acabar empapado de cerveza antes de pronunciar una sola palabra pero esa ocasión fue diferente afirmó que todos los hombres de aquel agujero de oscuridad serían malditos a menos que escaparan del influjo del Diablo que verían a sus familias arruinadas y sus almas arder en el Infierno. Y uno o dos de ellos se detuvieron a escucharle el señor Pendray me contó que la lección le afectó sobremanera que algo dentro de él reaccionó a la Palabra y decidió no seguir malgastando sus días y buscar la felicidad en el Señor. Bien su conversión fue distinta de la mía exigió un cambio extremo por su parte pero fue sanado a tiempo y sus pecados perdonados.

Al día siguiente trabajó en la mina y toda la jornada cantó alabanzas al Señor agradeciéndole que le hubiera salvado y exhortando a sus compañeros a hacer lo mismo. Me ha contado que el corazón le rugía y que no le parecía adecuado no rugir con él. Lo mismo oyó mi padre y rezó con él y él le acogió en el rebaño cristiano tras lo cual se hicieron grandes amigos y asistían juntos a

clase incluso después de que mi padre dejara la mina y se marchara para casarse.

El tal Martin Bright dedicó mucho tiempo a hablar con mi Padrino e instruirle en los avatares de la vida y mi Padrino no ha olvidado la generosidad que se le ofreció entonces por tanto quizá haya intentado correspondería en parte conmigo. Si no mi Padrino añora a su amigo y mi padre y yo hemos asumido su papel a pesar de no ser él.

A tu padre le habría hecho feliz presenciar este día me dijo cuando nos reunimos tras el oficio.

Y a mí me hizo feliz que le mencionara.

Mi Padrino tenía las piernas cansadas por haber permanecido demasiado rato de pie de modo que nos sentamos juntos en el vestíbulo y comentamos el sermón que en mi opinión también él había encontrado árido. Mi Padrino apreciaba a quienes anunciaban la Palabra con pasión en voz alta y con mensajes contundentes. Siempre me había extrañado que no se hubiera unido a los cristianos bíblicos y se hubiera ido a cantar y danzar con ellos. Pero siempre fue fiel a su Madre Iglesia y con la edad se había calmado un tanto de modo que quizá no tuviera deseos de ir a ninguna parte.

Me interesé por cómo le había ido el viaje y por si le había cansado en demasía pero respondió con gran ánimo y tenía buen aspecto.

Conversamos más sobre la Palabra que se había anunciado y luego me preguntó por la familia pero pensé que tal vez él los habría visto más que yo puesto que no había estado en casa desde Navidad. Tampoco él había viajado desde hacía semanas y le decepcionó no obtener más noticias por mí.

Antes de reunirnos con los demás se inclinó a tocarme la cabeza con la mano y rogar por mi bendición y por que cumpliera de manera honrosa mis futuros deberes. Fue un bonito detalle sentí la presencia del Señor acompañándonos.

Mientras la tarde todavía era fresca y el sol brillaba en lo alto unos cuantos nos juntamos para dar un breve paseo por el pueblo. Fue triste cruzarnos con tantas personas que no iban vestidas para acudir a la capilla ni a la iglesia. Pero ninguna me miró a los ojos ni

saludó al grupo salido de la capilla verdad es que sienten el efecto de sus transgresiones en el corazón no están tan ocultas como creen. Bien concedámosles algún tiempo para ver si son capaces de enmiendo y confiemos en que no sea demasiado tarde para ellos. La Salvación se nos promete a cada uno de nosotros y debemos mejorar para alcanzarla.

Celebramos una sencilla comida con los miembros de la parroquia y el señor Roberts dio gracias por todos y luego rezó para que Dios y el distrito me aceptaran como digno discípulo. Alabé al Señor cuya Gracia me ha apoyado estos años y no ha permitido que me desviara de Su camino. Y pasamos un rato conversando y rezando enseguida llegó la hora del oficio.

Sentí que el Señor me apoyaba en mi examen. Anoche leí el sermón de Wesley acerca del nuevo nacimiento y me sentí crecer en Cristo. He estado meditando en lo rápido que pasa el tiempo y que debo aprovechar el presente y caminar junto a mi Maestro antes de que el tiempo se desvanezca. Recuerdo las lecciones de mi padre acerca de cómo difundir la Palabra y la gran humildad del que presume tenerla en los labios. En los escalones frente al púlpito incliné la cabeza y ofrecí una oración en cada uno de ellos es un hábito que ciertamente ralentiza el ascenso pero me ofrece unos segundos extras muy útiles para prepararme. Al principio recordé a mi padre y a través de él a la familia y los amigos. Luego pensé en los pobres y los enfermos que necesitan de la bendición de Dios. En el siguiente escalón di gracias a mi Salvador Jesucristo que murió por mis pecados y con el último paso rogué que la Palabra de Dios estuviera conmigo y me adelanté para dar la bienvenida y leer la Biblia. Mi padre habría estado orgulloso.

Cantamos el himno de apertura y pensé en las pocas voces reunidas en la capilla y que muchas de ellas habían acudido solo ese día la mayoría de las semanas la congregación sería aún menor. Y porque ese día era rico en amor de Dios me enfadó que nos reuniéramos tan pocos y fuera tan escaso entre Su pueblo el amor por el Señor. Creí que sería una sensación pasajera pero el enfado no amainó un extraño sentimiento se apoderó de mis hombros y brazos. Me lo habría reprochado o habría luchado por desprenderme de él pero aquella ira no semejaba mía y escapaba a mi control. Sentía un dolor delante cual cuchillo afilado empujando

contra el pecho y un nudo en el fondo de la garganta presionando por hablar el cuello de la camisa me apretaba bajo la barbilla estaba convencido de que la constricción enrojecía mi rostro. Me salté el último verso del himno y respiré hondo.

Y luego finalizadas las lecturas y concluidas las alabanzas a Dios por segunda vez intenté pronunciar mi introducción a la escritura «A menos que veas y te maravilles no creerás» pero me asfixié con el pasaje alterado y acalorado como estaba y no sé si me salió bien. Después dejé a un lado las notas porque sentí que las palabras manaban de mi estómago me quemaban en la garganta y me abrasaban la boca y hablé hasta que la luz brilló blanca y se oscureció de nuevo y nuestro tiempo concluyó. Anuncié la Palabra sobre Tomás del Evangelio de Juan capítulo 20 versículo 24 porque la asistencia aquí me revela el estado de la Iglesia. Sé cuánta duda e incredulidad domina a muchos que en otro tiempo nos acompañaron y no nos daban la espalda.

7

Experimenté una rara euforia cuando finalizamos y con gran energía caminé de regreso a casa. El cielo nocturno lucía gozosamente claro y estrellado tantas eran las estrellas que su brillo ocultaba las constelaciones conocidas. Así que pese a existir un camino a casa más corto elegí la ruta más larga porque me permitía pasar más tiempo fuera seguro que esa hora extra no era perdida. Como fuera que notase las orejas heladas me envolví la cabeza con la bufanda y me calé encima el sombrero debía de tener un aspecto de lo más extraño pero no me importaba demasiado quién pudiera verme. Sentía el corazón dichoso y por consiguiente no me preocupaba mi apariencia. Tomé el camino del norte que remonta el río hacia Tideford y luego recorrí las sendas vacías en dirección a Quethiock por la zona de la iglesia.

Me pareció un día perfecto compartido con el Señor y Sus feligreses. Pero mi buen ánimo desaparece siempre raudo cuando me acerco a mi alojamiento y la belleza del atardecer que me había permitido olvidar las preocupaciones se desvaneció. La casita es agradable. Se trata de unas viejas dependencias para el servicio edificadas a los pies de otra casa mayor aunque ahora una tapia nueva y un seto floreciente separan ambos edificios. Está construida con paredes irregulares de piedra de Cornualles y pizarra gruesa unida mediante tosca argamasa y una enredadera cubre uno de los costados. La mayor parte del año hay flores en el jardín de ambos lados del sendero crecen azafranes y narcisos en primavera y coloridos crisantemos después. La baja puerta delantera no fue construida para alguien de mi complexión y tengo que agacharme para entrar. Parece un hogar acogedor pero al verlo siempre se me encoge el corazón debido a mis circunstancias en este lugar solo

pensar en ello me atribula y turba la mente y el alma me cae a los pies.

Entré en silencio para no perturbar a la casera. Se acuesta temprano es una pena que se pierda gran parte de una tarde como la que habíamos disfrutado. Dejé los zapatos en el pequeño porche y me quedé un momento a ver si la escuchaba pero todo estaba en silencio. La cocina estaba fría la mujer no había pensado en dejarla encendida para mí por si quería calentarme un poco de caldo. Bien nadie me ha dado pie a esperar lujos en esta casa pero me pareció un feo descuido. Tampoco me había dejado comida preparada por derecho debía haberme proporcionado una comida diaria pero como ya había comido bastante durante el día me dirigí a mi solitaria habitación. Es una estancia pequeña con solo una cama de somier de cuerdas delgada y demasiado corta para mí pero a cuya longitud he terminado por acostumbrarme. Hay un ventanuco que da al lado malo el norte y por tanto no entra demasiado sol. Con todo si me asomo veo el campo y los olmos más altos al fondo y en verano duermo con la ventana abierta y el aire fresco me ayuda a descansar.

Mi situación aquí es violenta. Tengo la impresión de que la casera no quiere que me acomode y sé que me soporta en su casa solo por la recomendación de gentes de la Iglesia que han hablado bien de mi persona. Estoy seguro de que preferiría encontrar a alguien de ingresos más respetables pero no hay excesiva demanda de alojamientos y cualquiera que tuviera el dinero para gastarlo preferiría una vivienda más espléndida. No obstante como carece de ingresos propios y debe pagar el arrendamiento acepta lo que puede conseguir. Aun así no me siento bienvenido. Le entrego casi cada chelín que gano ya sea en forma de alquiler o comida y me enoja trabajar tanto para su exclusivo beneficio. Bien no tengo elección pero confío en que el compromiso termine pronto.

Ocupo la habitación de su hijo un tal Richard Grose al que no conozco pero que según tengo entendido es algo más joven que yo. No obstante está casado y vive en Australia. Es hijo único pues el marido falleció enseguida por enfermedad y ahora el hijo está lejos de modo que quizá no deba sorprenderme la amargura de la solitaria viuda y pudiera ser que parte de las culpas que se me achacan deriven de que no soy su hijo. El joven le escribe cartas que

ella me cuenta me dice que su Richard está ganando una fortuna que está convirtiéndose en un hombre importante que está casado y que tiene un hijo. He de morderme la lengua y hallar algo en que ocupar las manos para no preguntarle por qué si tanto le gusta su hijo se queja de que se marchara y no va a visitarle. Y me pregunto también si el contenido de las cartas se corresponde a lo que ella cuenta puesto que si a su Richard le fuera tan bien sin duda algo compartiría con su madre. No soy ignorante en tales cuestiones un hermano mío marchó a Australia hace siete años donde ha formado una familia y sé que las cosas no han sido fáciles y que el trabajo es duro.

Pero no debería juzgar no soy perfecto en estos menesteres quiero a mi familia pero no puedo visitarlos a menudo ni tampoco tengo demasiado dinero que enviarles y eso que viven mucho más cerca de mí que la señora Grose de su Richard.

Es agotador. Cumplo a pies juntillas mis deberes pero la señora Grose le encuentra fallos a todo cuanto hago siempre tiene alguna tarea que encomendarme algún trabajo que no le parece bien hecho y me reprende como si no tuviera más cosas de las que ocuparme. Si llego tarde de la capilla no me guarda nada de comer no muestra la menor indulgencia por mi dedicación al Maestro. Todas las semanas duda además de que vaya a pagarle a pesar de que siempre cumplo con puntualidad y jamás le he adeudado nada. Pienso que si en verdad estuviera tan contenta con su hijo no me trataría tan mal.

No comprende por qué un hombre en mi posición sigue trabajando y entregando tiempo y esfuerzos por nada cómo puedo ser respetable si he alcanzado la edad que tengo sin formar una familia ni disponer de los medios necesarios para mantenerla. Pero he trabajado mucho toda la vida he pasado muchos años en la granja hasta que mi labor allí dejó de resultar provechosa y luego me marché y encontré un puesto de aprendiz.

Aunque tampoco me querría más de ser una mujer feliz puesto que lo único que le interesa de mí son mis ingresos no se molesta en trabar amistades creo que busca la soledad. Entristece ver cómo su amor por el Señor disminuye cuanto más se apega al dinero como medio de salvación. Sé muy bien que se mezcla con católicos y no la juzgo por buscar compañía pero no puedo evitar pensar que en su corazón no conoce el amor a Dios. Creo que le reportaría grandes

beneficios una Iglesia verdadera que la acercara a Dios.

No tiene tiempo para rezar antes de comer y se ofendió cuando le propuse bendecir las comidas. Yo me detengo a dar las gracias en silencio. No me veo con ánimo para discutir con ella detesto profundamente el enfrentamiento porque me educaron mediante la palabra. La ira nos atonta y la detesto. Para mí es mucho peor que ser golpeado me avergüenza.

Bien ha sido un día magnífico pero estos pensamientos han nublado mi corazón y puesto que amenazaban con eclipsar los dones que me han sido concedidos he hecho cuanto he podido por apartarlos de mi mente y meditar sobre cosas mejores.

He prendido el cabo de la vela de mi cuarto y luego me he arrodillado junto al lecho a rezar sintiendo todavía el ánimo de mi nuevo bautismo en la Iglesia y he pensado en mi padre en cuánto se hubiese alegrado de verme hoy.

8

Mi padre era un hombre honrado. Fue llamado a abandonar las minas carecía de educación y su vida no era fácil pero fue un testigo elocuente de Cristo. Del corazón abierto a Dios emana un lenguaje que la mente no conoce. Le vi predicar y perderse en las palabras y no recodar después nada de lo que acababa de decir con el corazón. Bien yo mismo he sentido algo parecido esta noche pero ojalá aconteciera con más frecuencia. Un éxtasis que tocáramos en nuestra existencia cotidiana algo divino que pudiéramos experimentar y no fuera un misterio para nosotros.

Mi padre conocía bien el sufrimiento el trabajo había machado su cuerpo. Primero las minas antes de recibir la llamada de Dios que lo alejó de aquel peligro y lo devolvió a la vera de mi madre y a la granja. Pero el daño estaba hecho y mucho después de haber emergido del subsuelo el polvo negro permanecía en su interior y le causaba grandes dolores al orinar. En ocasiones el dolor en la espalda y los costados se intensificaba y le convertía en un tullido incapaz de trabajar un hombre roto al cuidado de mi madre y que no podía cumplir con sus tareas. Pero jamás se quejaba y su silencio nacía de la paciencia y la sabiduría. No tenía un pelo de tonto. Bien había quien le llamaba débil que no le tenía por un hombre y le consideraba un inútil de modo que más de una vez me avergoncé de él pero era un buen padre y un hombre sensato y creo que más ricos habrían sido muchos de los quede él se mofaban si hubieran poseído tan solo un poco de su gracia.

Así lo presencié también los Sabbats cuando se preparaba para anunciar la Palabra y le sobrevenía una extraña fortaleza. Porque era débil se aferraba a la baranda de ambos lados del púlpito y gracias a ella se sostenía con los nudillos blancos destacando sobre

la madera barnizada. Permanecía de esta guisa todo el oficio y no se soltaba hasta que el sermón había terminado y se había cantado el último himno y entonces se desplomaba exhausto en la silla. El resto de tales días lo pasaba sentado frente al escritorio agotado y con el rostro ceniciento y no debíamos molestarle. Si tomaba algún alimento yo se lo llevaba y a veces le encontraba dormido sobre la mesa. Recuerdo una vez que el dolor era tan intenso que le hallé llorando mientras se agarraba la cabeza con ambas manos. Di media vuelta y le devolví la comida a mi madre y no supe qué decir de tanto cómo me había conmovido lo que acababa de ver. No esperamos ver así a nuestros padres no podemos ser testigos de algo semejante y conservar la inocencia.

Quizá el Diablo le pusiera a prueba en su aflicción pero su fe se mantuvo firme. El conocer a su Maestro le henchía. Cuando mi padre cantaba su voz traslucía una salud de la que su cuerpo carecía era fuerte y clara y resonaba con convicción. Y fueron estas cosas más que ningún sermón que haya oído jamás las que me demostraron la obra de Dios en esta parroquia y me despertaron la sed del misterio de Cristo a pesar de ser todavía demasiado joven para comprenderlo bien. Hacía ya mucho tiempo que mi padre nos había dejado cuando por fin acepté a Cristo en mi corazón y le agradezco que me allanara el camino.

Guardo muy pocos recuerdos de él. Recuerdo que me enseñó a rezar juntando sus manos alrededor de las mías con fuerza y pronunciando conmigo las palabras todavía pienso en ello cuando uno las manos. Durante la cena solía hablar largo y tendido sobre las reuniones a las que había acudido y los predicadores que había escuchado y nosotros nos sentábamos a escucharle y aprender de él. Era un gran hablador. Si acudían visitas a verle cuando estaba enfermo a menudo conseguían interesarle y pasaban largas horas debatiendo en voz alta sobre la Biblia. A veces me despertaba por la noche pensando que era por la mañana. Oía las voces de los hombres discutiendo acaloradamente. Pero tengo mala memoria y apenas le recuerdo conversando conmigo. Con qué frecuencia me pegaba cuando descuidaba mis deberes y qué severas eran sus palabras pero no alcanzo a recordar demasiadas ocasiones en las que se sentara a conversar conmigo ni recuerdo que me contara cosas buenas la voz que recuerdo siempre estaba enojada. Aunque

yo era todavía joven cuando nos dejó y quizá no sea pues de extrañar. Pero no estoy seguro de que supiera tratar a la juventud probablemente le preocupaban sus propias luchas internas. Es curioso y me he dado cuenta tarde porque ahora todos sus chicos han crecido y se han convertido en hombres y no podemos saber qué habría pensado de nosotros.

Una vez que enfermé de niño entró en el cuarto que compartía con mis hermanos en el que yacía en cama frío y demasiado débil para entrar en calor. Ese año muchos habían enfermado algunos amigos míos habían muerto durante el invierno por falta de fuerza y calor y ningún médico acudió a salvarlos solo los brazos de los ángeles esperando para llevárselos con ellos. Recuerdo que cuando sané y me reuní con mis compañeros de clase éramos menos alumnos. Fue una época angustiosa plagada de llantos y tristeza me duele haber olvidado los nombres de los que nos dejaron.

Yo lo pasé peor que mis hermanos era más pequeño y más débil y mi madre estaba casi tan enferma como los demás de preocupación. Pero mi padre entró y me tocó la frente con la mano y a pesar de la fiebre noté su mano caliente y presionó mi cráneo como si quisiera expulsar la enfermedad estrujándolo y rezó. Mi padre sabía lo que era sufrir y sentía una gran compasión por los enfermos consciente de con cuánta frecuencia se les olvida.

Y de mi abuelo nada. Nada salvo que trabajaba en la mina. Que predicaba y que por entonces corrían mejores tiempos para la Iglesia. He escuchado muchas historias acerca de cómo en el pasado el Señor obraba maravillas en nuestra tierra donde las multitudes se congregaban anhelantes de escuchar la Palabra pero eso ocurrió hace mucho tiempo y diríase que en otro lugar. Si mi padre fue aplicado historiador de nuestras capillas poco supo conservar de la historia familiar y poco me transmitió que todavía recuerde. Mi madre sabe más que yo intentaré preguntarle cuando pueda volver a verla que espero que sea pronto. El pasado se pierde demasiado pronto. Necesito preservarlo de la eternidad.

Así recé largo rato dando gracias por todos los dones que me son concedidos con los ojos cerrados de modo que me sorprendió la oscuridad que encontré al abrirlos de nuevo la vela se había consumido y yacía fría a mi lado. Por primera vez noté la fatiga nerviosa de mis miembros y caí en la cuenta de lo agotado que

estaba el día había sido largo y aunque había transcurrido de manera agradable no podría dormir mucho antes de levantarme de nuevo. Terminé con el Padrenuestro sentí la presencia de Dios y luego me acosté recogiendo las rodillas hasta que encajé en la cama.

Cerré los ojos y en la oscuridad vi destellos de luz blanca como luciérnagas a pesar de que el cuarto estaba a oscuras y no entraba luz alguna. Un curioso truco de los ojos cansados. Una brisa primaveral tardía se abrió camino hasta el dormitorio y me rozó la cara cargada de algo indescriptible. Una fragancia que me sobrecogió algo que hablaba en voz queda anunciando la proximidad del estío. No provenía de ninguna planta en particular que yo conociera sino de una mezcla de los aromas de todas las cosas combinadas con dulzura. Bien todavía el año era muy joven y tales plantas no podían haber brotado para que las oliera pero las conozco bien y no creo haberme equivocado. Así que fue extraño. Y quizá fuera el agotamiento o el haber estado pensando en mi padre mientras rezaba pero fue como si se me abriera una grieta en el corazón por la que escaparon recuerdos de veranos pasados. Cuando éramos niños que jugaban en el jardín después del culto. Cuán libres. Los días relucían como el oro. Jugábamos al rey del castillo en los árboles de junto a la granja cuánto disfrutaba con los deportes y qué alegría compartíamos practicándolos. Pensé que la dulzura del aire debía ser exactamente la misma que entonces para causar tan repentina avalancha de recuerdos.

Qué triste que ya haya pasado. Los días se ofrecían como si nunca fueran a terminar e imaginábamos el mundo un lugar más seguro que el que hemos heredado un mundo dichoso y más vivo que este parecía real aunque ya no existe.

El pasado es un reino pequeño. Sus fronteras son débiles y próximas. Deseé haber podido vivir en él para siempre en lugar de añorar lo que entonces sentía. Pero sabía que era solo un deseo soñador. Tengo a mi Señor por compañía ha recorrido conmigo el camino. Y aunque añoro a los amigos muchos de ellos han partido ya hacia la eternidad y los lugares donde jugábamos quedan ahora lejanos y los juegos ya no son los adecuados. Pues el hombre despierta y se carga responsabilidades a la espalda no tiene tiempo para los placeres ociosos de la juventud sería una tontería cuando está en juego la Salvación. Me resta el único consuelo de los

recuerdos de aquellos juegos que guardo con cariño aunque me entristezcan.

Y tales fueron los pensamientos que veloces me alejaron de la vigilia. Así que fue un día extraño lleno de bendiciones pero no estoy seguro de si me fui a dormir triste o feliz no recuerdo lo que soñé de modo que desconozco si contenía alguna señal que pudiera aclararlo.

9

Otro invierno ha pasado por fin y mucho se ha ido con él. Debería alegrarme pero algo en su final me inquieta y me empuja a recordar que presenciaré tan pocos estíos e inviernos que cada uno que pasa está más cerca del último. Ha llegado abril y la nueva estación se impone rauda. El verdor ha encontrado su lugar las flores estallan con brillantes hosannas de blanco y morado.

Bien no he dispuesto de mucho tiempo para admirar la primavera la semana ha transcurrido en el trabajo entre los olores del humo y el metal nuevo. Me ahogan cuando llego y se consumen poco a poco. Tardo una o dos horas en volver a respirar hondo diríase que este último año mis pulmones se han acostumbrado al calor y se ha curtido mi piel. Y también me he habituado a la rutina. No creí que me agradara demasiado pero una vez más se ha demostrado que me equivocaba acerca de mi carácter. El ritmo del trabajo me ayuda a pasar el día el pesado tañido constante como el palpitar de un corazón dibuja la pauta de mis acciones y consume mis pensamientos de modo que el día transcurre veloz. Nada ocupa mi mente pero es un noble estado parece equilibrar el alma y poner las cosas en su sitio es muy gratificante.

También las tareas me fascinan. Por un lado está el fuego que hay que encender a la temperatura correcta habilidad más complicada de lo que imaginaba. Solo recientemente he aprendido a distinguir las sutiles tonalidades de las llamas. Luego hay que observar cómo se calienta el metal hasta que alcanza el color adecuado y dejar que el martillo que sostengo en una mano atraviese el aire y caldear el hierro que agarro con la otra mano apretando el metal con las tenazas para que aproveche el golpe del martillo. Tres golpes fuertes y luego un giro para que reciba el

cuarto. Dos golpes más y luego un nuevo giro. Las tenazas son una herramienta simple dos largas piezas metálicas unidas pero un instrumento delicado ahora que lo manejo correctamente.

Cuando empecé aquí el brazo con el que sostengo el martillo alternaba la flacidez de durante el día cuando me sentía tan débil que casi no podía seguir blandiéndolo con la rigidez extrema de la noche en que apenas podía moverlo. Sufrí largas semanas en que calambres repentinos me atravesaban el hombro y el pecho doloridos y apenas lograba articular los codos. Ahora los músculos de los hombros se han endurecido y expandido el martillo se ha vuelto más liviano y lo trato como a una parte más del brazo. Han sanado las ampollas de las manos la piel se ha curtido cual lona inmune a las quemaduras. Entrego todo mi cuerpo al trabajo ardo con un sudor fiero indicativo del ejercicio y me consume una fatiga merecida al final del día. Sería un trabajo muy duro si pensara en cuánto debo hacer las obligaciones se me harían más pesadas no creo que tuviera voluntad suficiente para encararlo cada nuevo día pero con la mentalidad adecuada soy capaz de trabajar hora tras hora sin cansarme en demasía hasta el final.

Ayer fue día de herrajes se formó una fila de caballos esperando turno. Me divirtió comprobar que algunos de los mozos que los habían traído no estaban dispuestos a esperar a que termináramos y dejaban los animales amarrados para que una vez herrados los soltara en el camino y volvieran solos a casa. Y lo hacían encantados todos ellos tomaban la dirección correcta qué curioso ver a los pesados caballos de carga trotando solos y a su aire.

Es bueno trabajar la tierra. Sus materiales y sus bestias. Antes mi vida transcurría en una granja y era una existencia difícil pero echo de menos a los animales me sentaba bien pasar el rato en el campo al aire libre bajo el cielo. Con todo me he hecho a la idea de que ahora mi futuro está aquí. Pasará otro año antes de que concluya mi aprendizaje y pueda ganar buenos ingresos. Ahora más de la mitad de las rentas se van en comida esta semana he almorzado pan con queso a diario y he pasado bastante hambre. Las preocupaciones temporales me distraen a veces en exceso me paraliza pensar en todo lo que quisiera para estar cómodo y lo inalcanzable que se me antoja. Significa una pesada carga en mi vida pareciera que hubiese de hundirme hasta el Infierno que fuese a acabar hambriento y sin

hogar. En verdad hay veces aquí en que los ojos me lloran por el humo y los fuegos arden con fuerza el carbón se retuerce al rojo vivo creando cavernas dentadas y la fragua asemeja una visión de las llamas del mismísimo Infierno.

Pero no me hace mucho bien pasar las horas que aquí estoy absorto en mis pensamientos. Hará más o menos una semana me ensimismé mientras bombeaba el fuelle pensando en mis ingresos y en cómo podría mejorar mi situación y avivé una buena fogata sin darme cuenta siquiera. Me limité a ver cambiar los colores y dejar que el fuego se caldea demasiado hasta volverse blanco en el centro. Y allí me quedé atontado hasta que hice saltar una chispa de la fragua y esta me dio justo al lado del ojo izquierdo y me dejó una marca en la mejilla tuve suerte de que no cayera media pulgada más arriba. Tengo el mandil escaldado de quemaduras similares el cuero marcado por demasiados errores. Me recuerdan lo afortunado que soy. Estas cosas pasan y no les prestamos atención pero yo me he acordado de dar gracias puesto que me demuestran que Dios nos ofrece Su protección incluso cuando no pensamos en Él. Cuán ignorantes somos.

Mi maestro herrero se llama señor Coad. Es dueño de la forja y también de la casita de al lado tiene esposa y dos hijas tardías aún jóvenes. No obstante está satisfecho con lo que le ha tocado que es mucho más de lo que muchos tenemos. El taller da sus beneficios hay trabajo de sobra para los dos. No puedo evitar pensar que se beneficia de los frutos de mis esfuerzos sin apenas compensarme.

Cuando deposita la herramienta al final del día y me deja para que apague el fuego y cierre la herrería se lava en el arroyo y luego se dirige a su casa sin volverse a mirar al taller cuyo pensamiento claramente ha borrado de su mente. Creo que son muchas las cosas que imitar de su vida además de su experiencia laboral. Me descubro deseoso de su seguridad que tan lejana se me antoja y el futuro no parece tener mucho que ofrecerme salvo más trabajo de lo mismo.

Creo que es un hombre muy generoso pero callado y no muy dado a leer para instruirse. Se trata pues de un aprendizaje muy distinto del que seguí con el señor Roberts quien tendía a pasar mucho tiempo conversando. Cuando el señor Coad tiene algo que enseñarme me llama y me muestra rápidamente la tarea que se trae

entre manos sin más explicación y se supone que debo conocerla. Bien este sistema suyo tiene sus defectos ha provocado que yo cometiera algunos errores ha habido cosas de las que no estaba seguro y por tanto he tenido razones para avergonzarme aunque asimilo bien sus enseñanzas. Y lo cierto es que todos los fallos son míos síntomas de mi incapacidad para reproducir el ejemplo que me ha sido dado. Había estado meditando sobre la enseñanza que de ello se desprende en utilizar la imagen para un sermón acerca de que nuestra tarea es imitar a nuestro Maestro y que tal vez hiciéramos mejor predicando menos y actuando más para mostrar con nuestros hechos nuestro amor a Dios. Pero entonces me opuse a mi propia idea pues estaría predicando a favor de la acción y en contra de la prédica lo cual no me pareció una conclusión deseable implicaba un serio problema para el sermón sobre el que luego he cavilado largo y tendido. No era pues esa la enseñanza que yo tenía en mente pero algo había.

La función del predicador es iluminar a Cristo de manera que los otros puedan imitarle y no rehuir la acción. Me compungía la idea porque no soy de los que desatienden sus deberes ya trabajo bastante y apenas podría hacer más.

Así ha pasado la semana con escaso tiempo ocioso. Porque estaba cansado he dormido mucho tanto como he podido y no he tenido tiempo para mí. El martes salí temprano para cambiar los tratados. El jueves se celebró una reunión de predicadores a la que pocos asistieron y que fue casi una pérdida de tiempo. Aun así he reservado una hora todas las noches para leer la Biblia y el viernes después del trabajo visité a Harriet French una hora de modo que algún provecho le he sacado a la semana.

10

No dispuse más que de un breve instante con Harr le vino la tos y se negó a remitir. Harr se disculpó dijo que estaba cansada y necesitaba dormir un poco de modo que me marché a hablar con su madre y rezar así juntos.

William había asomado por la puerta mientras estaba con su hermana y me acompañó abajo. Lo encontré inusualmente hablador durante mis visitas acostumbra a mostrarse callado y tímido. Pero me estuvo contando que se había aficionado a pescar en el bosque y me preguntó si sabía del tema y si me gustaría acompañarle alguna vez.

Entramos en la cocina y el chico seguía hablando pareciera que pretendía seguir así y no dejarnos orar en paz. De modo que le expliqué que no disponía de mucho tiempo para la visita y que debería emplearlo con su madre por lo que tal vez debiera esperar con Harriet y vigilar por si se despertara y le necesitara. Tras lo cual me sentí un poco mal porque lo desanimé y vi la decepción en su rostro cuando salió de la estancia no obstante pensé que comprendería la importancia de mi cometido y que no podía perder el tiempo parloteando.

La señora French me preguntó cómo había encontrado a Harriet y le contesté que bien. Luego nos sentamos en silencio en la cocina un acogedor remanso el lugar me agrada no me siento en casa ajena. Me sirvió un poco de agua. Pensé en el entorno. Hay un cuadro de la viuda que normalmente cuelga de las paredes de arriba pero que hace pocas semanas ha sido trasladado aquí abajo junto a la ventana de la cocina y me gusta contemplarlo mientras estoy de visita. Le he preguntado a Harr al respecto conoce el cuadro y sabe visualizarlo mentalmente así que me ha relatado su historia. Un

pintor vino una vez y retrató a su madre en la silla de la cocina. Nadie más en el pueblo ha sido retratado ninguno de ellos puede permitírselo de modo que resulta algo bastante excepcional y tremendamente vanidoso. Con todo se me dijo que el pintor dejó el cuadro sin exigir remuneración alguna. De haber tenido algún valor estoy seguro de que ya lo habrían vendido pero no tiene ninguno y ¿quién iba a quererlo?

En el cuadro la señora French aparece sentada junto a la mesa y la ventana abierta deja entrar la luz del día espléndido que se adivina fuera. Me pregunto por qué el pintor no la retrataría fuera por el colorido. Es muy pálido y diluido. La señora French no posa mirando al artista sino al otro lado de la mesa a algo que ignoramos. Se arropa con el chal y parece una anciana aunque no se le ve el rostro con claridad pues apenas está esbozado. Quizá al pintor no se le dieran bien los detalles de las caras. Empero no puede uno más que maravillarse ante el arte del pintor ante su capacidad para mirar y trasladar al lienzo lo que ve.

En ocasiones cuando vengo de visita y nos sentamos aquí la viuda se coloca del mismo modo y se ocupa de que la cocina no se apague mientras contemplo la imagen de detrás de ella. La madera que arde en las estufas es la que William recolecta de los terrenos de la casa señorial pues como muchas de las familias pobres del lugar tiene permiso para recoger cualquier cosa que encuentre muerta y en el suelo y muchos son los que sobreviven de tales restos. El hogar de la otra habitación nunca se enciende la estancia se caldea solo por el calor que desprende la chimenea. El carbón cuesta casi un chelín por bolsa y no pueden permitírselo ni siquiera carbonilla para calentar a la enferma. El cuarto de Harr está frío en invierno a menudo nos vemos el aliento al hablar. Apilan harapos sobre la cama para que al menos descanse bajo algún peso. Atan los postigos para asegurarlos pero el marco no encaja combado tal vez por la humedad y deja pasar corriente. En ocasiones su madre la traslada a la cocina para que entre en calor envuelta en una manta y nos sentamos junto a la estufa en compañía de William que está presente a pesar de que la cocina está más que llena con nosotros.

Y sobreviven con poquísimo las ayudas de la parroquia y algunos trabajos. Cultivan algunas patatas en el jardín. William recoge madera y lana de oveja de los setos si bien dudo que pueda

reunir suficiente para hilarla. Cuando llega la estación recolecta flores por dinero lirios y peonías una fuente de ingresos útil a muchas familias de la zona pero que no alcanza para todo el año. Los efectos de la pobreza son evidentes he visto sus peores consecuencias en Harr pero resulta conmovedor que ella que es la que más sufre tenga la mayor fe en su Salvador me saltan las lágrimas solo de pensarlo.

Cuando pienso en mis circunstancias me avergüenzo pues he recibido mucho del Señor y sin embargo no siempre siento el corazón alegre. Recordé la lectura que había preparado para los niños sobre la viuda del templo y tengo certeza de corazón de que la belleza de sus dones no radica en su riqueza.

Me senté con la señora French dedicamos un rato a la oración y poco antes de marcharme retomamos un tiempo la conversación. No tenía planeado quedarme tanto. Pero resultó que la mujer quería hablar conmigo de modo que me quedé a escucharla pareciera que el cansancio de Harr nos hubiera sido mandado para propiciar la oportunidad de que habláramos. La mujer tenía preocupaciones sobre las que quería consultarme y afectaban a William opinaba la señora French que últimamente el chico había sido una carga. Es una pena que no cuente con la guía de su padre no tiene ejemplo que seguir y creo que las cosas serían muy distintas de tenerlo.

Es demasiado mayor para la escuela dijo la señora French. Dice que necesitamos su salario y que buscará un empleo. Le he mantenido alejado de las minas por miedo a perderle. Pero sé que allí le admitirían.

No lo dudo pero no es un buen trabajo.

Se lo he prohibido pero no consigo que me obedezca.

Y me asombró oír eso. Habría dicho que todavía era un chico joven y respetuoso.

¿La desobedecería? pregunté. Seguro que no.

En los últimos meses se ha vuelto muy independiente. Quiere su libertad y no hace lo que le mando. He tenido que cuidar de Harriet y a él no le he dedicado mucha atención. Confiaba en que… Bueno. Confiaba en que otros tuvieran tiempo para él.

Estoy seguro de que se equivoca con respecto a William. Y debería mantenerlo lejos de las minas. No son adecuadas para él. Saca un gran provecho de las clases e incluso podría mejorar.

Confiemos en que el Señor proveerá. Estoy seguro de que saldrá otra cosa.

Pero ¿qué? me preguntó y no supe qué contestar.

Bien le prometí que buscaría algo de tiempo para tener unas palabras con el muchacho y pedirle que se replanteara su comportamiento. Me parece una muestra de egoísmo del chico teniendo a la hermana enferma en cama debería ayudar más a su madre y asumir sus responsabilidades. No debe ir a las minas. La mera idea dibujaba una dolorosa imagen en mi mente. Sería como con el marido de la señora French. Las esposas se sientan en las cocinas y esperan el tañido de la campana que anuncia que ha ocurrido un accidente en la mina. No es un sonido excepcional. Y ¿qué debe de conjurar para quienes tienen a sus seres queridos allí abajo?

Rezamos entonces por su situación y después le pregunté un poco más y me pareció que las cosas no iban nada bien. Por lo visto le han rebajado el alquiler para darle cobijo de modo que tiene un lugar donde vivir pero es solo una solución temporal derivada de la enfermedad de la hija no la tratarán con tanta justicia en el futuro. Cuando Harr haya partido hacia la eternidad creo que la señora French no podrá permanecer aquí no obstante las casas de beneficencia están ya copadas de viudas y no sé qué hogar encontrará.

11

Semanas atrás pensé que había llegado la primavera pero ha vuelto a refrescar y sopla un viento del norte frío y cortante. Llevamos así casi dos semanas hemos pasado igual todo abril y solo ahora parece cambiar la situación. Es el primer día soleado en mucho tiempo. Pero dice la Palabra «En plena vida estamos en la muerte» y no podemos escapar a la evidencia de que así es. Recuerdo los nombres de algunos que partieron ya hacia la eternidad. Pues así dijo el Señor que sería «Quien busca salvar la vida la perderá».

El señor Blackmore murió Dios le tenga en Su Gloria cayó redondo en el camino junto a la puerta de casa al salir a reunirse con su hija.

Albert Kelly de Menheniot ha muerto aplastado bajo una roca mientras trabajaba.

Tres hombres dos de ellos hermanos han fallecido asfixiados en la mina del Príncipe de Gales al derrumbarse un techo en paz descansen.

Muriel Webber se ha reunido con el Señor enferma.

Y la señora Lawry murió de parto y su criatura con ella no les esperaba una buena muerte.

«Benditos los muertos que mueren en el Señor.»

«En verdad dice el Espíritu que descansarán de sus esfuerzos y sus obras les seguirán.»

12

Así pues el señor Blackmore ha pasado a mejor vida contaba cincuenta y tres años. No es una edad provecta pero pocos trabajan en las minas que duren tanto diríase que se le concedió parte de su recompensa en esta vida. Hacía tiempo que tenía los pulmones debilitados quemados por los humos de la industria pero sufrió sin quejarse y su último año le sorprendió con numerosas bendiciones. Celebramos el funeral hace dos días por tanto descansa ya bajo tierra. Tuve que trabajar más horas durante la semana para librar para la ceremonia pero mereció la pena tuvimos un oficio bonito y buen tiempo.

Cuando nos reunimos fuera conocí a su hija y conversamos un rato. Como es natural la embargaba el dolor pero me pareció una dama agradable hace tiempo que se casó y se marchó a Liskear a vivir con su marido cuya profesión no pregunté. Me pregunto cómo se habrá sentido al regresar al pueblo ahora que ya tiene su hogar en la ciudad.

Le hablé de la fe de su padre de cuánto había disfrutado yo de su compañía. Le dije que confiaba en que se habría salvado y habría cambiado este mundo por un lugar mejor. Empero me resulta una pérdida extraña porque le visitaba con regularidad y le conocía bien. Por tanto me faltará parte de mi rutina semanal y sin duda me sentiré desorientado durante un tiempo. Lamento no haberle visitado una vez más antes de que nos dejara.

El pastor nos ofreció un buen sermón nos reunimos de pie en torno a la tumba y cantamos nuestros himnos. El señor Pendray leyó Mateo capítulo 28 conocía al señor Blackmore de la Iglesia. Su voz sonó más fina que el papel rota con un tono titubeante. Me recuerda que es solo unos años más joven que el señor Blackmore y

cada semana que pasa se le ve más frágil.

¿Se encuentra bien? le pregunté cuando acabamos.

Un poco cansado admitió. Una triste ocasión para reunirse. Espero no tener que asistir a muchas similares. Ya he visto enterrar a suficientes amigos.

Nos quedamos hablando mientras la pequeña congregación se disgregaba y se vaciaba el cementerio. Después acompañé a mi Padrino a la estación para coger el tren de vuelta a casa esperé con él bajo los últimos rayos de sol y le ayudé a subir cuando llegó el ferrocarril.

Gracias me dijo por el deber bien cumplido.

Dios le guarde contesté. Y el día no había sido triste en absoluto.

La semana ha pasado rauda y me alegro de haber tenido algo de tiempo para mí al final de la misma. Es raro que disponga de un día libre en el trabajo de un día para mí en que las obligaciones no copen todas las horas. Pero sabía que el día llegaría y por tanto la semana anterior envié noticia a James por medio del cartero pidiéndole que pasara el día conmigo y me alegró recibir respuesta. Hemos fijado su visita para el próximo sábado pasaremos un tiempo juntos que espero con grandísima ilusión.

13

Esta mañana me he levantado temprano poco después de las cinco. Tenía agua fría para lavarme. He desayunado parte de las patatas y el pescado que sobraron anoche y he envuelto el resto para llevarlo conmigo. Y mientras el pueblo seguía en silencio he salido a pasear por la montaña como no había podido desde hacía semanas por estar demasiado ocupado. El año va mejorando y he entrado en calor con la caminata y así he podido reflexionar sobre el cambio de las estaciones. Ya se ha instalado la primavera y nos acercamos al pleno verano el verde crece frondoso y cubre toda la tierra. Las colinas se antojan un hogar digno de nuestro Señor y me encanta recorrerlas temprano cuando no hay gente. El aire es todavía nuevo y fresco y soy el primero en respirarlo.

Cuando he salido de casa una niebla blanca y húmeda se cernía sobre el pueblo y mis pasos retumbaban con un eco extraño entre los setos. Era un sonido desconcertante que hacía que el mundo en mi derredor simulara un sueño como si hubiera de despertarme y encontrarme lejos de aquí bajo un cielo luminoso. Pero a medida que ha ido clareando y el sol ha empezado a abrirse paso la capa de niebla ha desaparecido como barrida por una mano divina. Ha bañado de resplandor el valle entero. Me ha venido un verso a la memoria y si bien no recuerdo su origen se ha instalado en mi cabeza y pienso en él muchas veces a lo largo del día «En verdad la luz es dulce y placentero contemplar el sol».

Salí de casa en dirección nordeste con objeto de reunirme con James en Newbridge y pasear juntos por las colinas hasta el Tamar para seguir después el río hacia el sur y alcanzar el muelle de Saint Germans. Partí de Quethiock por el pequeño prado donde se alza la cruz del pueblo un antiguo mojón celta con una rueda con grabados

que semejan lino y cuyo oscuro granito manchan trozos de liquen amarillo. Seguí el trazado del muro del cementerio de la iglesia parroquial que quieto y silencioso en medio de la niebla resultaba algo fantasmagórico. Al final del sendero se levanta una capilla de los seguidores de Wesley pero no se usa desde la época de mi padre pues no hay suficientes feligreses para mantenerla. Es probable que todavía se adeude parte de los edificios. Siempre acude alguien del distrito a cuidarla de modo que se conserva en buen estado y espera el anhelado renacer que se prepara para cuando el Espíritu retorne a este lugar.

Enseguida el pueblo quedó a mis espaldas y aceleré el paso para entrar en calor y descendí a buen ritmo por el camino. Por esta zona los setos del borde son altos y espesos y están cargados de moras que madurarán dentro de unos meses y de pronto añoré su dulce sabor. Estos setos son obra de la mano del hombre criados en tierra y turba amontonada sobre piedras pero se han asilvestrado y se mezclan con hierbas y flores a sus frondosos pies crece una espesa algarroba morada las flores de los guisantes y las collejas se extienden alrededor esparciendo todo un caos de colores. Cubrirían rápidamente todo el camino creo que se darían bien en el barro pero nuestras idas y venidas mantienen la ruta practicable y los carros nos abren vía al pasar. Las golondrinas sobrevuelan los campos dibujando arcos veloces y fuertes.

Ha sido bueno abstraerse de la árida rutina cotidiana y encontrarse con Dios cara a cara. Siento en ocasiones que la monotonía amenaza con apoderarse de mí. Pese a toda la fe que tengo en la Iglesia existen quienes viven a través de terceros y a pesar de escuchar la Palabra del Señor no buscan la voz que les habla. Reconforta comunicarse con Él sin que se interpongan áridas barreras. Aquí en estas tierras en los momentos de tranquila soledad con el sol tostándome la piel puedo rezar y absorber Su Creación. No se oye gente diríase que los ruidos son más dulces e inteligentes.

James me estaba esperando junto a la represa del molino de Newbridge como había hecho en años pasados. Caminamos juntos al paso. Yo había supuesto que se lanzaría a charlar para ponerse al día de los numerosos asuntos que teníamos pendientes pero partimos en silencio y a mí no se me ocurrió modo alguno de iniciar la conversación.

Por lo visto nuestra relación ha cambiado un poco y nos llevará un tiempo volver a sentirnos cómodos al estar juntos. Pensé que en parte se debía a que ya no sé quiénes somos y que para poder conversar primero debería plantearme tales cuestiones. En cualquier caso paseamos en cordial silencio y sentí que tal vez la familiaridad retornaría.

Abandonamos los caminos de Newbridge para cruzar un bosquecillo y salir al páramo donde la tierra empieza a elevarse. Corrían conejos en todas direcciones. Oíamos a los zarapitos volar pegados al brezo emitiendo su extraña llamada. Noté el brezo bajo los pies una vieja sensación de la infancia los tiernos brotes justo como los recordaba. Y la aulaga asomaba temprano con su plácido amarillo luminoso y familiar.

A punto estuve de meter el pie en una laguna pantanosa si bien la descubrí justo a tiempo cubierta por una capa de mosquitos que volaban muy apretados. La bordeaban lirios amarillos. Remontamos el valle por donde el arroyo corta la pendiente las aguas se ven bastante limpias pero no me fiaría de los residuos de las minas. Extraen cobre y estaño y últimamente también volframio y se encuentran grandes cantidades de arsénico en forma de mispíquel que antes amontonaban como material de desecho pero que ahora según me informó el señor Blackmore exportan a América. El señor Blackmore pasó una larga vida trabajando en las pilas de cenizas y si bien ya no está con nosotros gustó hasta el final de hablar de las minas y estaba al tanto de lo que en ellas acontecía a diario siendo capaz incluso de contarme qué hombres trabajaban en cada pozo. Obtenía gran placer de compartir sus chismorreos diría yo que porque le hacía sentir que seguía entre los mineros.

Al remontar la ladera la brisa se mostró más intensa de lo que había supuesto pues la llanura por la que habíamos avanzado quedaba al resguardo de las montañas. El viento del valle soplaba cada vez más fuerte en dirección ascendente y en el borde donde la línea de las montañas se perdía de vista se enfriaba formando nubes. Me alegró que así fuera pues me había dejado el gorro y por tanto me esperaba una subida fresca sin sol que me calentara la cabeza. Y cerca de la cima de la montaña cuando estábamos bajo la más densa nube un breve chaparrón descargó sobre nosotros cuán refrescante sensación las gotas en la cara cuánto hicieron por

recordarnos que estamos vivos y somos parte de este mundo compuestos de arcilla y aliento celestial. Conozco empero muchas personas que no saldrían bajo la lluvia pues la relacionan con la infelicidad cosa misteriosa para mí porque grande es en verdad la felicidad que a mí me causa y la sensación burbujeante que desde el estómago me sube al pecho. Sin razón aparente me eché a reír acostumbro a estar solo y no quería parecer insensato pero con James me sentía animoso y sin necesidad de contenerme. Creo que James no era tan amante de la lluvia como yo pero no obstante no pudo sino sumarse a mi risa. Terminamos algo mojados aunque no empapados ni fríos y las camisas se secaron enseguida.

Luego en las cumbres la nube se descompuso en jirones por el viento más fuerte que soplaba en derredor y se colaba en nuestros oídos de modo tan extraño que habría dicho que alguien me susurraba a la oreja.

Paseamos un rato por la cúspide pese a que ciertamente aquí se elevan algo más que suaves colinas. Pero los valles se extienden durante un largo tramo y las vistas son considerables creando la impresión de una hondura mayor de la real.

Mientras remontábamos el monte Hill cruzamos por campo abierto manteniéndonos alejados de la chimenea de la mina que corona su cima. Se alza impresionante cual largo dedo sobre la tierra construida con ladrillos ennegrecidos y reforzada por cinturones de hierro. Destaca inhóspita en el páramo. Se ve sólidamente asentada diríase que ha echado raíces profundas en el suelo. Bien es un crecimiento no natural del terreno sin duda la tierra padece su presencia. Me pregunto si alguna vez desaparecerá y la tierra reclamará lo que es suyo.

Dimos la espalda a la mina y contemplamos el horizonte. Las vistas desde allí son bellísimas despiertan en mí el deseo de visitarlas más a menudo. Los altos brezales del oeste se adivinaban a lo lejos negros y sombríos incluso bajo el sol. Rodeaban los pies de la colina una veintena de granjas discernibles a simple vista si bien se hacía necesaria una visión más aguda para distinguir las tapias y los rebaños del pasto. Al este en la distancia se dibujaba Dartmoor pero más próximo a nosotros el Tamar se extendía en amplios meandros entre colmados ramales. Pensé entonces que resultaría excesivo tomar dicha dirección puesto que habíamos

vagado largo rato por los montes en lugar de buscar el río directamente tal como habíamos planeado.

Allí nos quedamos empapándonos de la riqueza del paisaje.

Mira allí dijo James. ¿Las ves?

Seguí su brazo. Vi un par de águilas ratoneras en el cielo. Las observamos girar en el cielo con los dedos de las alas estirados para remontar la brisa. Y me entristeció pensar que no había venido nadie más a disfrutar de las vistas.

Me avergoncé entonces de la gran pobreza de mi imaginación para retener la belleza que se nos mostraba. Y me avergoncé por la pobreza de mi habla para aprehenderla y describirla. Las sensaciones escapan a mi alcance soy un hombre sencillo inepto en cuestiones de gracia y belleza. Ocurre lo mismo cuando predico cuando me esfuerzo en preparar los sermones no tengo don de palabra para contar cuanto sé de Su amor por nosotros.

Mucho siento que puede aprenderse de contemplar estas vistas no solo la mera belleza superficial de la estampa una belleza que ningún pintor tendría la habilidad de reproducir. Pero comoquiera que acudo a ella pensando en el Señor se me concede ver la profundidad de todas las cosas. Cómo Dios y el mundo son uno que esta tierra natural muestra de forma apropiada el predominio de Su orden y que todo forma parte de dicho orden incluso yo. El cielo reside a nuestros pies así como sobre nuestras cabezas. Los sentimientos que aquí se me despiertan coinciden exactamente con las impresiones sobre mi Señor de modo tal que mi intuición de Él se equilibra a la perfección con las pruebas de Su obra. Cuán poderosa revelación de Su presencia. De que este mundo es mera sombra salvo por el hecho de que nuestro Señor lo habita. De que los árboles respiran gracias a Su Divinidad de que nuestra propia vida forma parte de Su Naturaleza de la que ha tenido a bien proveernos.

Aflige a los pobres de espíritu la duda de buscar a Dios en áridos libros o aislarse en iglesias de gruesas paredes como si Él se escondiera allí bien pocas serán sus bendiciones si no pueden ver las evidencias de Su presencia en todas las cosas. Oh Señor impide que devengamos parte de la sombra y concédenos una vida plena con Vos y Vuestra paz en nuestros corazones.

Son muchos los que parecen comportarse como si el mundo les

perteneciera como si lo hubieran forjado con sus propias manos. Y empero he visto cómo esos que no sienten amor por su Señor se desprecian a ellos mismos y a sus sobras y tratan con desdén cuanto les rodea. Así pues en aquel dichoso estado pensé con gran ira en todos esos hombres orgullosos que nos vienen con libros y teorías a decirnos que Su Palabra es mentira y que adoramos en vano puesto que no existe Dios alguno. A todos esos hombres listos cuyos cerebros menosprecian a sus corazones sus aprendizajes les han atontado hasta el extremo de que ya no saben que la prueba de la fe no se encuentra en el estudio o la evidencia sino en el ritmo constante del pulso donde sentimos la verdad en el calor de nuestra sangre.

A ambos nos sació el festín visual que se nos había servido y ambos destacamos cuán glorioso nos parecía. Después la conversación se volvió más fluida. Mientras charlábamos emprendimos camino a Landrake por el sur nunca había recorrido esa ruta pero encontramos el camino sin dificultades. Se suceden a intervalos colonias estañeras cuyas columnas de humo sirven de referencia sería imposible perderse cualquiera podría cruzar el país de chimenea en chimenea aunque no fuera el camino más corto.

Abandonamos las montañas y seguimos por los prados hacia el sur hasta que me cansé. Me sentó bien estirar las piernas pues paso largos ratos de pie en el trabajo y no quisiera agarrotarme y que mis músculos olvidaran lo que tienen a su alcance. Pero tras recorrer el sendero hasta las proximidades de Landrake con la alta torre de la iglesia ya visible y los árboles cercanos me empezó un dolor agudo tras las rodillas y tuvimos que detenernos.

Me duele James dije. Creo que estoy agotado del trabajo. Debería volver a casa.

Bueno me alegra oírlo. Creía que me llevarías caminando hasta las entrañas de la tierra. También yo estoy cansado pero no quería decirlo.

Me pareció que no era del todo cierto pues no se le veía en absoluto cansado. James miró al cielo.

Hace mucho que salimos dijo. ¿Llegarás a casa sin problemas?

Estaré bien. No queda lejos. Y tenemos luz de sobra.

Recuperamos el aliento.

Sienta bien volver a hacer esto ¿verdad? le dije.

Y que lo digas.

No creo que dispongamos de muchas ocasiones más para volver a repetirlo.

Puede ser. No es como cuando éramos jóvenes. Y tal vez nos casemos pronto.

Vaya ¿hay alguien? pregunté tratando de disimular mi interés.

James rió y contestó que estaba siendo optimista. Y me alegré por él aunque también le envidié un poco pues parecía llevar una vida muy distinta de la mía en la que otras cosas eran posibles.

Nos separamos entonces y nos prometimos repetir pronto el encuentro. Él regresó hacia el norte por el Lynher y yo seguí hacia Landrake para cruzar el río y salir al camino de Saint Germans. Notaba las piernas cansadas y era consciente de los deberes que me esperaban al día siguiente y por tanto debería haber regresado a casa. Pero me entristecía terminar el día tan pronto. Me sentía como un niño al que su madre llama pero no responde por amor a los placeres que ha descubierto jugando en el bosque.

Me detuve en un cruce de caminos sin saber qué dirección tomar y vi al borde del sendero un tratado tan antiguo que no estaba seguro ni siquiera de reconocer la lectura que contenía. Debía de llevar allí muchos meses y aun años quizá y me pregunté a quién correspondería cambiarlo y por qué habría desatendido sus obligaciones. Lamenté no llevar encima ningún tratado. Cierto es que podría presentarme voluntario en la siguiente reunión de repartidores pero tengo la impresión de que por el momento hago cuanto está en mis manos y el poste queda fuera de mi zona. Si dependiera solo de mí cumplir con mis deberes es seguro que los desatendería doy gracias a Dios por la fuerza que me ayuda a perseverar. Bien comentaré la cuestión en la próxima reunión y talvez se ofrezca alguien. Pero qué cosa tan triste para encontrársela en el camino.

Las piernas me dolían cada vez más y me vi obligado a aflojar el paso. Necesito hacer más ejercicio pero sé que debería ser precavido y cuidar de no hacerme daño. Sabía empero que el Señor cuidaba de mí pues la marea había subido el nivel del río y cuando llegué al muelle de Saint Germans por el lado equivocado pude avisar a un bote para que me cruzara el Tiddy y me ahorrara así remontar toda la orilla hasta el puente del ferrocarril.

Al llegar a Saint Germans necesitaba reposar y me alegré de tener ocasión de visitar a algunos enfermos y necesitados de la parroquia porque así no habría malgastado todo el día en mí.

Me alegró poder visitar a una persona en particular. Su madre y hermano estaban fuera y entré sin permiso en la casa ya lo había hecho antes si bien era la primera ocasión en que no había concertado antes la visita. A Harr no pareció importarle yacía silenciosa en cama con aspecto cansado pero contenta de verme. Como apenas tenía aliento para hablar me senté a su vera en aplacible silencio. Y pese a no encontrarse bien su espíritu estaba contento. Sin embargo no me quedé mucho rato pues su enfermedad es grave y no soporta compañías prolongadas.

De salida me topé con el doctor Coryton el médico local. Lo había llamado la señora French quien lo seguía a poca distancia. El hombre no es de la zona proviene de algún lugar al este de Plymouth creo y por tanto es sajón como salta a la vista por sus rasgos. Se le veía con semblante sombrío pues según él aquí hay poco de lo que alegrarse dijo también que la chica estaba muy enferma y moriría pronto.

Y pensé en lo ciego que está en cuánta fe puede depositar en los cuerpos y en lo que conoce de ellos cuando ni siquiera ve lo feliz que es la muchacha ni la fortaleza de su alma ni que está preparada para reunirse con el Señor aquí no hay más razón para estar triste que la ignorancia humana. No importa que el armazón de Harr sea débil no importa porque ha sido un molde perfecto para que el Señor lo trabajara y en él ha vertido el fuerte hierro de la fe y todo lo que queda perdurará.

14

Era un atardecer cálido y cargado del denso aroma de la lluvia y la hierba nueva que llegaba desde la pradera. Respiré hondo para henchirme de su fragancia en verdad una sensación embriagadora que parecía acentuar mi alegría. El cielo seguía azul y empezaba a oscurecer pero todavía no era de noche. La luna ya se mostraba casi llena y baja por el sur. Una estrella luminosa emergía a su izquierda un poco más abajo.

Me gustan mucho los días más largos que anuncian el verano y lo silenciosa que parece la tierra preparándose cual animal para el sueño con los últimos calores. En ocasiones casi siento elevarse el suave aliento de la tierra como un balanceo bajo los pies.

Así que fue un día precioso todas las cosas parecían alabar a su Creador pero entonces regresé a la ciudad y aparté la vista de la Naturaleza para observar nuestras imperfecciones y qué visión tan decepcionante. Cerca de casa me crucé con dos borrachos en muy mal estado que caminaban cogidos del brazo dando gritos por lo que llegué a inquietarme. Había padecido encuentros similares con anterioridad y me incomodaban. No quería atraer su atención ni sufrir su violencia. Bien resultó que no tenía motivos de preocupación porque estaban demasiado bebidos para amenazar a nadie.

Desvié la mirada cuando pasaron por mi lado deseoso de mostrarles mi desaprobación. De modo que no estaba mirando cuando me alcanzaron y el más menudo de los dos se separó de su amigo y repentinamente chocó conmigo. Una oleada de miedo me recorrió el cuerpo cuando me golpeó y una súbita excitación llenó mi pecho al creer yo que me atacaban empero el choque había sido involuntario creo que el hombre estaba siendo víctima de la bebida

y la malicia no era suya sino del alcohol. Cayó despatarrado a mis pies y olí su hedor a cerveza. Luego me agaché a levantarlo y vi las manchas a medio secar de su abrigo. El olor dulzón y ácido del vómito. La situación despertó en mí una honda vergüenza pero también ira y no sentí miedo de tener unas palabras con él. Quería ofrecerle algún correctivo pero su estado le impedía escucharme y su amigo se había detenido a ver qué hacía yo. Me miraba con temor como si acabara de despertarse y de pronto se encontrara contra una pared vi la desesperación braceando lentamente en su mente más allá de la bebida. Bien comprendí entonces que les sacaba una cabeza a cualquiera de ellos y que quizá me tuvieran más miedo del que había pensado. Así que icé al borracho del suelo y lo zarandeé un poco pero enseguida me avergoncé de gesto tan violento y le dejé estar. Di media vuelta y me marché sin volverme a comprobar si su compañero alcanzaba a sujetarlo antes de que volviera a desmoronarse.

La bebida es una maldición. Se destruyen y algunos parecen incluso contentos bien tal vez debieran ser condenados si eso es lo que desean pero no tienen ningún derecho a hundir a sus familias con ellos. Bastante pobreza padecemos ya la pobreza asola la tierra y es pecado mortal ayudarla en su avance invitarla a la mesa de tu familia y compartirla con los tuyos como si de un alimento se tratara. He sido testigo de los problemas que causa la bebida y la detesto. He asistido a menudo a las reuniones por la abstinencia a escuchar a sus oradores su causa es noble y ya han salvado a algunos.

No solo las reuniones harían bien a esos pecadores. De nuevo me entristecí porque ese día había encontrado las colinas vacías de esas personas pienso que les harían un gran bien les enseñarían a alzar la vista del suelo lejos de las tentaciones que tan a mano tienen y a mirar en cambio a lo lejos.

Al final del día vi a mi casera. Estaba sentada en la cocina en la silla de madera cuyo alto respaldo redondeado asomaba por encima de su cabeza. Se la veía absorta en sus pensamientos junto a la humeante cocina el ambiente estaba cargado y tras el aire fresco de todo el día me resultó desagradable. La mujer escondía bajo las manos una hoja de papel doblada. Me preguntó qué había hecho durante el día y cuando le contesté la reacción de su rostro fue tan

clara que no necesitó decirme que consideraba que había desperdiciado las horas su silencio me supo amargo cargado como estaba de desdén. A veces el desprecio que le despiertan las cosas subyace escondido pero emerge con facilidad. Pensé entonces ¿qué había hecho ella que mereciera la pena? Tal vez ni siquiera hubiera salido. Pues observa las cosas que tiene y proyecta la mirada solo lo necesario para ver los objetos que codicia. Debe de habitar un mundo pequeño y solitario.

Permanecimos un rato sentados en la cocina pero en silencio ninguno de los dos se sentía inclinado a conversar y acabé incomodándome de modo que enseguida la dejé y me marché a leer la Biblia con la cabeza puesta en la clase del día siguiente. Tenía deberes docentes que cumplir otro Sabbat había llegado raudo. Me quedaban pocas horas de sueño y debía levantarme temprano.

15

Varias semanas infelices han transcurrido ya desde aquel día glorioso desperdiciadas en la monotonía del trabajo y solo ahora he encontrado ocasión de visitar de nuevo a Harriet French. Encontré la casa llena de actividad habían florecido las peonías de la ladera y habían dedicado la semana a recolectarlas. La señora French se disculpó y me condujo a la cocina donde William y ella se afanaban en seleccionar las flores y juntarlas en ramilletes. Harriet descansaba medio ovillada en una silla de un rincón me saludó con voz cansina. William no alzó la vista continuó ensimismado en el trabajo. Parecía que había sido una buena cosecha pues se trata de una planta poco fiable que crece inútil y sin flores y algunos años escasea en los mercados. Pero las flores del día lo cubrían todo. Desprendían una fragancia tan densa que diríase que respirábamos flores. Sin duda una bella estampa aunque algo funeraria. Las venderán en el mercado tengo entendido que gracias al ferrocarril pronto podrán transportarlas a los mercados londinenses y la gente habla esperanzada de mejorar así los ingresos. Imagino que en la ciudad se mueren por las flores. Aquí sencillamente morimos por falta de trabajo o dinero y toda esta belleza no nos dará de comer.

Lo lamento señor Wenmoth se disculpó la señora French. Estamos muy ocupados. Le prepararé un té.

No no dije. Pero podría echarles una mano.

Y me hicieron sitio en la mesa.

Resultó no obstante que no tenía buenas manos para la tarea encomendada yo me tenía por una persona bastante diestra pero por lo visto carecía de la habilidad requerida la tarea me era nueva y las flores delicadas no me salían los ramilletes que habría querido sin romper los tallos. No parecía tan difícil pero supongo que se

requiere una destreza mayor de la que había imaginado. Me resultó una ocupación frustrante para la que me faltaba paciencia.

Observé a Harr. No tenía buen aspecto. Sus ojos traslucían cansancio la piel de debajo dibujaba medias lunas oscuras cual metal golpeado y manchado de hollín.

Creo que la señora French comprendió que mis esfuerzos causaban más mal que bien y muy amablemente me invitó a que descansara e hiciera compañía a Harriet mientras ella y William trabajaban. De modo que dejé los ramos a madre e hijo trabajadores veloces de manos expertas y me sentí algo avergonzado. Acerqué el taburete para sentarme junto a Harr y en nuestro tranquilo rincón de la cocina pudimos disfrutar de un mínimo espacio para charlar un poco mientras el trabajo avanzaba.

Le pregunté qué le había dicho el médico en la última visita pese a que no confiaba en que hubiera aportado nada de provecho.

Me contestó con bastante calma. Lo de siempre me dijo Harr. Ya sabe lo que dice.

Su respuesta fue serena y evitó repetir las palabras solo por educación puesto que no había miedo en ella. Fue un pensamiento que me vino a la cabeza y a punto estuve de no comentarlo pero con ella estaba a gusto y sentía curiosidad.

¿Tienes miedo? pregunté. ¿Tienes miedo de morir?

Confieso que le sorprendió la pregunta y pensé que tal vez había pecado de falta de tacto.

¿Por qué debería tener miedo? preguntó. No se me ocurre ningún motivo.

Harr sabía que iría a un lugar mejor y para mí significó una reprimenda pues la muchacha lo sabe de corazón y yo en ocasiones no puedo sino dudar de la firmeza con que esa certeza se asienta en mí.

Trató de hablar de nuevo pero las palabras escaparon presionadas y susurrantes de sus pulmones antes de un áspero ataque de tos. Me pregunté si el ambiente cargado de aroma a flores no contribuiría a su mal.

La madre se volvió hacia nosotros y comentó que sería mejor que Harriet se acostara. Me ofrecí entonces a marcharme puesto que estaba molestándoles en un día de mucho trajín pero la señora French contestó que no que no se oponía a que me quedara a

charlar y rezar con la chica. De modo que con ayuda de William subió a Harr que no dejó de toser y la acostaron y yo acepté la silla que William me ofreció para que cuidara de su hermana mientras ellos regresaban abajo a seguir trabajando. Por la puerta abierta les escuché conversar por lo bajo en la planta inferior.

Al final el ataque de tos remitió. Harr yacía sin fuerzas en la cama con aspecto exhausto. Las marcas oscuras de sus ojos se hundían cada vez más en su pálida piel pero en cambio sus labios brillaban.

¿Te encuentras mejor? pregunté.

Sí me contestó y acompañó la respuesta con un suspiro cansino. Gracias.

Y un momento después retornó a su voz una nota de su antiguo ser que daba alegría escuchar y me preguntó Bueno ¿de qué hablamos hoy?

Bien mucho hacía que me preguntaba yo cómo habría llegado Harriet a conocer y amar al Señor con tamaña pasión. Pero la muchacha se había visto al borde del Cielo y yo me preguntaba si alcanzaría a contármelo. De modo que me alegro de haber reunido el valor para preguntarle entonces puesto que me contó la historia con una franqueza que no esperaba. Tal vez el sufrimiento explique su madurez no deben de ser muchos los que a su edad serían capaces de exponer con claridad algo tan complicado. También me complació que pese a no ser yo de la familia confiara en mí y no creo que fuera solo porque pertenezco a la Iglesia.

Me contó que estaba convencida de que durante años había sido una pecadora asistía a la escuela dominical pero nada parecía afectarle. No obstante lamentaba sus pecados y cuando empeoró hizo tres años en abril pasado empezó a preocuparse por el estado de su alma y buscó el perdón de sus pecados. De modo que se esforzó pero tampoco así halló en su interior la fe en Jesús ni la sensación de que Él hubiera muerto por ella y así siguió hasta el verano anterior. Entonces una noche un espíritu maligno la visitó y permaneció junto a ella durante horas mientras la muchacha se le enfrentaba mediante la oración toda la noche. Sintió un horror atroz la sensación de que todo estaba perdido.

Bien dice que si no era un espíritu ignora qué sería aquello que la atormentó pero pensó que debía encontrar el valor para

enfrentarlo y mandó salir al demonio. Y como lo expulsó en el nombre de nuestro Señor que todo lo domina el espíritu obedeció.

Me contó que había adoptado apariencia humana. Semejante a un gran rostro envuelto en nubes o humo. Emanaba además olor a azufre. La fealdad de aquella aparición de rostro amplio y céreo se explicaba porque no parecía humana. Tenía una boca inmensa de la que soplaba una ráfaga feroz que amenazaba con llevarse el alma de Harr y dejar a la muchacha viviendo en el caos y el pecado y la boca se abrió más y creció hasta envolverlo todo y consumir incluso su propio rostro y siguió ganando más y más fuerza.

Era una criatura muy poderosa pareciera que no había de marcharse nunca pero Harriet continuó rezando y su Salvador vino a los pies de su cama la roca de su Salvación y se hizo la luz en la habitación y Harriet se regocijó. Después hubo que airear la habitación y afirma incluso que tuvieron que cambiarle la cama empapada como estaba de sudor por la batalla. Y entendí un poco por qué nada desde entonces la asusta demasiado ni sus padecimientos ni la cercanía del Cielo puesto que aquel día obtuvo una gran victoria.

Su testimonio me abrumó me pareció una rara narración de una batalla librada por nuestro Maestro y trascendental también porque la Salvación de una sola alma ya es inconmensurable. Y cuando hubo terminado pensé en contarle mi propia conversión. Es una fecha gloriosa y las promesas que hice ese día siguen frescas en mi mente a pesar de que hayan transcurrido cuatro años. Pero Harriet estaba cansada y necesitada de reposo puesto que contar su historia le había exigido mucha energía. De modo que no tuve ocasión de compartir con ella mi historia pero la visita fue no obstante provechosa. Su narración me acompaña desde entonces. Tal vez podría escribir un sermón sobre ella sin mencionar el nombre de Harriet. Creo que el enfrentamiento contra semejantes espíritus podría motivarnos a todos. Pienso que estoy ahora más próximo a comprender la fe de Harriet y que nuestra conversación me empuja a ansiar hablar más con ella a regresar pronto y a menudo y a experimentar de nuevo la paz que gozo en su compañía.

16

Y empero no todo es paz lo que siento con ella. En mis entrañas se esconde cierto desasosiego por los ratos que pasamos juntos ha habido días en los últimos meses en que se me ha recordado que no todo en nuestra comunicación es verdad. Bien esos meses pasaron raudos. El verano casi se ha consumido he perdido junio y julio en el calor abrasador del trabajo. En la fragua el aire titila por el intenso calor y es tan denso que no se puede respirar boqueas en busca de hielo y solo encuentras fuego. El humo me ha afectado a los ojos han sangrado agua hasta secarse hasta que no han podido llorar más.

Ojalá pudiera decir que durante esos días en que pude visitar a Harr hubo ocasiones en que conversamos paseando por el jardín. Ojalá pudiera decir que dejamos el jardín y salimos a la calle y disfrutamos juntos del campo. A menudo me imagino que algún día podremos hacer todo eso y lo agradable que será. Pero no. Todo ha seguido como siempre como todos los días me siento junto a su cama y nos conformamos con hablar de esas cosas que parecen tan fuera de nuestro alcance. Hablamos de lo que nos espera cuando llegue nuestra hora.

Será glorioso vivir en el reino dice ella.

Glorioso sí. Aunque lamentaré perder este mundo es un lugar precioso.

Yo creo que no puede ser tan bonito como el que se nos ha prometido. A veces me parece que puedo verlo.

¿Y qué ves?

Una luz brillante. Incluso ahora a veces veo luces. Raros destellos que aparecen justo enfrente de mi mente. Pero esa luz es muy diferente es constante y tan brillante que no puedo mirarla

directamente. Y sé que Él está esperándome allí, lis muy agradable pensar en ello me iría contenta a ese lugar.

Y recuerdo cómo Moisés se cubrió el rostro al descender del Sinaí pues brillaba con la luz del Señor y su gente no podía mirarlo.

Con todo me cuesta aceptar la facilidad con que piensa en la muerte. Harriet renunciaría a este mundo demasiado contenta tal vez no debiera sorprenderme puesto que ya no puede verlo. Ahora obtiene placer en Él y en la compañía de su familia. Y tal es sil fe en que nos esperan cosas mejores que no guarda un ápice de amargura por su situación. Pensé en todo el tiempo que llevaba confinada en la cama.

¿No sientes que te roban el tiempo? pregunto.

Un sonido cercano a la risa cuyo significado ignoro.

Me gustan los días tranquilos me dice. Cuando las cosas no son tan angustiosas. Cuando reina la paz y puedo descansar y pensar un poco. O cuando William viene a sentarse conmigo. Me gusta que me haga compañía. Me hace reír.

Pero apenas dispones de tu tiempo le digo. No puedes sentirte libre.

Es un privilegio sufrir por Su nombre. Pronto quedaré libre.

Y así es. Se contenta con esperar pacientemente el final. Con desear que mueran los días que se abrevien y pasen rápido sin preocuparse por su fugacidad. Imperturbable a la brevedad del tiempo dominada por la convicción de que será feliz con su Señor.

Y yo siento fuerzas extrañas tirando de mí. Pues también yo anhelo ese estado bienaventurado he trabajado duro en este mundo y estoy deseoso del descanso que se nos promete. Pero no puedo evitar temer el final de las cosas. Temo perderlo que tengo y tanto aprecio. Cuán extraño experimentar ambos sentimientos tan intensamente a pesar de que parezcan opuestos anhelar el Cielo y no obstante horrorizarse por la pérdida de los días.

El pavor no obstante disminuye cuando estoy con ella. Nuestras conversaciones recientes nos han acercado mucho y me siento más reconfortado y menos inclinado al miedo. Cuando Harriet habla la veo tal como es como si la conociera de toda la vida. Despierta en mi interior una suerte de marea un torrente de agradecimiento qué bueno en verdad tener una comunión tal con otra alma humana Dios ha querido bendecirnos con esta cercanía. No necesito que me

hable puedo visitarla y permanecer sentado en silencio todo un día sin necesitar una sola palabra gracias a la comunión que compartimos en Cristo. Nos reunimos de dos en dos o de tres en tres y Él está con nosotros Su presencia nos refresca como la lluvia un día caluroso de verano.

En ocasiones también ella reposa en silencio y parece sentirse como yo. Solo el sufrimiento puede acercarla tanto a Dios. Ojalá tuviera yo la misma fe podría mover montañas. Jamás fue más cierta la palabra de Dios «Si fuerais ciegos no tendríais pecado».

Pero entonces se me recuerda que Harriet no me ve. Cuando inclina la cabeza hacia mí es para aproximar su oreja y no sus ojos. No puede verme no puede mirarme a los ojos no puede conocerme como yo la conozco. A veces una preocupación se cuela en mi cabeza y juega con mi imaginación y es la idea de que Harriet me habla como si yo fuera una creación suya a la que hubiera dado vida y de algún modo el placer que halla en mi compañía parece no guardar relación conmigo. Lo oigo en su habla cuando me pregunta por las cosas equivocadas me pregunta por la vida de la Iglesia y por mi propia vida si me conociera no tendría necesidad de preguntarme esas cosas. Quizá construya mi vida a partir de mi voz y no de quién soy y se imagine a alguien que no se parece a mí tal vez a alguien mayor o alguien con una fe fuerte o más amable. No puedo explicarlo bien esto no es todo lo que siento. Ocurre simplemente que ha habido veces en que se me ha empujado a dudar veces en que me he sentido en verdad en paz y tranquilo con ella y he dado en pensar que en tales momentos hemos creado algo juntos.

Entonces cuando ya llevo allí mucho rato Harriet empieza a despertarse de un largo sueño y rompe el silencio con una pregunta repentina.

¿Están floreciendo las rosas? me pregunta. O

Creo que William llegará pronto a casa.

Y descubro que Harriet tenía la cabeza en otra parte y no en los lugares que yo creía. Entonces se instala en mí una gran soledad como si de pronto me retiraran de este mundo y su voz me llegara desde muy lejos y en una lengua extranjera y aunque intentara no comprender sus palabras en mi corazón las entendiera y me provocaran una inmensa tristeza.

17

Empero por fin llegó un día a finales de agosto en que se encontró lo bastante bien para sentarse en una silla y aunque nerviosa ser transportada al jardín. No sé cuánto tiempo hacía que no salía al exterior tal vez años quizá desde que empezó la enfermedad.

Recordaré ese día con cariño pese a que tal vez fuera el último día bueno que tuvimos los últimos calores del año. Hubo que persuadirla primero para que se aviniera a salir. Su madre y yo nos sentamos con ella en el dormitorio solo faltaba William. Su rostro nunca había estado más pálido. Aquella habitación la había debilitado.

¿De verdad pensáis que debería salir? preguntó.

Solo si tú quieres contestó la madre. Pero creo que sin abusar el sol podría sentarte bien.

Quizá tendríamos que habérselo preguntado primero al médico dijo Harr.

Y se me ocurrió entonces que en realidad no le preocupaba la enfermedad sino la mera perspectiva de volver a pisar el exterior que había algo en la idea misma que la agotaba.

Me preguntó mi opinión y le confirmé que me parecía una buena idea y que ella solo tendría que permanecer sentada. Prefería que respirara un poco de aire fresco a que se quedara en el dormitorio y además hacía un día precioso.

Iré a buscarte un sombrero le dijo su madre.

Y en cuanto hubo encontrado el sombrero poco más que un trozo de paja enmarañada que se caía a pedazos por los años y el uso excesivos trasladamos a Harriet fuera. La silla pesaba tan poco que podría haberla transportado yo solo sin esfuerzo pues no se notaba el peso de la muchacha.

El aire del jardín era dulce cargado de tantos aromas que nos silenció durante varios minutos. Olía las rosas en sus parterres. Olía el dulce olor de la planta que mi madre llama hierba de los mendigos trepando por el jardín y retorciéndose por entre la vegetación. Nos rodeaba el sonido de múltiples insectos. Vi a Harr estremecerse al contacto cálido del sol en su piel. Pensé entonces que conocía tan bien su cuarto que se habría sentido perdida unos instantes al salir de él y sus sentidos estarían luchando por asir las señales que la ubicaran. Harr giraba la cabeza diríase que ocupada en diseños gemelos como si intentara trazar el mapa del jardín externo y ordenar sus reacciones internas.

Pero la veía acelerada. Oí su respiración apresurarse y trabarse al encogérsele los pulmones por la impresión. Incluso sentada como estaba se tambaleó sin equilibrio y a punto estuvo de caer. Pero yo estaba a su lado y la sostuve con una mano y volví a reclinar su espalda en la silla hasta que volvió a mantenerse erguida sola.

¿Qué es ese olor? preguntó. Lo conozco pero lo he olvidado. No es como el de las flores de mi cuarto.

Tal vez rosas silvestres contesté. ¿Huele a tierra? O tal vez hierba de los mendigos. Aquí hay muchas plantas.

Repitió el nombre pero no aclaró si estaba en lo cierto.

Aproveché la intensa luminosidad para mirar a mi alrededor y preguntarme si ella percibiría los mismos colores que su madre y yo veíamos. No me pareció ninguna tontería sabía que había perdido la vista pero creí que su mente todavía los recordaría. Y me pregunté qué sentiría estando en aquel jardín cuya imagen todavía conservaba en la memoria pero que solo podía visitar mediante olores y sonidos y con unos dedos que desconocían el camino. Me pareció un mundo raro y triste y un lugar pequeño aunque supiera que para ella resultaba demasiado grande y lleno de miedos y que en parte anhelaba regresar dentro.

Su madre cortó una rosa para ella y le quitó las espinas del tallo antes de colocarla en la mano de su hija. Harriet la sostuvo en su regazo acariciando delicadamente los pétalos con los dedos. Palpando la suavidad sedosa de la flor. El sol era puro líquido coloreado con la forma y el calor del metal a punto para ser trabajado. Incluso los bordes de la sencilla falda de Harr despedían destellos dorados bajo semejante sol. Pese a todos los miedos y las

inquietudes se la veía liberada.

Pero no podía permanecer mucho fuera y al poco se quejó de dolor de cabeza y luego empezó a toser con aquel horrible sonido suyo. Se apretaba el pañuelo con tal fuerza alrededor de la boca que pensé si no estaría empeorando su asfixia.

La señora French se ofreció a ayudarme con la silla pero sabiendo que podía cargarla solo la levanté con Harr sentada en ella como si llevara a la muchacha en brazos. No pesaba demasiado solo tuve algún problema para cruzar la puerta cuando me agaché y balanceé levemente la silla. La subí por las estrechas escaleras notando cómo los escalones de madera cedían a nuestro peso ella se asía con las manos a la pechera de mi chaqueta para sentirse segura aunque yo jamás la habría soltado. Los espasmos agonizantes de su tos remitieron un tanto pero siguieron sacudiéndola con convulsiones que su cuerpo estaba demasiado débil para controlar.

Así regresamos a su cuarto y la deposité sobre la cama donde empezó a jadear por el gran esfuerzo que acababa de acometer. Tenía las mejillas acaloradas por el ejercicio y lo consideré buena señal pero su madre se preocupó. Se sentó al lado de Harriet a acariciarle la frente. El pelo de la muchacha descansaba inerte sobre la manta de un marrón grisáceo como la piel de un conejo pero no obstante largo y bello.

Está muy acalorada dijo su madre.

Cubría el rostro de Harr un resplandor rojizo que parecía indicar que todavía quedaba vida dentro de ella y tal vez no estuviera todavía preparada para la última llamada. Resollaba con un gruñido espantoso tratando de que el aire entrara en sus pulmones. La cogí de la mano fría al tacto tan refrescante que deseé llevármela a la mejilla pero estaba demasiado nervioso era la primera vez que le cogía la mano de aquel modo puesto que nunca la había tocado. Aquel contacto tenía algo tan puro que todavía recuerdo la sensación. La respiración de Harr se volvió más pausada y fácil y me descubrí respirando al compás. Incluso cuando sufre diríase que su gracia crece y se extiende a su alrededor bendiciendo a quienes se le acercan.

Se quejó de dolor en el pecho y las piernas pero tan somnolienta estaba que las frases que musitaba morían en sus labios. Parpadeó al mirarme y luego sus pestañas se tocaron delicadamente una única

vez al cerrar los ojos y luego otra vez más hasta que por fin a la tercera no volvieron a separarse.

Permanecí un rato sentado con su madre charlando en voz queda pareciera que la expedición nos había dejado a todos exhaustos pese a su brevedad. Antes de marcharme la mujer me agradeció mis diligencias y todo el tiempo que les había dedicado. Pero le preocupaba que malgastara las horas que le dedicara demasiada parte del día a su familia cuando restaba tan poca esperanza.

No cejaba en preguntarme qué esperaba yo.

Desde entonces me he planteado muchas veces esa misma pregunta y todavía me entristece. Pues la vida de Harr está en manos del Señor y no soy médico que pueda decir sí creo que se recuperará o no ya no hay esperanza y todas mis oraciones no han contribuido a su recuperación pues ella está ya muy lejos de aquí cerca de Dios y yo soy un simple mortal.

Al salir me crucé con William que regresaba a casa. Me preocupaba la conversación que había mantenido con su madre y supongo que le saludé algo distraído. Después a medio camino ya del pueblo recordé que le había prometido a su madre que hablaría con él. Hacía ya semanas de mi promesa y se me había ido de la cabeza. Me enfadé conmigo mismo últimamente había estado demasiado ocupado.

18

He pasado una semana difícil he tenido que enfrentarme a la ira que se había adueñado de mí. Muchas cosas se han juntado para frustrarme pareciera que a cada esquina me esperara una nueva irritación he tratado de reprimir el enojo pero me pregunto cuánto tiempo conseguiré impedir que me domine la amargura. Hay cosas más difíciles de perdonar que la malicia y la falta de consideración es una de ellas. ¿Por qué no ven más allá de su puerilidad?

El lunes un hombre esperaba a un animal en la forja y al animal le desagradaba el tratamiento no quería que lo herraran. El hombre había traído con él aquella bestia irritable pero no las ganas de ayudar y permaneció a un lado desinteresado fingiendo no ver los problemas que tenía yo para tranquilizar al animal cuando lo único que necesitábamos era una mano extra en las crines y una palabra al oído del caballo mientras yo trabajaba. Creo que tuve suerte de que no me coceara pues estas bestias propinan fuertes golpes.

A lo largo de la semana me ha avergonzado comprobar cuántos hombres descuidan su vestimenta. Bien no todo puede responder a la pobreza porque estoy seguro de que no gano más que ellos y soy capaz de ir limpio. No se adecentan para el Señor se comportan como niños que no hubieran aprendido a negarse nada.

Y luego la recompensa el Sabbat desperdiciado malgastado y sus privilegios con él. Solo el vacío de las iglesias y la estampa de las congregaciones ociosas en sus casas cuando paso por el lado. Hombres jugando a las canicas en la calle por dinero. Mi padre tenía duras palabras para esa clase de hombres consideraba que desatendían sus deberes una vez le vi alzar un palo contra un hombre que dormía al sol junto a la iglesia y reprenderlo a gritos mientras le golpeaba en lo que semejaba un sermón físico. Yo

carezco de semejante confianza para descargar la violencia contra los pecadores y es seguro que habrá quien piense que ello me convierte en menos hombre que mi padre pero no es tan sencillo pues yo sé lo duras que son sus jornadas laborales y también yo acabo rendido y en ocasiones parece que no amo el Sabbat como debería. Así que les perdono su descanso pero no obstante debo condenar su pereza.

Esto fue me parece lo que me enzarzó en una discusión con algunos hombres frente a la iglesia. Nos habíamos juntado para la reunión de distribuidores de tratados pero no estábamos aprovechando el tiempo se debatía sobre un territorio acerca del cual dos de los asistentes no lograban acordar quién atendería. Ninguno de los dos tenía otras obligaciones que le impidieran ocuparse del mismo sencillamente se limitaban a intentar no prolongar sus caminatas puesto que no deseaban alejarse hasta donde la responsabilidad demandaba. Empero uno y otro defendían discursos altamente altruistas bien se habían convertido de lengua pero no de corazón no reconocían al Señor ni amaban lo bastante a estas gentes.

De modo que después decidí tener una charla con ellos para decirles que habían desperdiciado nuestro tiempo discutiendo nimiedades e impidiéndonos abordar cuestiones más positivas. De no haber sido el tema tan serio me habría reído de ellos pues no se tomaron nada bien las críticas. Sospecho que su enfado escondía una buena parte de vergüenza volvieron a encenderse los ánimos y se quejaron a mí. No les ofrecí respuesta alguna. Esperé a que ellos mismos vieran su propia estupidez. Pero no la vieron. ¿Cómo es que no conocen el mal que les aflige? Ya no creen en él a pesar de que los devora como una lombriz avanza por dentro de la tierra y se rinden con demasiada facilidad.

He consumido mis iras en el yunque las he sofocado en el cubo de agua con el que enfriaba el metal al rojo vivo con la esperanza de que se evaporaran. Que ese calor abrasador me abandonara. Y he hecho las paces con el Señor todas las noches pero luego al día siguiente todo ha vuelto a empezar y pareciera que no hubiese final a tanta provocación.

En mitad de todo hubo además un día de tristeza. Había acudido al muelle a cambiar un tratado y me enteré de que esa misma

mañana había perecido un hombre. No presencié su muerte pero la tragedia que empañaba el lugar resultaba evidente. Ocurre siempre igual se ha convertido en una imagen demasiado familiar la extraña quietud con que prosigue el trabajo en un ánimo falsamente tranquilo. Normalmente el lugar bulle de ajetreo y ruido los trabajos de las minas se concentran aquí y los botes van cargados de mena y granito y cal y se oyen gritos y maldiciones y trajín de trabajo por todas partes.

El hombre había quedado atrapado bajo un cable de remolque que lo había arrastrado bajo el agua. El compañero que trabajaba a su lado había tratado de alcanzarlo pero se había adentrado demasiado rápido en el río y las gabarras se cerraban sobre él. Habían recuperado el cadáver yacía bajo una lona a la espera del anochecer cuando el médico podría venir con el carro a llevárselo. Como no había nadie que velara por él me ofrecí a orar por el fallecido. Vi los restos privados ya de espíritu su rostro morado y sin aliento y el pelo apelmazado y pegado a la piel. No le conocía.

Cuántos de estos trabajadores partirán antes de tiempo.

I lay que conseguir que se preparen. Ahora cuando voy al muelle miro en derredor y me imagino los semblantes de los vivos como si ya hubieran fallecido con los ojos cerrados o la mirada fija y enloquecida en caras hinchadas y con las manos lívidas listos para ser enterrados.

Sé también que cuando regrese a colgar de nuevo los tratados los hombres estarán trabajando como antes y el silencio habrá desaparecido. El tiempo se nos escapa pero nosotros nos repetimos caminamos sobre las huellas de nuestras propias pisadas no nos despertamos para ver el fin del mundo.

19

Ayer llovió y lloré. No tengo una explicación para ello pero no obstante dejo constancia de lo ocurrido pues tal vez se me ocurra alguna más adelante.

Había dejado el trabajo y al salir al exterior me encontré una fina llovizna y el suelo ya empapado y oscuro. Desde luego estaba cansado pero la lluvia me alegró pues siempre revigoriza. Respiré hondo el aire húmedo dispuesto a poner rumbo a casa cuando algo en mi pecho dio un vuelco como los brazos de una balanza y me inundó una oleada de tristeza que llenó de sollozos mi garganta y me hizo toser de sorpresa. Y entonces de pronto las lágrimas anegaron mis ojos y hube de secarme las mejillas con el dorso de la mano que me manchó de hollín y suciedad. Luego las lágrimas cesaron y dejaron tras de ellas una extraña tristeza no demasiado severa sino más bien como la sensación de un espacio que el pesar se hubiera apresurado a ocupar. Bien el episodio me avergonzó un tanto y no estaba seguro de qué lo había provocado de modo que me alegró que nadie lo hubiera presenciado.

Pero ahí acabó el asunto hoy no me ha preocupado ninguna adicción similar gracias a Dios porque he tenido una jornada muy ajetreada. He ido dos veces a la escuela celebrado el servicio en Minnard por la mañana donde he leído el segundo capítulo del Libro Primero de Samuel sin duda un momento reconstituyente pese a que la compañía era escasa. Nuestras voces sonaban magras al cantar no han hecho mucho por alegrar la penumbra de la capilla torpemente hemos completado algunos himnos queridos que hemos maltratado con nuestros esfuerzos. He acudido al camino de Saint

Germans a cambiar los tratados y he vuelto a predicar al anochecer.

Al salir de mis dependencias para acudir a la prédica nocturna me encontré a James esperando fuera. Mi casera le había mandado esperar allí porque tenía barro en los zapatos y no quería que entrara pero no le habría costado nada venir ella a comentarme que me esperaba.

Me disculpé profusamente pero James me aseguró que le había gustado aguardar al aire fresco y que no había tardado mucho. Se le veía de buen humor y ansioso de oírme predicar y a mí me alegró verle.

Juntos tomamos el camino que lleva a Landrake. Una fina llovizna dominaba el ambiente como el día anterior pero sin llegar a empaparnos. Fue un cambio muy refrescante dirigirme a mis tareas en compañía de un amigo las millas se me hicieron más cortas y me inundó una gran energía mientras charlábamos. El calor me sofocaba y me habría quitado el abrigo y el sombrero de no haber sido por la lluvia y de no necesitar las ropas de debajo en perfecto estado para predicar. James me contó anécdotas de su etapa en el oeste fue un placer liberador escucharle y olvidarme así de las preocupaciones de la semana. Me habló de su iglesia y me habló muy bien del trabajo que allí realizaban pienso que todavía quedan lugares prósperos en esta tierra donde la obra del Señor se realiza con más alegría que aquí. Me devolvió un poco de esperanza. Su compañía me era muy grata porque me hacía reír en voz alta. Hacía mucho tiempo que no tenía motivos para reír.

Esa noche leí la Palabra del Señor de Los Hechos de los Apóstoles capítulo 2 versículo 1 me pareció que lo hice bien y me satisfizo haber dedicado el tiempo a algo provechoso.

También mi Padrino vino desde Burraton para escucharme. Le había traído un granjero en su carromato de modo que me sentí muy agradecido de estar rodeado de buenos amigos me sentía mucho más acompañado gracias a su presencia y me animaron con sus comentarios. Después esperé un rato con los dos consciente de la rara oportunidad que se me concedía de estar entre amigos y sin ninguna obligación que me distrajera así que me alegró aprovecharla. Nos sentamos en unos bancos detrás de la capilla contentos por la calidez del lugar y pensando con optimismo que dejaría de llover pues el repicar de la lluvia sobre las ventanas iba

amainando. Era una reunión acogedora notaba una fuerte sensación de compañerismo y sentía una gran alegría de corazón. Charlamos de muchas cosas ahora no logro recordar qué dijimos salvo que al debatir sobre la fuerza del Cuerpo de Cristo en nuestro distrito James habló con gran elocuencia.

Con el tiempo he llegado a envidiar un tanto su habilidad para explicar cosas que a mí me cuesta exponer. Sus argumentos son siempre fluidos y parece conocer las palabras correctas que debe emplear cuando abordamos estas cuestiones. Yo paso grandes apuros porque no logro expresar la mayoría de las cosas que siento para mí son misterios que escapan a mi mente no instruida. En los sermones me esfuerzo por llegar a la verdad de las cosas en mi corazón me parecen claras y simples pero se tornan muy confusas cuando hablo de ellas.

Mantuvimos una animada discusión acerca de los defectos de la Iglesia. En opinión del señor Pendray el cuerpo de predicadores locales de todo el distrito es potente somos más de cuarenta y hay tres más en período de prueba.

De modo que apunté que a mi parecer la Iglesia no fallaba en sus predicadores sino en la actitud de las congregaciones que sus espíritus eran deficientes. Contra lo cual me argumentó James que las ideas que rigen las vidas de la gente cambian que está en juego algo más que sus espíritus que su fe está centrándose en el hombre y la ciencia. E insistió con discurso apasionado y porque diríase que entendía más del tema que yo me mordí la lengua.

Bien se me ocurre ahora demasiado tarde lo que habría dicho y esto es que podemos contemplar muchas maravillas resultado de la ciencia y la ingeniería en este lugar grandes puentes y el ferrocarril pero que ninguna de ellas salvará nuestras almas.

Esa noche pasamos un tiempo precioso que pareció consumirse enseguida y tuvimos que volver cada uno a su casa. El señor Pendray estaba de visita en casa de un viejo amigo y predicador local de la Iglesia el señor Rapson así que al acabar lo acompañé al hogar de su amigo. Mi padrino me pareció un hombre frágil que necesitaba apoyarse en mi brazo para andar. Sé que está solo y que debería cuidar más de él por lo generoso que ha sido con mi familia y le aprecio cristianamente pero diríase que no puedo asumir ese deber como propio. En ocasiones me siento marcado por su

generosidad siento que arrastro una pesada deuda para con él que me pesa como un cardenal. Son muchas ya las tareas y escaso el tiempo para atenderlas y siento que debo privarme del placer de la compañía de mi amigo. Quizá cuando se marche estas labores que me atan de manos sean menos y la llamada para permanecer aquí no sea tan fuerte.

Se ha convertido en un hombre muy menudo es raro que no me haya fijado antes. Pero ya era anciano la primera vez que le vi y por su fortaleza en el Señor le imagino mucho mayor que yo y más corpulento de lo que es en realidad. Ahora pese a la espalda agarrotada y a que camine encorvado apenas alcanza la mitad de mi tamaño. Avanzamos penosamente lentos pero mi Padrino intuyó mis pensamientos comprendía que aquel paso me frustrara un tanto.

Ya no soy tan rápido como solía me dijo.

No tengo prisa repuse.

Nos detuvimos un instante a descansar. Los músculos me temblaban de impaciencia no sé por qué sentía una gran necesidad de alejarme puesto que no tenía más sitio al que ir que a la cama.

Ahora me canso enseguida dijo sin el menor tono de queja. Es curioso como al final de nuestras vidas nos volvemos tan lentos.

Estoy seguro de que aún le quedan unos cuantos años por delante dije.

Me miró.

¿Piensas casarte? me preguntó. Lo estás retrasando mucho.

Dudé. No esperaba semejante conversación y me incomodaba hablar del tema.

No tengo dinero contesté. Mi vida no me lo permite ahora mismo trabajo demasiado. Además la Iglesia me requiere cuanto tengo.

Quizá estés dando demasiado. Sé que debemos entregar parte de nuestros ingresos pero tal vez debieras pensar también en ti y tu situación. Existen otros modos de dar. Las tareas que realizas por ejemplo. Seguro que en la congregación hay alguna joven que te aceptaría encantada. ¿Quieres formar una familia?

Todavía soy joven hay tiempo.

Pero no creía lo que dije tenía la impresión de haber renunciado a esas cosas de que me habían pasado de largo. Sabía lo que diría mi Padrino que apenas rozo los treinta que mi padre no era mucho

mayor cuando nos dejó que me queda poco tiempo. Y no obstante me siento un niño ignorante del mundo que no sabe cómo han pasado los años cómo ha llegado hasta aquí convertido ya en hombre. La sangre inundó mi cabeza de pánico por el vértigo de los años pasados. El futuro parecía zambullirse en lo hondo de un abismo frente a mí sin más que hacer salvo caer y esperar el duro contacto con el fondo.

Te iría bien una familia me dijo. Apenas ves ya a la tuya.

Y supe que era cierto y no me pareció un reproche. Le dejé hablar.

¿No querrías una familia? insistió. ¿No eras feliz con tus padres?

Claro que sí dije. Claro que era feliz.

Pareció que quisiera añadir algo más pero no dijo nada sino que permaneció en pensativo silencio. Y me pregunté si la razón de que callara no sería que le resultaba extraño aconsejarme sobre tales cuestiones puesto que él no tenía familia. No sé por qué carece de familia no sé si tuvo elección o es resultado de alguna pérdida decidí que esperaría el momento adecuado para preguntárselo pues entonces no lo era.

Volvió a hablar.

Me tienes un poco preocupado dijo. Entonces se calló y me miró a los ojos sin terminar la frase quizá decidiera que no era interlocutor para sus opiniones.

Aunque lo cierto era que yo conocía bien sus pensamientos adivinaba sus meditaciones que parecían tomar un sesgo morboso. Mi Padrino me veía envejecer rápidamente y pensaba en su propia muerte y luego en la mía y no quería que ninguno de los dos entrara solo en la eternidad. Pero yo no quería que mi Padrino me hablara de la muerte. Ya había oído bastante esa palabra ya había pensado suficiente en ella. Al final la sentía como una enfermedad de mi cuerpo que se apoderaría de mí en vida. Le cogí del brazo y le acompañé hasta la puerta el día terminó.

20

También la semana ha pasado rápida. Los días han girado hacia su fin y siento mi espíritu oprimido. Me ha animado contar con la compañía del Señor la asistencia a las clases es tan pobre que a menudo basta con encontrarme a un solo hermano y no estar así solo. Qué triste ver en semejante estado a la Iglesia y qué breve el tiempo de que disponemos para corregir la situación. Pero ocurre que la alegría que me aportan esos breves momentos con los amigos vive muy poco tiempo en mi corazón diríase que cada nuevo día fluye por él sangre nueva que nada recuerda del día de ayer. Me queda tan solo el residuo de la felicidad la sensación de que mis alegrías han partido y tal vez nunca regresen. Y un pensamiento solemne parece hundirse más profundamente que el resto y este es si volveremos a encontrarnos sin duda algunos de los que hemos coincidido esta semana cambiarán de mundo antes de que acabe el año y debo preguntarme ¿seré yo Señor?

Y no ha sido esta la única razón para pensar en nuestra mortalidad y su llegada pues me he enterado hoy de que Harriet French ha empeorado y temo que no siga mucho más con nosotros tengo que encontrar un rato para visitarla enseguida.

21

Otras dos semanas nos han abandonado y no he podido evitar que se me escaparan mi mente ya las ha desdibujado y ni siquiera sabría decir qué contenían. Desperdiciamos nuestro tiempo en sueños no sé cómo nos despertaremos.

Normalmente no parcelo el año en secciones y decido que debo hacer tal o cual cosa para una fecha pero debo reconocer que hoy al caer en la cuenta de que estamos a finales de septiembre he pensado que según ese patrón han pasado ya casi tres cuartas partes del año y he trabajado tanto que he dispuesto de muy poco tiempo para mí. Cuando me acuesto al final de la jornada estoy terriblemente cansado. Amontono las mantas de mi catre y me entierro en ellas. Pero el clamor persiste en mi cabeza oigo el repique del hierro y las numerosas voces de ese día hablándome de nuevo creando un fuerte eco en mi nuca. De modo que no hallo paz ni calma ni siquiera cuando me acuesto a dormir.

Descorazona pensar que casi se nos ha escapado otro año sin que se cumplan muchas de las esperanzas que en él había depositado. Hace nueve meses que no voy a casa y siento la llamada de la familia. Sin embargo he controlado las horas libres con cautela y he dedicado ese tiempo a aquellos que no seguirán mucho con nosotros. Confío en que mi familia perdonará mis ausencias y respetará mis obligaciones como yo. No me he considerado libre para dedicar el tiempo a lo que yo quisiera si dependiera solo de mí.

Hoy es el Sabbat y por primera vez en meses me he despertado con frío y he tenido que levantarme rápido y moverme para entrar en calor. El día ha transcurrido del modo siguiente por la mañana he ido a cambiar los tratados. Ha llovido todo el camino y un frío

revulsivo se sumaba a la humedad. Cuando ha llegado la hora he asistido al servicio de Tideford oficiado por el hermano Cottle con una reunión de feligreses decepcionantemente escasa. Hemos almorzado algo sencillo todos juntos y luego por la tarde hemos recibido a un orador de visita en la capilla un hombre de la Sociedad Misionera de Wesley que ha alabado la obra que nuestra Iglesia realiza allende los mares y he contribuido a la colecta posterior a pesar de que las naciones pobres parecían algo muy lejos de mis pensamientos de hoy. Nosotros no parecemos encontrarnos en situación mucho mejor que los pobres salvajes que nada saben de Dios. Me pregunto si todavía tenemos la fuerza suficiente para acometer esta obra si los misioneros no deberían regresar a predicar entre nosotros.

Dejé la reunión al poco de que finalizara y me encaminé a toda prisa hacia Saint Germans. Harr French había ocupado mis pensamientos toda la semana me resultaba terrible imaginar a la pobre chiquilla sufriendo sin encontrar yo la ocasión para visitarla y no veía el momento de llegar.

Me encontré con William al acercarme a la casa resultó que me había visto aproximarme por el camino y su madre le había mandado a recibirme. Se le veía la cara fresca y vestía la camisa blanca arremangada a pesar de que no hacía calor. Tenía barro húmedo alrededor de las suelas de los zapatos de lo cual deduje que había salido temprano cuando aún llovía. Pensé que quizá hubiese acudido a la capilla por la mañana aunque no le había visto.

Harriet duerme me dijo. No debería entrar.

Entonces no la molestaré contesté. ¿Tu madre está en casa? Con gusto pasaría un rato con ella.

Me ha enviado a decirle que Harriet duerme y que no entre.

Ah es que está ocupada y no supe qué más añadir.

Me he enterado en la capilla de que últimamente tu hermana ha empeorado dije entonces.

Sí.

Lo siento. ¿La ha visitado el médico?

He ido a buscarlo esta mañana pero no ha podido venir.

Bueno. No estoy seguro de que hubiera podido ayudar. Quizá le haría más bien una oración. El Señor cuida de los suyos. ¿Has rezado por ella?

Sí dijo pero después de una pausa y sin mirarme. Asentí como muestra de aprobación.

Empero su rostro seguía trasluciendo algo aunque yo ignorase qué esperaba de mí. Se le veía desconcertado y se me ocurrió que tal vez me imaginara enojado porque había faltado a las clases. Pero yo no sabía cómo tranquilizarlo y tras un momento de incómodo silencio decidí marcharme. Qué decepción. Sentía una gran necesidad de ver a Harr e ignoraba cuándo dispondría de otra oportunidad para visitarla o si esta llegaría demasiado tarde.

Cuando se despierte dile que he venido a verla rogué. Y dile a tu madre que la tengo presente en mis oraciones.

Interpreté el leve balanceo de su barbilla como un sí.

Espero verte en la escuela le dije a él.

William entró en casa. Me inundó el pesimismo. No parecían buenas noticias y sí muy mala señal que Harr no estuviera tan siquiera en condiciones para recibir visitas. Me entretuve un momento en el camino sin saber qué hacer después resolví regresar a casa y dedicar algo de tiempo a rezar por ella.

Tomé el sendero de junto a la casita. Así bordearía los límites de Saint Germans en un agradable rodeo que pocas veces tenía excusa para dar. Flanqueé la pared encalada de la casa que por la parte de atrás cubren las hiedras y luego pasé junto al jardincillo. En él sobrevive un profuso colorido los helechos derrochando verde y los rosales recién florecidos asoman por la pared sur de la casa vecina. Alcé la vista hacia el tejado que corona la pequeña ventana de Harr y descubrí algunas tejas partidas por la mitad y los complejos dibujos de grietas recientes del empizarrado que me recordó las reparaciones pendientes otro deber al que había faltado. Al alzar la vista vi movimiento en la ventana una silueta que tomé por la de la señora French y cuyo movimiento transmitía una urgencia que me inquietó por no poder subir a ayudar estaba convencido de que podría haber colaborado y ello me deprimió profundamente.

Retomé mi camino en dirección a la casa de beneficencia por el bancal bordeado por una hilera de altos castaños de aspecto sólido y protector. Un tordo cotorreaba animoso en alguna parte. El otoño acecha y aunque los árboles siguen voluminosos con anchos contornos y densos follajes casi han perdido el verdor entre tanto amarillo como ha caído al suelo y el color a herrumbre se apodera

lentamente del bosque. Siempre había esperado con ilusión el otoño era una estación estupenda para ser niño solíamos recoger las hojas secas y por alguna razón el sencillo placer de esa actividad nos reconfortaba. Es una lástima que no podamos ser niños para siempre y permanecer ciegos a la lenta muerte de la tierra. Qué distinto será todo en pocos meses los árboles desnudos se mostrarán como oscuros cuerpos retorcidos. Empero algo dentro de ellos sigue vivo durante la hambruna anual y siempre recuperan el color. Confío en que para nosotros sea igual.

Tenía tiempo ocioso y debería haber visitado a la señora Truscott y las casas de beneficencia pero había perdido el entusiasmo y necesitaba estar al aire libre de modo que pasé de largo y tomé el sendero todavía mojado de lluvia que salía del pueblo y dando un rodeo me llevaba de vuelta a casa hasta Quethiock. Al regresar cuidé de limpiarme el barro de los zapatos y deshacerme del polvo que traía conmigo antes de entrar en la cocina no me sentía capaz de enfrentarme a las quejas de mi casera qué mezquina es me parece una mujer mezquina.

22

Mañana por la tarde debo oficiar en Crafthole leeré Mateo capítulo 7 versículo 27 tengo conmigo las notas que he tomado para el sermón.

Se desplomó y la ruina fue grande.

Cómo tras predicar en la cima de la montaña y repetir numerosas veces que transmitiría Su sabiduría a las mentes de quienes le escuchaban hizo incluso una parábola de Sus parábolas una lección de cómo deberíamos escuchar y obedecer Sus lecciones

1. La edificación de una casa muy mala peligrosa en el verano con el buen clima y destinada a desplomarse con las tormentas del invierno

    1. Los cimientos son malos si observamos con atención distinguiremos una inscripción que dice por un lado DESOBEDIENCIA y por el otro DESCREIMIENTO
    2. El terreno sobre el que se asienta es malo son las arenas de la fantasía
    3. El material es igualmente de muy mala calidad

2. Su destrucción se desplomó y su ruina fue grande
3. Lecciones que deberíamos aprender de este texto

    1. En primer lugar asegurémonos de tener buenos cimientos
    2. Podríamos cansarnos durante la construcción pero escuchemos la voz del Maestro y obedezcamos Su

Palabra

3. No temamos cuando lleguen las aguas y soplen las tormentas pues el fundamento es firme es la roca de los tiempos
4. Pero seguros están aquellos que no escuchan la voz del Maestro ni obedecen esta orden que pronto sus casas serán sacudidas y las piedras de las paredes se desplomarán sobre ellos y quedarán expuestos a la tempestad sin cobijo alguno

23

He tenido un inicio frío y temprano nada se movía en el pueblo cuando he salido. Anoche oteé el cielo en busca de alguna pista del tiempo pero no vi nada salvo un plano gris y nublado una piel resbaladiza sobre mi cabeza en la que nada cabía leer. Me ha parecido que la oscuridad de la madrugada estaba preñada de expectativas del nuevo día con todos nuestros movimientos a la espera todavía de recibir una orden y las horas una asignación. Me ha parecido que todavía había esperanzas de algo bueno.

Los setos no ofrecían cobijo alguno las calles se habían convertido en canales por los que circulaba el aire frío. Un fuerte viento soplaba a mis espaldas barriendo las hojas ante mí que giraban como si corrieran colina abajo diríase que la tierra se movía bajo mis pies. El sendero me soportó y las hojas brincaron y corrieron.

Por derecho hoy debería haber dispuesto de un caballo para la jornada pero ha habido ciertos desacuerdos con el granjero propietario del animal por lo visto la última vez que prestó la bestia a la Iglesia se la devolvieron renca y no está dispuesto a más caridades. No obstante tengo entendido por otras fuentes que el problema fue el mal herraje realizado por la herrería local del granjero. Y yo estaba harto de problemas y discusiones y el trabajo que costaría conseguir otro animal de modo que me pareció más sencillo cubrir la distancia a pie puesto que ya lo había hecho antes.

A la salida de Quethiock el camino vira al sudoeste hacia Menheniot y lo seguí un trecho. Me adentré en la penumbra de la arboleda por la vega de un muro de mampostería sostenida entre dos pilares de piedra. Allí crecen abetos y pinos bosques nuevos que medran rápido y cuyo aroma a melaza dulcifica el aire. Desde

debajo de los frescos árboles salí al Tiddy que crucé por el puente cercano a Menheniot. A continuación dejé el camino y me encaminé al sur por el valle una bonita arboleda sin cultivar. Garzas rezagadas descansaban allí sobre las ramas más altas. Atravesé la pradera henchida de helechos oxidados como el hierro y me reincorporé a un camino para recorrer las últimas millas de tierra pelada. La senda se hunde en el territorio cual hoya o zanja que cortara el páramo dejando pequeños diques de tierra a ambos lados.

Pero no pensé demasiado en el camino tenía la mente centrada en sí misma en los días pasados que volvían a mí vívidamente. El paso regular de mis piernas parecía mover mi mente y conjurar intensos recuerdos de mi primera visita a Crafthole cuando contaba seis o siete años recuerdos tan nítidos que me sentía transportado al pasado. Regresé a un Sabbat de finales de julio un día despejado y perfecto con una brisa que me atraía hacia el mar. Recuerdo estar despierto ya a las cinco o las cinco y media de la mañana cuando mi padre entró a levantarme. Por aquel entonces sus dolores no le impedían salir de casa y todavía viajaba para predicar. Yo era demasiado pequeño para caminar un trecho tan largo y la distancia entre Saint Eve y Crafthole es incluso mayor que la que he recorrido hoy de modo que caminamos juntos hasta Saint Germans y allí recogimos un caballo del establo de la capilla.

Existía el tren claro pero mi padre no lo consideraba adecuado para el Sabbat puesto que exigía la presencia de trabajadores que en su opinión debieran mostrar más respeto por su Señor en lugar de trabajar ese día. Pasó un tren mientras aún alcanzábamos a distinguir las vías y yo alargué el cuello para verlo mejor a pesar de que mi padre no le prestó atención estaba rezando por las almas que iban dentro. Bien en esto le he fallado pues desde entonces ha habido días en que he conocido el traqueteo del tren pues he tenido necesidad del servicio y si los trabajadores colaboran así en la obra del Señor algo bueno puede salir de sus esfuerzos.

Me senté orgulloso en el caballo delante de mi padre con los ojos atentos a todo. El viaje es un vago recuerdo de colores una mezcla de muchos lugares nuevos para mí puesto que nunca me había alejado tanto del hogar. Mi padre me iba señalando las

granjas por las que pasábamos invocando nombres que susurré para mí toda la jornada y que todavía hoy soy capaz de recitar: «Trehunist Trenance Goodmerry Leigh Furslow Dannett Penpoll Haye».

Dejamos atrás las tierras de cultivo y el terreno mudó llegamos al acantilado y vi el mar por primera vez algo en verdad bello una tela viva que se extendía hacia el horizonte. Me costó creer tanta inmensidad. De un profundo azul cambiante y más rico que el del cielo. El olor a sal era tan intenso que lo notaba en la lengua. Aquella visión me sobrecogió y ha permanecido grabada a fuego en mi memoria todos estos años. Diríase que la escena llevaba mucho tiempo esperándome.

Mi padre predicó en la capilla de la cima del acantilado ante un puñado de gente venida desde el pueblo. Le acompañé en la lectura pues la habíamos preparado juntos de antemano mi padre quería demostrar mi habilidad lectora y mostrarse así orgulloso de su hijo. Yo había practicado en voz alta toda la semana mientras mi madre me pedía que fuera más despacio que leyera más lento de lo que a mí me habría gustado. Al terminar algunos de los hombres me estrecharon la mano me felicitaron por la lectura y me preguntaron dónde había aprendido a leer pero yo era demasiado tímido para conversar con ellos. Me limité a esperar en silencio a mi padre preguntándome si pensaba pasarse el día entero saludando a la gente junto a la puerta.

Pero no lo hizo. Y por la tarde seguimos el empinado sendero que descendía por el acantilado cubierto de hierba y paseamos juntos por la playa. Cuando me agaché al borde del agua me acerqué despacio porque desconocía cómo sería si me recibiría bien o se consideraría una trasgresión tocar algo tan maravilloso. Paseamos bordeando la hilera de olas y me sentí como si de pronto mi vida se abriera y corrí por la arena experimentando por vez primera su suave tacto. A mi espalda curvas irregulares dibujaban el trazado de mis huellas. Nos cruzamos con vagabundos que recogían madera dos recolectoras de lapas descansaban sentadas bajo el acantilado eran dos ancianas y todavía recuerdo lo felices que me parecieron. Por entonces yo era demasiado joven para fijarme en lo harapiento de sus ropas o imaginar que sus rostros cálidos y arrugados habían sido moldeados por una vida de dificultades. Lo

único que sentí ese día fue libertad.

Caminamos hasta un lecho de pizarra erosionada una losa negra que se adentraba inclinada en el mar. El sol brillaba deslumbrante. Entorné los ojos. Me sentía abierto a los elementos expuesto al sol aplastado por su calor contra aquella roca como despatarrado sobre un yunque y golpeado por el martillo y la luz. Me alejé cuanto pude hasta que la roca gris se tornó negra y resbaladiza y las olas amenazaron con empaparme los pantalones.

De regreso viramos hacia el acantilado y hallamos una veta de piedra caliza donde el goteo del agua había creado una cueva con varias charcas. He aprendido desde entonces que esas cascadas que semejan roca verde y rosa se llaman calcitas. Mi padre me contó que tiempo atrás se creía que las charcas tenían poderes curativos. Por lo visto hubo un tiempo en que la gente buscaba la curación en la tierra como si supieran que Dios estaba en ella. Conocemos a nuestro Señor a través de lo que vemos del mundo pero solo si se produce un cambio en nuestro interior Le sentimos hay que dar un salto de la razón a la fe y el abismo que debemos salvar es grande pero qué dicha y qué bendición conocer al Señor.

Todavía en la playa aquel día de mi juventud me recuerdo vestido con las ropas de la iglesia y pese al cuidado que había puesto en el juego con el dobladillo de los pantalones mojado y pesado de tanta arena. Nos dirigimos a la playa de guijarros y nos lavamos las manos el agua estaba tan fresca que di un grito y me reí y para mi sorpresa también mi padre rió con un sonido fuerte y raro que despierta en mí una alegría inenarrable su risa se remonta veinte años atrás y ya no me es dado escucharla.

Los recuerdos de aquel día acortaron el camino y consiguieron que las millas pasaran rápido. Deseé que el día que me esperaba fuera tan bueno como aquel de mi juventud pero a medida que me acercaba a la costa fue haciéndose evidente que no se nos había concedido esa bendición. Lucía un amanecer fiero con un cielo rojo como la arcilla del suelo una vista bella pero pobre.

Mientras ascendía hacia el borde del acantilado notaba una fuerte atracción. Me esperaba una escena maravillosa y siempre me alegra que mis viajes me traigan a este paraje. Un vasto espacio de

aire y agua se extiende ante mí y la brisa llena mis pulmones incluso en los días más tranquilos. El mar posee su propia fuerza de gravedad. Atrae y aspira la tierra. Desde el borde del acantilado parecía cercano a pesar de la distancia que todavía lo separaba pues el sendero que lleva a la playa es largo y empinado. Pero el océano rompía con fuerza. Un millar de olas alcanzaban brevemente su apogeo para luego alejarse una a una como motas de luz blanca destacando contra el azul turbio. Llegué al borde expuesto al viento cansado y algo hambriento y pisando la hierba tupida entre los tojos por fin arribé a mi destino.

La capilla de Crafthole es una pequeña edificación que se alza sobre el pueblo desde un pliegue del terreno. Antaño se erguía en el mismo lugar una iglesia más antigua que se demolió hace cien años. La que ahora tenemos la construyeron los seguidores de Wesley con las viejas rocas del páramo en los días del renacimiento en época de mi abuelo y tanto él como mi padre han oficiado en ella antes que yo. No acierto a comunicar plenamente la extraña seguridad que me infunde saber que mi camino sigue los pasos trazados por mis antepasados. Esta capilla se me antoja un lugar seguro un refugio de piedra alejado de la furia que aguarda allende sus paredes.

A ambos costados de la baja puerta de entrada se abren unas pequeñas ventanas de sencillos cristales de colores rojo y verde. El tejado es de pizarra y colocado en un ángulo muy bajo como protección frente a los vendavales que soplan desde el mar. En la cara que da al acantilado no hay ventanas solo piedras y por tanto es muy poca la luz que penetra en el interior. Un tamarisco doblegado por el viento ofrece cobijo junto a la pared.

Así pues las ventanas escasean pero la capilla está bien surtida de velas y cuando llego ya hay varias filas encendidas. El mayordomo ha acudido temprano para preparar el lugar abrir los postigos y disponer la Biblia para la lectura de hoy. Esperaba dentro contento de que yo hubiera llegado con tiempo y ansioso por darme instrucciones. Le conocía de antes es un hombre quisquilloso dado a más preparaciones de las que yo me molestaría en tomar parloteó sin parar mientras me abría la sacristía pero no le presté excesiva atención. Respiré el aire y noté cómo la atmósfera de la capilla me erizaba la piel. Y dejé vagar la mente. Se me ocurrió entonces que había olvidado el nombre del mayordomo y él no había vuelto a

presentarse de modo que confié en no estar siendo desconsiderado.

Debido al calor de las velas y el aire polvoriento el interior recordaba un tanto a un establo a un refugio para animales. Bien quizá no quede tan lejos de la verdad somos todos animales que dormitan en las casas oscuras del Señor nada apropiadas para la luz verdadera. Las velas inquietas proyectaban sombras como criaturas que avanzaran por paredes iluminadas en los límites de mi visión ocultándose en los rincones para abrazar la oscuridad ansiosas empero de escuchar a escondidas la Palabra. Me sentí capaz de seguir el movimiento de la luz como si esta fuera un cuerpo un volumen que parpadeara en el espacio luminoso por el centro y naranja en la punta. Desprendía cierta cualidad celestial. Los bancos me llamaron por señas diríanse féretro o lecho en el que poder tumbarse y reposar.

Me senté en una silla de la sacristía a rezar pero acosado por el sueño volví a levantarme para esperar de pie el momento de predicar y estirar las piernas entumecidas por la caminata.

24

La capilla estaba casi vacía para el oficio matinal. Una sola anciana se sentó en el banco más alejado del púlpito y durante los himnos permaneció de pie pero inmóvil y en silencio. La única voz que oí alzarse fue la mía. La reunión de la tarde no tendría lugar hasta las tres y esperé las horas intermedias con el mayordomo escuchándole enumerar sus preocupaciones. Me descubrí poco inclinado a apreciar a aquel hombre. Luego cuando por fin llegó la hora la congregación volvió a decepcionarme solo asistieron dos feligreses más aparte de nosotros es un largo camino para recompensa tan pobre. No vi señal alguna de los hombres que me habían saludado de niño. Me pregunté adonde habría ido bien sé que muchos han optado por trabajar el Sabbat pensando que deben proveer a sus familias pues no confían en que el Señor se encargue de ello. Me entristeció profundamente y me hizo pensar en hasta qué punto esta iglesia se sustentó otrora solo en la esperanza en cómo la gente acudía para estar cerca del Cielo y salvarse de sus pecados. Parece que queda poca fe.

Leí mis notas sin sentir que ninguna voz me llenara solo la firme Palabra de Dios que arrastraba de la página y dejaba transmitir a mi lengua.

Fue un sermón vacío que no pudo reportarles satisfacción alguna y sin duda debieron regresar a sus hogares todavía hambrientos. Y después no esperaba alimento ninguno de modo que nuestros estómagos quedaron igual de vacíos que nuestros corazones. El mayordomo se disculpó quitándole importancia y me aconsejó que nos marcháramos rápido pues se avecinaba una tormenta. Insinuó que las congregaciones eran ahora demasiado pequeñas para garantizar el alimento. Bien me pareció una mezquindad

innecesaria me sentí maltratado no creo que hubiera supuesto tanto trabajo llevar algo para el predicador y sin duda en ese sentido resultaba más fácil surtir a una comunidad pequeña que a una mayor. Nada había traído conmigo y si el tiempo estaba cambiando no tendría tiempo de acompañar a alguien hasta el pueblo y esperar en la cocina a que me ofreciera una escasa porción de su propia comida.

Oscurecía ya cuando salimos de la capilla las nubes lucían el color de la pizarra tras la lluvia. Se había levantado viento que soplaba gélido sobre el acantilado. Una gran confusión dominaba el cielo hasta el punto que semejaba un océano que corriera por las alturas. Apuntaba lluvia y por tanto me convenía marcharme. El día no invitaba a pasear por la playa la marea estaba alta y apremiante.

Las lejanas olas al pie del acantilado llamaron mi atención rompían todas blancas contra las rocas negras se revolvían en un bello espectáculo pero tan amenazante que no se parecía en nada al de la mañana. Había estallado una contienda entre el mar y los acantilados de caliza y hoy parecía seguro que ganaría el mar golpeará la tierra cuando las rocas ya hayan desaparecido por la erosión y nosotros nos hayamos marchado.

Ayudé a asegurar los postigos de las ventanas de la capilla diríase que nos preparábamos para la tormenta como el hombre sabio de la parábola pero no creo que aquella iglesia levantada sobre la roca sirva de algo si nadie acude a ella. Atrancamos la puerta de madera y cerramos a conciencia la capilla que sin duda resistirá vacía y ociosa otra semana más.

Entonces el mayordomo se alejó al trote por el sendero y crucé unas palabras con la pareja que había asistido al culto el señor Blake y su esposa. El señor Blake había pescado en aquellas aguas durante muchos años ahora es anciano y atrás han quedado los días en que sacaba a faenar la barca. Tenía la tez bronceada y ajada y bajo el sombrero asomaban muestras de un pelo rebelde fuerte y grueso como la cuerda y blanco como la sal. Resultó que su mujer estaba medio sorda bien yo había dado el sermón en voz muy alta y con una confianza que no sentía pero no creo que la mujer lo oyera. Tal vez su corazón estuviera en mayor sintonía con la voz del Señor

que sus oídos y así fuera mejor. Confío en no haber ahogado la Palabra de Dios.

Nos ha alegrado ver a un pastor joven dijo la mujer. Siempre son ancianos y bastantes tenemos ya.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro del marido.

Ya no soy tan joven contesté inclinándome hacia ella para que me oyera mejor.

Venga ya. Todos esos viejos diciendo lo mismo todas las semanas en una capilla distinta. Consiguen que me alegre de no poder oírlos. Puede que esté perdiendo el oído pero mi cabeza todavía no está dispuesta a tolerar tonterías. Tengo cabeza suficiente para levantarme un día y decir yo misma cuatro cosas.

Y por qué no le pregunté.

Pero se había vuelto hacia su marido y no me vio hablar y por lo visto gran parte de su capacidad auditiva dependía de la vista.

¿Cómo tienes las piernas? le preguntó al esposo. ¿Ya estás bien para marcharnos? Tiene mal las piernas me dijo.

Su marido seguía sonriendo. Un leve movimiento de su cabeza que podía interpretarse como una respuesta. Algo en su mirada. Pero permaneció callado. Ocurre lo mismo con muchos de los pescadores que he conocido. Están acostumbrados a la soledad de sus barcas y aunque el fin del mundo se desencadenara a su alrededor lo soportarían con paciencia hasta que les llegara la hora. Han esperado a la tierra de modo que por qué no esperar también por el Cielo. Con todo algo en su mirada me tenía atrapado a pesar de que escuchaba a la mujer y le contestaba aunque sin dejar de mirar la cara del marido.

La mujer me vio mirarle.

No se preocupe por Joshua me dijo ella. A veces sigue en el mar.

La sonrisa de él se amplió un poco.

Y sentí que no iba dedicada a la esposa sino a mí. Me sonrió con algo reluciente con algún recuerdo o pensamiento que regresaba a su mente con nubes y agua y la vieja luz del sol atravesándolas. Vi el océano mecerse en sus ojos y luego de pronto me asusté volví a tener miedo de la edad y la defunción de ser reclamado por la muerte y su misterio. No tenemos libertad. Si vivo tanto como el pescador me marchitaré como él me debilitaré y rememoraré deshecho y con ojos neblinosos mi juventud y careceré de los

consuelos que él disfruta una esposa y un hogar y el mar en su mirada. Pensé entonces que moriré solo.

El pescador me observaba. El miedo sacudió levemente mi espina dorsal. Estaba harto de que pensamientos tan negros me asaltaran con mucha más facilidad cuando sentía el cuerpo débil.

Buen sermón me dijo el pescador estrechándome la mano. Noté una garra de hierro más que de músculo. Me tembló el brazo. Me sostuvo la mirada. Su mujer se afanaba en estirarle el abrigo por detrás.

Luego los dos me agradecieron la visita y me desearon buen viaje aunque les vi mirar al cielo y supe que pensaban en su propio camino de regreso a casa. Bien respondí a su preocupación con una sonrisa sin envidiarles el camino que les quedaba por andar pero desde donde estábamos casi se avistaban las casas de Crafthole no quedaban muy lejos y todo el trayecto era colina abajo de modo que aunque caminaran despacio alcanzarían el calor del hogar cuando apenas yo hubiese comenzado mi camino.

25

Partí por el sendero del acantilado tal vez no fuera el más rápido pero quería ver el océano todo el tiempo que pudiera y además en caso de lluvia se formaría menos barro que en la pista que atravesaba los campos. Pensé que el aire del mar me sentaría bien. Las nubes se reunían en capas amontonándose desde el oeste hasta que dio la impresión de que el aire no podría soportar tanto peso. Con todo no llovió. El cielo ennegreció mar adentro como la ceniza mojada pareciera que se hubiera derramado tinta en el horizonte. El viento mecía el denso barrón formando ondas grises y seguía avanzando por el estrecho sendero. El viento soplaba por encima del acantilado de modo que no temí que me arrastrara aunque la corriente ascendente era tan fiera que podría haberme levantado y vuelto a depositarme en el camino. Esos milagros ocurren. Mientras caminaba recé una rápida oración por un viaje seguro pues me sentía muy lejos del hogar. Entonces cayeron las primeras gotas.

Hay días en Quethiock en que se huele el mar y el salitre que traen los vientos fuertes del sur pero no es igual que aquí donde diríase que a cada respiración mi interior se expande henchido con más aire del que estoy acostumbrado. Me pareció que expulsaría el aire viciado de las profundidades de los pulmones fue una sensación muy estimulante. Me entristeció empero pensar en lo preciado de mi tiempo en que si tuviera más vendría más a menudo a pasear por aquí.

Pero me recuperé para seguir caminando y dejé que mis pies hundieran el miedo en la indulgente tierra. Me sentí lo bastante bien para alzar la cabeza del curso de mis pisadas. Vi petreles sobre el mar los reconocí por las alas rígidas se deslizaban como sobre velas de barco. Gaviotas blancas con puntos negros en el extremo de

las alas aprovechaban el viento para remontar el vuelo desde los acantilados. Se elevaban en el aire por encima de lo que mi vista alcanzaba a seguirlas su llamada discordante sonaba por doquiera advirtiendo de la tormenta casi me empujó a detenerme pensando que se trataba de un grito humano de socorro. Creo que había fulmares en los salientes rocosos abrigados por sus plumajes de color gris plateado de interior blanco. Qué maravilla cómo Dios provee a Sus criaturas.

El camino del acantilado no es fácil desciende hasta la bahía y luego asciende de nuevo hasta superar el cabo antes de poder dejarlo en dirección norte. Era una pendiente muy pronunciada y me dolían las piernas del esfuerzo. En algunos tramos las aulagas se comían el sendero y debía apartarlas para abrirme paso los pinchos me atravesaban la tela de los pantalones y me arañaban la piel. Para cuando volví a alzarme por encima del mar había empezado a llover con gotas tan gruesas que cada una contenía casi un puñado de agua. Las rachas de viento me obligaban a retroceder y tambalearme. Bien soy hombre de constitución grande y fortalecida por el trabajo así que no es fácil zarandearme pero nada soy en comparación con aquella fuerza. Me envolví en el abrigo y cogí aire. Recobré el equilibrio. Se oían los ecos distantes del bramido del agua en un respiradero sus golpes irregulares contra el aullido del viento. Me habría gustado verlo pero no tenía tiempo.

Debería haber regresado entonces al interior pero me quedé un poco a contemplar el mar bajo la postrera luz del día. Navegar con semejante tormenta enseñaría a rezar incluso a un hombre sin fe. El agua parecía hervir se hinchaba desde abajo y empujaba las olas con gran energía contra la tierra.

Y entonces pensé que mis ojos borrosos por la lluvia me engañaban pues vi el mar alzarse desde el centro de aquel hervor hacia el Cielo y levantarse para tocar las nubes se irguió y formó un pilar que parecía de piedra. Pero esta columna no era recta ni sólida se retorcía y se combaba en el centro de una zona más estrecha y bailaba siguiendo un dibujo enorme pero lento y ciego. La vi entre los aguaceros y cada vez que la perdía de vista creía que había sido un espejismo pero luego el aguacero pasaba y la columna seguía en pie. Un rugido lejano del viento sonaba como un quejido tan bajo que casi no lo escuchaba.

Estoy seguro de que mi visión era una manga he conocido a marineros que las han visto y les he oído comentarlas de modo que supe lo que era pero jamás en mi vida habría imaginado presenciar una de ellas. Disfrutaba de una perspectiva muy confusa para juzgar creo que la columna estaba muy dentro en el mar y que por lo tanto era de gran tamaño. Nunca he visto nada semejante en la Naturaleza el agua se convirtió en algo vivo las gotas se unieron en un ser así como nosotros procedemos de la conjunción de polvo y sangre. Me pareció una señal de alguna clase me recordó a la Biblia cuando dice que Dios guió a los israelitas en su huida de Egipto y me demostró que los milagros que El obra a través de la Naturaleza escapan a nuestra comprensión. «Y el Señor caminaba por delante de ellos durante el día en una columna de nubes para mostrarles el camino.» Y luego el cielo se agachó y me abrazó y dejé de ver.

El abrigo empapado de agua pesaba pero no lo noté hasta que me puse de nuevo en marcha. Podría haberme quedado más en el cabo pero la lluvia arreció y se volvió más espesa y ya no alcanzaba a distinguir ni siquiera el borde del acantilado por lo que no estaba seguro. Enseguida oscureció. Es curioso pensar que Dios realiza estas maravillas aunque nadie pueda verlas y di gracias porque Él me había concedido presenciar aquella muestra de Su obra. Solo que ignoraba el sentido de la señal y Le pedí que me lo mostrara pero no hubo ningún destello ni ninguna voz descendió a interpretarla por mí.

Todavía restaban muchas millas de camino y estaba calado hasta los huesos a punto de dar media vuelta y buscar refugio en Crafthole pero tenía que regresar al trabajo y sabía que nada me garantizaba que la tormenta no continuara al día siguiente.

El viento amainó lejos del acantilado aullaba cada vez más flojo la lluvia era más suave y en cualquier caso caía a mis espaldas y ya no tenía que enfrentarme a ella para avanzar. Más resguardado pues me aclaré la vista secándome el agua a medida que me bañaba el rostro. Así a intervalos distinguí los helechos que crecían a los pies de la cuesta. Notaba la tierra ennegrecida reblandecerse bajo mis pisadas a causa de la lluvia. Llovía con un sonido constante. Me desequilibraba caminar sobre una hierba tan blanda sentía el cuerpo pesado pero los pies ligeros como si no notaran el suelo. Sentí frío y balanceé los brazos pero solo sirvió para empaparme

todavía más. Me pesaba la ropa. La oscuridad me rodeaba y sabía que todavía me quedaba mucho frío por pasar antes de llegar a casa.

Estaba tan absorto en mis pensamientos intentando olvidarme del frío que no vi a la persona que se acercaba hasta que la tuve al lado una figura encorvada envuelta en una capa negra que caminaba despacio por en medio del sendero. Me asusté y salté a un lado pero la figura ni se inmutó pasó a mi lado con un lento avanzar quizá hundida también en sus propios pensamientos y sin verme. Un cesto colgaba de la espalda de la figura mediante una correa que le recorría la frente. Vi brevemente la cara de debajo de la capucha no era más que la mujer de un pescador que volvía a casa de atender alguna tarea en el interior con un vestido negro que asomaba bajo la capa. Era anciana su rostro arrugado caía hacia un mentón afilado sus labios aleteaban en torno a palabras desatendidas. La edad mantenía medio cerrados sus párpados. Fue una visión extraña su presencia allí tenía algo de irreal. Ni siquiera ahora sabría decir si vi todo eso o he evocado los detalles al recordarlo porque estaba demasiado oscuro para haber visto todo lo que ahora recuerdo pero así es como veo su cara y no tengo más guía que esa. Después desapareció en el manto de lluvia sin el menor ruido y puesto que a la sensación de ese encuentro parece faltarle algo diríase que lo he imaginado. Me quedé quieto un instante antes de recordar dónde estaba y el sendero que me esperaba por delante y retomar la marcha.

Las millas desaparecían bajo mis pies conquistadas con gran esfuerzo sin que la lluvia amainara. El viento me empujaba y hacía la marcha lenta y dura. Me empezaron a doler las piernas unos dolores agudos me atravesaban las rodillas por detrás la izquierda estaba peor que la derecha y ello me obligó a cojear y alargó por tanto lo que me quedaba de trayecto.

Con el tiempo alcancé la cima y vi el brezal que se alzaba a lo lejos hacia el oeste. Al menos me sentí de vuelta en un terreno familiar y aunque andrajoso y aplastado bajo las garras de la humedad se despertó en mí un sentimiento de pertenencia. Alcé la vista del sendero hacia las colinas neblinosas y oí con tanta claridad

como a mi corazón que algo me llamaba como si el viejo hogar me esperara en el páramo. No es la primera vez que noto que algo aquí intenta atraerme me ocurre a menudo cuando salgo a pasear en horas extrañas. Como si la fría garra de la tierra tuviera algo de mí.

El dolor de pertenecer permaneció conmigo un largo trecho no se lo llevó la lluvia. Elegí la ruta más rápida sin desviarme hacia Menheniot como había hecho al partir pues quería resguardarme pronto del agua. Decidí seguir el sendero hasta donde fuera posible y cruzar el Tiddy por el vado para ahorrarme algo de tiempo. El dolor de las piernas empeoraba y me preocupaba la distancia que faltaba. La lluvia seguía cayendo infatigable.

Pero enseguida me arrepentí de no haber elegido el camino pues el sendero estaba embarrado y tuve que avanzar por el borde. Anduve despacio por las densas hierbas del terreno irregular que flanquea su senda. Tropezaba a menudo con las trampas que tejían las hierbas altas y me corté la mano con los arbustos al caer avanzaba con grandes dificultades.

El primer indicio de que arribaba al vado fue que el sendero se ensanchó pero supe que el río bajaba torrencial mucho antes de verlo por el ruido que hacían sus aguas. Estaba peor de lo que pensaba. El Tiddy es un río manso en verano formado por tramos tranquilos y lentas charcas llenas de truchas somnolientas. No hay rápidos solo un suave borboteo al saltar el agua las rocas donde el curso se vuelve más empinado. Así que lo que vi entonces me indujo a creer que me había perdido en la oscuridad porque no podía tratarse del mismo río. El vado rara vez está seco pero nunca lo he visto crecer por encima de la altura de los tobillos y pese a no saber del cierto la profundidad de ese día estaba claro que el agua me llegaba a la cintura y que bajaba demasiado veloz para que fuera seguro vadear el río. Los rápidos giros de la corriente transmitían un gran poder y el agua se revolvía y caía de nuevo sobre sí misma con gran estruendo. No me pareció que pudiera cruzar. Miré corriente arriba consciente de que tendría que decidir qué camino tomar con la esperanza de hallar un árbol caído o algún punto en que el río se estrechara.

Un poco más arriba del vado me pareció ver a alguien en la orilla opuesta. No sabía si veía bien con tanta lluvia y oscuridad pero me pareció distinguir una figura. De modo que fue la segunda

del trayecto y me pregunté si no se habrían enviado diablos a atormentarme o ángeles a guardarme o si solo serían sombras de mi mente distorsionadas por la tormenta. Pero esta vez estaba seguro de que era un hombre quizá alguien que hubiera salido a pescar. Bien en la zona hay buena pesca pero el momento era una locura pues el río bajaba muy crecido y llovía a cántaros. De modo que pensé que tal vez se tratara de alguien que como yo había quedado aislado y buscaba un modo de cruzar. Llamé pero el ruido del río ahogó mi llamada y luego lo perdí de vista.

Continué siguiendo el río a través del fango y los árboles y a menudo la espesura de los arbustos me obligaba a alejarme un poco de su curso y abrirme camino luego de regreso hasta la corriente. Llegué a un recodo donde el río se ensanchaba y suavizaba y me detuve a sopesar si podría cruzarlo a nado. Y entonces volví a verla en la otra orilla. Una figura delgada no muy grande y por alguna razón pensé que se trataba de William. Bien confío tan poco en mi juicio que con la claridad mental que tengo ahora también podría haber sido un olmo joven. Recuerdo pensar que era él y sorprenderme bastante de su presencia pero no le vi con claridad. Nuestros ojos están ajustados a unas siluetas que nos son familiares y a menudo eligen superponerlas a lo desconocido así me he confundido en numerosas ocasiones de modo que ¿quién sabe? Pero la impresión de que le reconocía persistió.

Había remontado un tanto el curso del río y el sotobosque iba espesándose. Corriente arriba el río bajaba igual de fiero y nada indicaba que fuera a encontrar un punto mejor para cruzar. Sabía que era más sensato dar media vuelta y regresar al camino pero no me veía con fuerzas para acometer el trayecto. Así que pensé en intentar cruzar y si la corriente era excesiva entonces no me quedaría más opción que regresar.

Bajé a la orilla. El agua formaba una presión fría delante de mí que se palpaba en el ambiente. Agarrado a la ribera descendí y resbalé un poco al adelantarme de modo que me zambullí bastante más lejos de lo que esperaba y el agua me llegó a los muslos. Noté la fuerza de la corriente empujándome las piernas pero tenía los pies firmes en el lecho del río de manera que me solté y di dos pasos al frente. Me hundí hasta la cintura en aquellas aguas tan revueltas que me salpicaban la cara. Noté su fuerza fría

amenazarme. Pero también confiaba en mi fuerza y me adentré inclinado en la corriente buscando con los pies rocas con las que propulsarme adelante. El agua me subió hasta el pecho. Avancé otro paso casi a nado. Me limpié la espuma de la cara y busqué a mi extraño acompañante para ver si seguía observándome le vi en la otra orilla. Tenía la impresión de haber pasado lo peor el centro pero había olvidado el codo del río y que la corriente se acelera en su parte externa cerca de la orilla opuesta y cuando me adentré en su curso me golpeó con fuerzas renovadas haciéndome perder el equilibrio.

Me empezaron a resbalar los pies el agua me ganó la posición y salí arrastrado un trecho mientras me afanaba en encontrar un asidero. No pude seguir. Me asusté miré desesperado hacia la orilla y pedí socorro a gritos.

Alárgame una rama grité. Socorro.

Notaba que alguien seguía allí pero no bajaba a la orilla ni se acercaba hasta donde pudiera verle.

Ayuda. Ayuda por favor grité.

Alargué los brazos suplicantes. Y entonces volví a resbalar y me hundí bajo la corriente y tragué bastante agua de la impresión. El río me arrastró rápidamente y giré en el agua sin saber ya lo que era arriba y lo que era abajo no distinguía luz alguna solo veía agua negra y en alguna parte un cielo negro tardé un rato en encontrar de nuevo la superficie y en cuanto lo hice pensé con claridad y cogí aire antes de volver a sumergirme.

La ropa pesaba demasiado y me mantenía bajo el agua no conseguía liberar los brazos. Me dolían los pulmones no habían tenido tiempo de prepararse lo único que podía hacer era cerrar la boca y sofocar la urgencia de respirar. Hallé en mis piernas algo de fuerza para patear contra la corriente y hacia arriba pero el agua me volteó y me envió contra el lecho rocoso.

Pero fue una suerte pues mis pies hallaron el fondo al girarme y me propulsaron en la dirección correcta expulsándome de la corriente y luchando contra el lastre de la ropa conseguí hacer pie y empujar hasta aferrarme a la orilla. Me quedé agarrado un rato. Intenté subir a pulso pero me fallaron los brazos. Luego intenté arrastrarme pero patiné y resbalé en el barro y a punto estuve de volver a caer en el agua. Estrujé un puñado de hierba y noté que las

raíces cedían pero aguantaron y me sostuve allí respirando hondo y tratando de recuperar fuerzas. Una vez más tuve la impresión de que alguien andaba cerca pero que me había seguido por el río para observar mis progresos sin tenderme una mano.

Y una última vez me arrastré por la ribera lodosa pero cuando por fin salí a tierra firme y creí entonces que vendrían en mi ayuda no apareció nadie. Diríase que la figura había permanecido hasta quedar satisfecha al comprobar que estaba a salvo y luego Se había marchado.

No tenía fuerzas. No quedaba nada dentro de mí capaz de levantarme de donde yacía como un animal muerto sobre la margen resbaladiza estrujando un puñado de hierba húmeda. Notaba las piernas débiles como quebradizas ramitas. Me sentía derrotado y estúpido si las batallas se perdían tan fácilmente y tan rápidamente se debilitaba un cuerpo robusto ¿qué esperanzas había para mi alma? Tenía a mi cuerpo por más fuerte. Grité en la oscuridad incapaz tan siquiera de pronunciar una palabra solo emití un sollozo con los ojos anegados en lágrimas. Un estúpido sentimiento de pena absorbió el creciente dolor de mi interior. Sabía que estaba terriblemente frío pero no tiritaba y aunque me pareció un mal síntoma no me levanté. Deseaba cerrar los ojos.

Noté una oscuridad dentro de mí la sensación de que algo vasto se moría. El dolor desapareció. Mis piernas eran hielos de bordes afilados. Mi corazón cenizas y una caverna hueca pues había ardido. Y entonces prendió una chispa entre las cenizas y se encendió un pequeño fuego junto al que anhelé dormir. Me tumbé noté una superficie limpia como barro liso y frío pero tenía los ojos abiertos y me pareció cernirme detrás de mí mismo tratando de alejarme del cuerpo desde dentro del cuerpo y mientras me contemplaba. El olor amargo del humo me rodeaba. Notaba el calor del fuego en los hombros y en la nuca oí voces que iban y venían y escuché mi nombre.

Escuchar mi nombre me despertó. Me levanté. Tambaleándome en la oscuridad avancé a tientas hasta apoyarme en un árbol. Entonces empezaron los temblores con tal virulencia que creí que me partirían en dos pero me sentí agradecido pues las sacudidas me ayudaban a volver en mí. Me pareció que la lluvia había amainado y que los árboles me daban refugio. No se veía a nadie por los

alrededores ni señal alguna de que lo hubiera habido.

Me había perdido al cruzar el río pero sabía que debía alejarme del ruido del agua y así aquello que había estado a punto de matarme podría servirme de guía durante un rato. No obstante jamás me había sentido tan perdido. Una primera pierna pesada se adelantó y la rodilla sintió un dolor desgarrador. La otra se arrastró detrás de la primera no sé cómo fui capaz de moverme había alcanzado algo resistente dentro de mí un núcleo que no se había roto bajo el peso aplastante. Ni siquiera estoy seguro de que formase parte de mí.

Atravesé el bosque dejando tras de mí cada vez más yardas. Pero el bosque era denso y oscuro y yo iba chocando con las ramas y las espinas arañaban mi cara repetidamente. No supe que había mantenido la dirección hasta que las ramas empezaron a espaciarse y los árboles clarearon.

Y entonces tuve que trepar penosamente un muro de piedra al otro lado esperaba el camino y por fin sabía volver. Los pantalones empapados y fríos me cortaban la piel y cargaban su peso sobre mis doloridas rodillas. El suelo duro me sacudía los huesos a cada paso. Pero había entregado mi cuerpo a lo que fuera que me poseía y adelantaba las piernas sin pensar en el dolor. Me acurruqué exhausto dentro de mi cráneo sin ver el camino no recuerdo nada de las últimas millas hasta que al alzar la vista me encontré en un camino que ya no me era hostil. El cruce de Quethiock esperaba ante mí frío e insensible a la noche. Había parado de llover no sé cuándo no me había dado cuenta. No había luces encendidas en la casa y así supe que era adentrada la madrugada.

Seguía empapado cuando llegué a la puerta goteando agua y barro. Me quité la ropa fuera con las manos ateridas de frío y demasiado entumecidas para desabotonar incapaz de desvestirme. La camisa se desprendió de mí como si fuera una capa de mi propia carne que se soltara como se despelleja un pescado. Cuando me agaché a descalzarme las piernas se quejaron a gritos. Entré desnudo a la cocina cogí un poco de pan pero como no podía cerrar las manos lo así entre las dos y así me lo acerqué a unos dientes que castañeteaban sin parar. Cogí la tetera y vi que contenía restos de leche fría que apuré del tirón.

Ya en mi cuarto me derrumbé bajo las mantas tiritando

violentamente la cama se sacudía el mundo entero titilaba por la fatiga. El único calor procedía del ardor de mis rodillas. Pasé frío mientras dormía y tuve sueños horribles me faltaba el aire y me desperté dos veces sin aliento en mitad de la noche antes de conseguir calmarme y entrar en calor.

26

La casera me despertó temprano llamándome por mi nombre cuando todavía estaba dolorido del viaje había dormido tan profundamente que la noche pasó veloz y el cansancio permanecía inalterable en mis huesos. Pensé que llegaba tarde al trabajo pero todavía era temprano y me pregunté qué motivo de queja tendría contra mí que la preocupaba a aquellas horas. Me pregunté si habría manchado algo de barro la noche anterior. Bien y qué. Siempre he sido cuidadoso y sin embargo la mujer hace semanas que no me dirige la palabra más que para refunfuñar o quejarse y una vez más la tenía frente a la puerta con cara de echarme la culpa y reprenderme por no haber cumplido con mis tareas. Miré fuera de la manta. Por fuerza tuvo que ver lo agotado que estaba. No obstante apenas pudo hablar de lo tensa de su expresión.

Anoche vino un hombre a buscarle dijo.

Asentí. Ah sí dije.

Me extrañó encontrar todavía una voz y que siguiera siendo la mía tenía la impresión de que podía haberla perdido en algún lugar del sendero.

Se persignó como acostumbran los católicos una afectación que detesto. Como si el gesto pudiera grabar el amor de Cristo en un corazón que no lo conozca de antemano. No pude soportarla. Pues la mujer carecía de deseo real del Señor ni tenía respeto por la Cruz para ella no es más que una superstición. Tuve que aguantarla empero mientras esperaba a que hablara.

Creo que era el señor Haddy. Le esperó un rato pero cuando el tiempo empeoró tuvo que marcharse. Traía un mensaje para usted.

Yo conocía al señor Haddy era mayordomo en la iglesia de Saint Germans le tenía por un buen hombre. No solía visitar Quethiock su

familia vivía al este en Burraton y me sorprendió que supiera dónde vivía yo y todavía más que se hubiera alejado tanto hacia el este. Había recorrido un largo camino bajo la lluvia para visitarme me pregunté si el señor Pendray habría enfermado. Pero algo me impidió preguntar de modo que seguí esperando pues no se intuía nada de la esencia del mensaje que el hombre había traído para mí en el rostro vacío de la casera. Un aguijón de hambre me recordó que no había comido.

Vino a contarle que alguien había muerto ayer dijo una muchacha llamada Harriet French en paz descanse.

Se persignó por segunda vez y un destelló de horror cruzó su mirada pero pasó en un instante y recuperó su aire pensativo.

Creo que conozco a su madre añadió. ¿Es una tal señora French de Saint Germans?

No pude hablar.

Me miró dispuesta a añadir algo más pero dio media vuelta para marcharse. Y luego volvió a girarse para hablar pero tampoco dijo nada. Después se marchó.

Ese día lo pasé enfermo con fiebre y tal dolor de piernas que no pude salir de la cama. Al anochecer la casera entró a llevarme algo de comida fría y la dejó a un lado sin la menor compasión solo me preguntó qué pensaba hacer respecto al trabajo. Comí y dormí y no recuerdo nada más.

27

La semana ha transcurrido plagada de dolor y agonía. Por el día he estado ocupado en el trabajo mis deberes me han mantenido en la oscuridad de la forja sin que mis ojos vieran más luminosidad que el destello de la hoguera. Siento como si me hubiera marcado a fuego la sigo viendo incluso cuando cierro los ojos una mancha naranja persiste en el lado derecho que me roba la última oportunidad que tenía de escapar al frío y la oscuridad. El martillo apenas ha abandonado mis manos hemos tenido caballos que herrar y herramientas que afilar y poco tiempo para el descanso he acabado dolorido y cansado. En esto veo que la Palabra de Dios es cierta «He visto las penalidades que Dios ha mandado a los hijos de los hombres para que se ejerciten en ellas». El señor Coad empero se ha mostrado comprensivo con mi enfermedad no me ha castigado por el día de ausencia y se ha compadecido de mi estado de debilidad y no me ha cargado de trabajo. Le he quedado muy agradecido.

El miércoles cambié los tratados antes de ir a trabajar. Me llevé un paquete conmigo y bajé hasta el muelle. Esta semana me ha costado caminar he avanzado mucho más lento que antes debido a la cojera y la espalda agarrotada. La marea estaba baja apenas formaba más que una charca enfangada varios queches amarrados en los restos subían y bajaban despacio. Una sola gabarra que no había aprovechado la marea del día anterior esperaba varada en ángulo sobre el lecho de barro el regreso de las aguas.

No entré en el pueblo sino que bordeé el Tiddy por debajo del viaducto algo en sus bajos arcos de piedra me atrajo hacia su sombra. Permanecí allí debajo largo rato con la vista clavada en lo alto. En el pasado habría gritado mi nombre para escuchar la respuesta del eco pero la magia infantil de su efecto quedaba ya

muy lejana.

El jueves volví a encontrarme solo en la oración solos el Señor y yo y sentí Su dolor pues no había nadie para compartir Su presencia tuve que rezar solo. Pero me costó concentrarme mi mente se dispersaba entre numerosos asuntos. No aproveché el tiempo.

Llegó el Sabbat y el hermano Cottle tenía fiebre de modo que le sustituí en sus deberes tenía previstos dos sermones. Me avergonzó el poco amor que despertaron en mí. Dejaron en mí cierto desagrado o repugnancia como si cada palabra que había pronunciado fuera una mentira que me envenenara al decirla. El Espíritu no estaba en mí solo podía pensar en su ausencia y me preguntaba si la congregación lo notaría. Tras el sermón sentí una profunda vergüenza y en lugar de quedarme a hablar con los feligreses me marché de inmediato a casa.

Por tanto la semana ha pasado plagada de horrores y muy rápido.

Y empero cada momento de ella cada segundo de cada hora interminable he sentido una presión indescriptible retorciéndose en mi interior. Hay preguntas para las que he necesitado respuesta me consumían cada rincón del cuerpo jamás me había conocido desasosiego semejante. ¿Cómo fue el final para ella? ¿Murió presa del pánico llena de desesperación y pena por la familia? Tales preguntas me han tensado todo el cuerpo pero la frustración no me ha abandonado. Necesitaba haber estado presente. He necesitado saber si sintió al Maestro con ella o se marchó asustada y llorosa.

Bien hoy me he enterado por el doctor Coryton que tuvo una muerte piadosa que no sufrió demasiado sino que escuchó la última llamada en paz aferrada a su fe y que partió sin sobresaltos hacia la oscuridad para esperar la renovación de la Luz.

28

Hemos celebrado la Cosecha en la capilla este año ha caído tarde y parece una festividad apagada. Como los niños han acudido a participar con los adultos en los servicios he quedado libre de mis obligaciones en la escuela. Han traído ofrendas de frutas y verduras para dejarlas frente a todos a la llamada del ministro y repartirlas mañana entre los parroquianos. Incluso con la presencia de siete u ocho escolares éramos pocos y he cantado alto en un intento por elevar nuestros espíritus y que el sonido alegre de los cantos llenara el lugar. Debería ser una fecha alegre dedicada a dar gracias y orar pero no me lo ha parecido. Con todo el aroma de la paja y las manzanas creaba una atmósfera agradable en la capilla gracias a la cual esta volvía a formar parte de la tierra de la que con demasiada frecuencia parece separada.

William no estaba. Bien confío de corazón en que haya asistido con su madre a la reunión de los cuáqueros pues diríase que necesitará de compañía cristiana en estos momentos difíciles pero no tengo demasiadas razones para el optimismo en ese sentido.

Tras el culto aparté una pequeña caja de verduras para entregársela a la señora French pues de lo contrario no recibirían nada y una vez concluidas mis responsabilidades en la iglesia se la llevé.

La señora French en persona me abrió la puerta. Se agarró al quicio en busca de apoyo. William rondaba cerca de su madre manteniéndose a un lado listo para atenderla si necesitaba de ayuda en la terrible debilidad que la pena hacía evidente en ella. Casi rompí a llorar al verla pero no pude. La pena llega a oleadas sube y humedece mis ojos y luego se va negándose a aposentarse.

Lo siento le dije. Tendí la caja y William la cogió y la depositó

en el suelo detrás de él.

Bueno. Gracias. Es muy amable por venir. No fuimos muchos en el funeral y no le vimos.

No pude dejar el trabajo. Me habría gustado asistir.

No importa. Gracias por venir ahora.

Estaba… Ahora estará con su Maestro dije trabándome con las palabras.

Siempre hemos apreciado sus visitas. A ella le alegraba su compañía y agradecía a la capilla que pudiera usted dedicarle tanto tiempo.

No era nada.

William tenía la mano sobre el hombro de su madre como si tirara delicadamente de ella hacia el interior de la casa. La mujer parecía exhausta. Nada en su figura había cambiado desde la última vez que la había visto pero algo en el conjunto de su ser parecía consumido como si la pérdida la hubiera dejado en nada más que una voz y una sombra dos elementos unidos por la angustia.

Lo siento mucho repetí. No sabía qué decir.

Luego me disculpé por la intromisión y me despedí precipitadamente prometiendo que volvería a visitarlos en momentos menos difíciles y asegurándoles que si necesitaban algo solo tenían que pedirlo. Y pese a haber cumplido con un duro deber uno que no esperaba haber de encarar no sentí ningún alivio cuando hubo pasado.

Mientras que nuestros espíritus han atravesado últimamente varias tormentas el tiempo se ha mantenido estable. Qué curiosa aberración. Entre manchas de brezos de los páramos persisten todavía algunas muestras de color que me llaman hacia el hogar y su mera mención me alegra el ánimo. Echo muchísimo de menos estar rodeado de la familia su presencia parecía garantizar esa determinación que últimamente me falta. Y ahora que por fin he cumplido con mi visita me siento libre de nuevo para ir a visitarlos. Esperaré a mi próximo día de asueto. Hasta entonces ningún día será tan duro como hoy diríase que se ha reservado una pequeña parte para recordármelos. La vista desde la capilla era igual a los lugares donde solíamos jugar. Bosques en pendiente alrededor de la

granja y los surcos adentrándose entre los árboles convertidos en barro por las lluvias otoñales. Y el festival ha sido poco más que una sombra de lo que fue en años pasados. Ahora parece algo menor a pesar de que la capilla de Saint Eve es más pequeña pero se llenaba. Mis hermanos y yo solíamos apretujarnos en un banco con una caja de patatas recién recolectadas o algo similar en las rodillas y cuyo aroma se mezclaba con el de la tierra que todavía llevaban adherida. La voz a pleno pulmón de nuestra madre sentada a nuestro lado.

Si la estación había sido buena y habíamos tenido éxito en la granja gran parte del trabajo ya estaba hecho el grano recolectado y almacenado. La fiesta de la cosecha señalaba un día excepcional en que comíamos bien mi hermano mayor John y yo matábamos un cerdo y lo desangrábamos y luego lo escaldábamos todo con agua hirviendo. Me pregunto si hoy también lo harán aunque no esté John pues vive en Australia. El año pasado solo teníamos un cerdo o sea que quizá lo hayan conservado. Añoro los gatos salvajes correteando por ahí no los domesticábamos pero a veces por la noche el viejo gato más lento y débil por causa de la edad venía en busca de un poco de atención amistosa. Guardo recuerdos entrañables a pesar de que tanto de niño como de joven me tocó trabajar duro pero creo que no obstante fueron tiempos felices.

A veces en aquellos días felices imaginaba cómo sería Su cosecha. Cómo Sus trabajadores cruzarían fértiles campos de cereal más alto y más dorado del que jamás hayan visto mis ojos en estas tierras de labranza y los tallos se balancearían bajo el peso del grano. Y aunque atraviesan los campos sin ser vistos el cereal se derrumba como segado por una hoja inmaculada y el grano cae a un lado y la paja al otro. Siempre me resultó una idea agradable más de una vez la empleé para ilustrar algún sermón en que invitaba a la congregación a imaginar semejante visión y llamaba a los fieles a alabar Su gloria. Había entre ellos granjeros que respondían a tales recursos. Pero parece que esa historia ha perdido su atractivo me temo que Sus campos podrían quedarse sin ser cosechados y que los cultivos se secarían y marchitarían y todo el buen grano se perdería dispersado por el viento.

Ahora esta semana también ha pasado y no la recuerdo no tengo la impresión de que sus acontecimientos persiguieran algún propósito. A veces me he olvidado de lo que estaba haciendo como si algo en el mundo hubiera cambiado y al no lograr yo ver el resultado estuviera esperando a que se me contaran las novedades y lo que ahora se requería. He escrito una carta a mi madre y mientras la escribía pensaba en el valor de un buen hogar.

No obstante confío en volver a experimentar tales circunstancias. Pienso que gran parte de mi infelicidad deriva de lo desagradable de mi alojamiento. Aquí no me siento bienvenido y eso afecta a mi día a día atormenta mi fe creo que me infecta y no me extraña que me cueste centrarme en mis obligaciones.

De modo que me siento algo enfermo de nostalgia del hogar y he intentado consolarme con la promesa que se nos ha hecho de que al final encontraremos nuestro lugar. Pues nuestro Señor Jesús ha dicho que va a prepararnos un lugar «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones: de no ser así os lo habría dicho». Y es una dulce promesa muy poco complicada algo claro y amable con lo que dejarnos.

Comoquiera que últimamente no había tenido tiempo de hacerlo también he escrito al señor Pendray aunque solo una nota breve. Le he mandado mis mejores deseos aunque me remuerde no haber ido a visitarle. He encontrado la tarea de escribir agotadora no tenía la cabeza para tanta actividad y me dolían los ojos los notaba hinchados en las cuencas. Pero todavía no había terminado me quedaban los trabajos preparatorios del sermón para ocupar el resto de la noche. He tomado tan lento mis notas que me han tenido despierto hasta tarde.

29

Todavía llegan los días. Diríase que deberían dejar de pasar pero la muerte no parece molestarles llegan raudos y marchan igual no se preocupan por las pérdidas humanas. Ya estamos en octubre y le he recordado a James que fue por las mismas fechas exactas cuando nos dejó por primera vez para partir hacia el oeste. Dice que le sorprende oírlo que no se acordaba. Pero yo lo recuerdo bien se fue de Truro y de repente me sentí solo mis hermanos eran mayores y ya trabajaban y no tenía muchas oportunidades de reunirme con los compañeros de clase que me quedaban.

Creo que envidié su marcha sentía envidia de las partes del país que vería. Yo nunca he estado en los lugares de los que ahora habla. Tal vez el año que viene tenga ocasión.

Nos dirigíamos a Forder para un servicio del que yo pensaba ocuparme y para el que James se había ofrecido a acompañarme. No estoy seguro de cuánto se prolongará su visita y se me ocurrió que tal vez hubiera acudido a despedirse de modo que me alegré cuando vi que no mencionaba el tema. Tomamos el sendero que sigue el río y charlamos animadamente con los trabajadores del muelle al pasar por allí. Disfrutamos de una bonita vista a lo lejos un tren pasó por el puente dejando tras de sí bellas columnas de vapor que dibujaban una línea detrás de los árboles. Las nubes en lo alto tenían la textura de la arena tras la marea dispuestas en surcos y jaspeadas hacia las colinas.

Sin embargo la belleza del paisaje se truncó al llegar a mí y no me dejó una sensación grata. Yo solo alcanzaba a considerar lo a menudo que había observado tales escenas y lo repetitivo de mi camino. La misma sensación que cuando llevas demasiado tiempo con una persona en particular salvo que en este caso la persona era

la tierra de mi hogar. La familiaridad que siento me matará. No creo que pueda soportarlo. Sé que tengo que marcharme de aquí.

Oficié en Forder y ya he olvidado la lectura. En la actualidad no confío demasiado en mi aspecto de modo que me imaginé otro y me ocupé en imitar a mis mayores. Prediqué como habrían hecho mi padre o mi Padrino confié en su seguridad serena que tomé prestada por un rato.

Estas capillas ya no parecen mi hogar no estoy a gusto en ellas y en todo momento me persigue el ansia de marcharme. Hay algo de mí en estos bancos de madera y estas piedras pero son cosas pesadas y duro el consuelo que ofrecen. Preferiría los campos y el cielo y los árboles en pie. «Soy la vid verdadera» dice el Señor la Palabra viva Él no se esconde entre piedras y vigas.

Después del oficio volví a sentirme decepcionado no sentí ni Su Gracia ni Su Gloria fue como si hubiera tomado algo antes de comer de Su festín y ello me hubiera estropeado su sabor. Nunca he sentido tanta dependencia como sentí en esa iglesia no sé de dónde proviene una tristeza tan profunda en mis antiguos placeres. Mi alma cayó en una depresión y últimamente parece ocurrirme a menudo después del culto.

Recuerdo que el Señor dice que algunos cayeron en lugares rocosos «donde apenas había tierra» pero no esperaba que ese terreno estuviera en mi corazón. Oh Señor muéstrame el buen suelo los lugares fértiles. Muéstrame la tierra donde podamos sembrar con la esperanza de una cosecha duradera.

Por la tarde asistimos a una venta por embargo. Me llevó James. Era la primera que yo presenciaba y no quisiera ver ninguna otra. No es nada agradable contemplar las posesiones de una persona en venta y no tener ningún poder sobre ellas fui alterándome poco a poco. Mesas y sillas apiladas unas sobre otras a la espera de la muchedumbre que pujaría por ellas. Unos pocos muebles un buen aparador de roble dejado sobre la hierba. También James estaba conmovido le costó decir que era mejor perder las posesiones terrenales que el alma y tiene razón pero ambos sabíamos que de poco consuelo iba a serle a la familia que acababa de perderlas.

Recordé la abundancia de bienes que había visto la semana

pasada en la capilla y pensé en que estábamos en una época de supuesta riqueza una estación en que mejoramos las existencias para pasar el invierno. Bien está claro que solo aquellos de entre nosotros que tienen los medios para hacerlo obtendrán grandes beneficios y no obstante creo que habría riqueza suficiente para atender a los más pobres bastaría con repartirla. Me quedé meditando en la verdad de Su Palabra «La cosecha ha pasado el verano ha terminado y no estamos salvados».

Y esta no es la única razón de mi ánimo abatido no puedo más que admitirlo. Siento una profunda tristeza pero me digo que no debo regodearme en ella es una tentación que intenta engañarnos para hacernos dudar y cuestionar las cosas. Pues ella ha cambiado este mundo por un lugar mejor y no tenemos motivos para la tristeza.

El camino a casa fue reparador y en verdad lo necesitaba. Las hayas del camino de Saint Germans por fin han adoptado un color cobre brillante después de tanto tiempo como llevaban sus hojas alimentando un denso tono morado. Resplandecían al viento con un brillo metalizado incluso en la oscuridad creciente. La luna era nueva bella y blanca con una delgada curva como la leche derramada alrededor de una taza. El cielo muestra síntomas claros del invierno la figura de Orión se alza por el sur y desciende en el oeste todas las noches. Los cielos de esta época del año me resultan más familiares sus motivos se dibujan fácilmente en mis ojos quizá sea por las noches más largas que me han dado la oportunidad de pasar más tiempo bajo ellos. El Cazador semeja un viejo amigo que ha regresado tras pasar fuera el verano. Parece un buen augurio. Podría argumentarse que examinar las estrellas en busca de presagios constituye un rasgo pagano sin embargo creo que lo tengo en mi mente que no son las estrellas las que disponen el conocimiento para nosotros sino que son mera expresión de la maravilla de Dios que las forjó. Al fin y al cabo ¿no nos envió una estrella brillante como señal? No creo entenderlo mal. Deseo grandemente hallar esperanza en estas cosas.

30

Otra noche más ha pasado siguiendo con prontitud a la anterior y hoy me he despertado con el pecho enfermo. Sentía que la tierra se alejaba. Sentía que la marea del tiempo había vuelto para llevarse algo más de mí. Las lejanas profundidades me hacían señas.

He dejado el desayuno porque mi estómago no lo toleraba. Creo que la humedad ambiental de esta habitación me sienta mal la cambiaría raudo por otra.

En sus últimos años cuando yo todavía era un niño mi padre padeció dolores casi constantes. En sus riñones se formaban fragmentos de hierro que muy bien podrían haberse forjado en la hoguera y mi padre era incapaz de orinar sin gritar de desesperación sonido que trataba de amortiguar y guardarse para sus adentros y que emergía como un aterrador gruñido arrancado a sus entrañas. Cuando era yo muy joven solía escapar de ese sonido y esconderme en el rincón más alejado de la granja en un intento de librarme del escalofrío con que me sacudía el cuerpo. Crecí en una casa de sufrimientos y nadie sabe lo que tuve que soportar.

Y es verdad que maduré mucho presenciando el padecimiento de mi padre. Aunque no es menos cierto que era cosa extraña verle en estado tan angustioso pues yo ignoraba lo que sentía mi padre era demasiado joven para imaginarlo demasiado joven para aprehender lo que significaba en realidad sufrir. Vivía con él y él sufría y yo no y entre los sentimientos que se despertaron en mí estaba el de vergüenza. El alivio de no ser yo. Ahora por fin he aprendido una pequeña perla de sabiduría y sé que a menos que lo experimentemos no podemos imaginar lo que significa nuestra imaginación nos falla estamos demasiado ensimismados en nuestra propia condición. Tan poco sentimos por el prójimo que podemos

olvidar sus penas fácilmente obviar sus problemas incluso aunque sea de nuestra misma sangre tienen que enseñarnos a tener a los demás presentes.

Bien también yo estoy cansado de trabajar la viña del Señor sin ver todavía recompensa. Nunca había notado el cuerpo tan pesado como ahora ni sentido que arrastraba tanta carga conmigo. Algo que tengo que transportar. En la forja espero siempre el momento de parar y descansar los brazos pues apenas puedo con las herramientas.

Pienso en las capillas que he visitado cuya vacuidad me recuerda a cáscaras huecas que al abrirse revelan que el grano buscado se marchitó hace tiempo.

Por la noche sueño con amplios espacios cubiertos por un ancho techo que se extiende hacia el horizonte con su masa opresiva a punto de desplomarse sobre mí y solo yo estoy debajo cuando el arco entero desciende sobre el lugar donde me acurruco aterrorizado. Estos sueños son pesadillas de las que me despierto empapado en sudor mientras intento tragarme el horror. Incluso en los espacios abiertos algo me constriñe los campos son opresivos el cielo me aplasta.

Por fin la enfermedad ha emergido de estos pensamientos atribulados y he perdido dos días a manos de la fiebre. La fiebre es miedo me repugna me afecta al cerebro. Ni siquiera puedo sentir pena atonta las emociones más poderosas. Me revuelve el estómago y esta semana he vomitado dos veces el desayuno. El martes expulsé la comida en el arroyo de camino al trabajo me encontraba fatal. Al día siguiente la situación persistió y no podía pensar en otra cosa más que en lo mal que me encontraba. Mi cuerpo me parece débil creía que estaba hecho de hierro pero en realidad no es más que carne y además frágil demasiado frágil. No lo soporto. No soporto sentirlo dentro de mí sentir que soy una cosa inútil y enfermiza.

Harr encontró algo en su enfermedad que la acercó a nuestro Maestro. Pero cuesta hallarlo. No entiendo cómo fue para ella. Mis esfuerzos no son nada comparados con los suyos no parecen tan profundos ni tampoco a través de ellos alcanzo la gracia. Es como si esta enfermedad en particular llevara ligada la duda y me impidiera

reunir la dicha necesaria para enfrentar la adversidad. He creído que la enfermedad puede ser buena para nosotros pues bien no siento que a mí me mejore. Meramente me despoja de la ilusión de que este mundo es algo más que una prueba de que la senda es estrecha y numerosos los sufrimientos que obstaculizan el camino del hombre.

Me acuerdo muchísimo de la enfermedad que padecí de niño. Pero estar enfermo de niño es cosa muy distinta tienes a tus padres para cuidar de ti y darte la confianza de que pronto te recuperarás. La mano de tu padre sobre la frente. No tienes que enfrentarte solo al miedo. Bien ahora no tengo a nadie que me transmita dicha confianza a nadie en quien confiar la misión de recuperar mi salud. Cuando enfermamos nos convertimos de nuevo en niños con la esperanza de que alguien cuidará de nosotros y solo está Dios si decide acudir con toda Su Misericordia. Así que la preocupación atosiga mi mente y me pregunto cómo puedo ser una fuerza en la vida si soy vulnerable y tan débil que no logro levantarme de la cama. Incluso las cosas más simples me resultan imposibles. Si sigo enfermo e incapacitado para el trabajo me habré convertido en lo mismo que mi padre pero sin familia propia que me mantenga. No soy mucho más joven de lo que era él cuando enfermó.

Y aun los días en que he podido trabajar han sido poco productivos apenas consigo centrarme en lo que hago. He perdido la concentración. Solo queda el dolor y la enfermedad en el centro bastante me cuesta ya descansar o rezar por las fuerzas que tanto me faltan.

¿Cómo viviré si no puedo permitírmelo?

¿Qué recursos tengo?

La situación me empuja a pensar en la muerte y he hallado cierto consuelo en imaginar la gloria de morir en Cristo y por fin cambiar de mundo sería un bendito alivio. He amado este mundo pero ahora no atisbo ningún Cielo en él. Y quizá fuera mejor morir que sufrir solo y asustado. Pero entonces me inundan los remordimientos porque ese alivio que imaginaba nacía de escapar de los sufrimientos de esta vida y no de dar la bienvenida a la nueva que vendrá.

Debo confiar en que Dios proveerá. He leído la Biblia y buscado Sus promesas y he encontrado estas palabras en Éxodo capítulo 16:

«Y cuando el rocío se evaporó había sobre la superficie de la tierra una cosa fina, como granos, fina como la escarcha en el suelo». Hubo un tiempo en que tales palabras me parecieron llenas de promesas pero ahora la frase se me antojaba extraña se desdibujaba ante mis ojos como escrita en un idioma que no conociera y fuera solo una bonita caligrafía carente de significado.

31

Sabbat y por fin me encontraba lo bastante bien para asistir a la escuela por la mañana me apenó contemplar la triste estampa de tan solo cuatro estudiantes y que William no fuera uno de ellos además de que hasta el director llegó media hora tarde. Luego tuvimos el culto más avanzada la mañana pero con el oficio llegó la depresión y no quise continuar por el mismo camino el resto del día.

De modo que dejé los tratados a un lado. Dejé los sermones que estaban. Si ya los habían leído permanecerían allí un mes más y tendrían que ser leídos de nuevo. Y si no los habían leído seguirían sin ser leídos.

Aunque no me he recuperado plenamente de la fatiga he salido a pasear. He ido a sentirme más cerca de Dios. He caminado por las colinas deseoso de ver la tierra expandirse a mi alrededor y devolver los elementos de nuestras vidas al lugar que les corresponde. Me dolían muchísimo las piernas pero no les he hecho caso en la medida en que me han permitido avanzar a buen paso para desentumecerme.

Ha sido un día borrascoso. Me ha parecido captar en el aire la promesa de lluvias futuras. Movimientos mínimos ocupaban el espacio de delante de mis ojos alguna cosa cruzaba el aire a mi alrededor dejando extrañas motas de tal modo que me he preguntado si me rodearía algún espíritu. El viento soplaba con fuerza y las hojas del suelo estaban húmedas y habían empezado a descomponerse. Formaban remolinos repentinos cuando las ráfagas de viento las levantaban, los árboles habían adoptado su aspecto otoñal y habían perdido ya la mitad de sus hojas de cara al invierno. Los campos ya no lucen cultivos ahora son solo tierra

espolvoreada de un color seco que se ve amarillo bajo el sol.

Y tengo la impresión de haberme adentrado en una tierra extranjera. No ha cambiado de forma pero aun así no la conozco. Algo ha cambiado en la esencia de la tierra los árboles no son como eran. Parecen mofarse del pasado han devenido grotescos impostores de la verdad. Este mundo ha perdido la mitad de su belleza. Confío en que se trate de una disfunción mía que no durará pero creo que ahora sé cuál fue la sensación de ser expulsados del Edén a un mundo estéril.

Ahora conozco la tierra. He estado fuera y la he mirado y no es lo que yo creía permítaseme decir cómo es la tierra.

Es una tierra de cosas ocultas y horizontes cercanos.
No es como fuera en otro tiempo.
La tierra está viva pero con una vida enfermiza y fea que nos exprime y Dios no está en ella.
La tierra no tiene centro solo polvo. El negro subyace bajo el verde los árboles están huecos bajo la corteza.
La tierra está llena de miedos como si hubiera adoptado los nuestros que la calan más que la lluvia.

Creo que no sé mucho del miedo. No he tenido razones para tener miedo. Quizá una vez de niño cuando me perdí en el valle de regreso de Saint Eve y creí que conocía el camino pero el sendero que tomé no me llevó a casa sino que me adentró en los bosques que parecían prolongarse sin fin y no pude orientarme. Me dio miedo seguir adelante por si me alejaba todavía más de casa.

Vagué entre lágrimas todo el día sin avanzar en ninguna dirección y al final tuve la buena fortuna de encontrarme con una mujer que venía en sentido contrario y me cogió de la mano y me llevó de vuelta. Mi padre no se compadeció no comprendía cómo podía haberme perdido tan cerca de casa. Durante años después de aquello enfermaba solo de pensar en lo ocurrido me mareaba de vergüenza. Quiero librarme de estas cosas no deberían seguir molestándonos.

La noche había caído mientras caminaba y el dolor de las piernas empeoró de nuevo cosa que me alegró en parte pues me dio algo en que ocupar la cabeza. Pero entonces pensé en Harr y me

subió una náusea hinchándose en mí cual grano en el agua un sufrimiento mucho peor del que no podía escapar por muy rápido que caminara. Nada es tan poderoso como la enfermedad. La náusea corrompe el espíritu aqueja a sus víctimas de miedo y duda. El mundo entero me parece infectado cuando lo miro. El verde de los árboles y el marrón de la tierra se desvanecen. Todo se origina en mi estómago y a él vuelve. Cuando hablamos de nuestro centro nos referimos al corazón pues bien opino que el estómago representa igualmente su esencia.

El cielo estaba bajo y preñado de lluvia. El agua llegó a la tierra como un sueño extraño la dejó convertida en un lugar inestable y gris. No me vi con ánimos para algo así y regresé a casa.

En la cocina hacía frío y agarré el fuelle entre temblores tratando de encontrar algo de vida en la estufa pero sin suerte. De modo que la cargué de madera y la encendí en espera del calor que tardó bastante en alcanzarme. Luego puse a hervir un poco de leche con sal y harina. En mi cansancio cerré los ojos y pensé en el día pasado dejé vagar los pensamientos en pos del sueño y volví en mí justo a tiempo de impedir que el caldo se derramara. Me quemé la boca al beberlo me sentó bien lo único caliente que había en mí. Pero también despertó mi añoranza del hogar aquí la leche es más clara que en la granja no sabe mucho mejor que el agua y por supuesto la casera no gastará la mejor conmigo. Otra idea irritante pues he pagado por lo que aquí tengo y la mujer me esquilma de cuanto me adeuda más rápidamente de lo que se rinde a la holgazanería.

A la mañana siguiente las náuseas me despertaron a un estado tan desagradable que la impresión bastó para hacerme maldecir. Tenía el estómago revuelto y al incorporarme la bilis subió hasta mi garganta y vomité en el suelo junto a la cama. Cuando intenté mover las piernas estas protestaron doloridas como la espalda el dolor parecía avanzar como una infección desde una zona del cuerpo hasta la siguiente.

Pasé el día en la cama y nadie vino a verme. El hedor de mis evacuaciones era tal que casi bastaba para provocarme nuevos vómitos. Esta enfermedad me encierra en mí mismo pero nadie

parece notarlo. No acudió nadie de la fragua a ver por qué no había ido a trabajar y oía a la casera en la cocina y sabía que había visto que no había salido de casa pero se mantuvo ocupada en sus propios asuntos y ni una vez llamó a mi puerta. De modo que me enfadé con ella y no me arrastré por la habitación para pedirle asistencia.

Estoy cansado de esta enfermedad recurrente creo que ya he tenido más de lo que me tocaba. Me siento como un anciano como si el desgaste de la edad me hubiera llegado demasiado pronto. Mi corazón esconde una negra verdad he comprendido que no puedo vivir así. Preferiría morir a seguir padeciendo este sufrimiento por favor Dios mío libradme de él. Qué desesperación. Qué imposible se antoja que el hombre pueda soportar cosas semejantes. He dicho antes que no sé mucho del miedo pero me parece que la enfermedad y el miedo me afectan de modo similar están hechos de lo mismo y no existe médico capaz de curarlos.

He alcanzado espacios oscuros. Sé que hubo tiempos mejores pero la felicidad que sentí entonces no la encuentro ahora en mi corazón. Cuando era joven no conocía ni la muerte ni el sufrimiento y así se vivía mejor.

32

La fiebre regresó esa noche y durante los dos días siguientes me privé de todo alimento hasta que pasó. La sudé en el convencimiento de que se trataba de la clase de fiebre que solo remite mediante la oración y el ayuno. A mi casera le alarmó mi decisión de ayunar no es de la clase de personas que comprendería que la privación voluntaria puede acercarnos a nuestro Maestro. Me trajo pan pero no quise mancharme los labios con él hasta estar seguro de que la fiebre me había abandonado y el pan estuvo ya seco y duro.

Bien me siento débil y algo aturdido pero en cierto modo más limpio como si mi propio sudor me hubiera lavado. Creo que el calor de la fiebre funciona como un crisol para el metal que saca a flote las impurezas. Y también me siento como un recién nacido me tiemblan las piernas y no son capaces de soportar mi peso como las del potrillo que llega al mundo flojo y libre de culpa.

James vino a visitarme y al encontrarme reducido a semejante estado de debilidad me trajo un poco de sopa y se sentó conmigo mientras la comía. Después quedé tan cansado que me eché a llorar solo pude acurrucarme y llorar el agotamiento. James se acercó apoyó su mano en mi hombro y allí la dejó hasta que me recuperé. Mientras oró con los ojos cerrados.

Lo siento me disculpé. Parezco un niño.

No pasa nada.

Intenté ordenar pensamientos y palabras para encontrar lo que quería preguntarle pero no fue fácil. James movía los labios finalizó sus plegarias.

¿Crees que podríamos ver las cosas mejor?

¿Quieres decir como niños? Estoy seguro de que muchas cosas

les parecen más simples.

No me refería a eso dije. Creo sinceramente que estábamos más cerca de algunas cosas y que las conocíamos mejor luego crecimos y nos alejamos de ellas. No sé explicarlo bien.

Puede que tengas razón dijo y me pareció que lo decía por educación pero no estaba seguro de que me hubiera comprendido.

Tengo que preguntarte algo.

Llevaba varios días inquietándome. Un recuerdo que había vuelto a mí con la enfermedad y deseaba comprobar si él compartía conmigo.

¿Recuerdas una aventura que pasamos un verano? Teníamos unos diez años. Una noche nos escapamos al bosque.

James pensó un momento.

Tal vez un poco dijo.

Ah. Me decepcionó que su recuerdo no fuera tan vívido como el mío.

¿Por qué lo preguntas?

«Por nada» pensé en decir «Por la única razón de que me embarga la nostalgia cuando pienso en ello. Por ninguna razón salvo que me invade y me habla de todo lo que se ha frustrado.» Habíamos quedado cerca de su casa en Newbridge junto al molino donde el sendero bordea la alberca adonde iba a bañarse. Seguimos el curso del agua a partir de ese punto. La corriente del saetín se desvía del Lynher un río de aguas claras y lecho rocoso cubierto de árboles de largos cuellos. Un bosque antiguo tapizado de musgo en las zonas más sombrías. Claros veteados de sombras que excitaban nuestra imaginación casi como una fiebre. Y entre la espesura de los árboles más alejados de la alberca cortaban la corriente las ruinas de una pequeña morada. El tejado permanecía completo pero inestable y le faltaban algunas tejas. Puertas y ventanas no eran más que mandíbulas desdentadas en la piedra recubierta de hiedra. Un lugar abandonado del bosque del que habíamos oído hablar nos habían contado que perteneció a un leñador que había muerto allí mismo y comoquiera que el lugar hubiera caído en el olvido allí seguía el difunto. Bien pasamos la noche allí y no encontramos cadáver alguno ni señal de que el lugar hubiese tenido dueño alguna vez de modo que esa parte de la historia tal vez fuera un cuento. Dudo que durmiéramos demasiado en parte por el temor al

bosque circundante y en parte por la charla. Me recuerdo imaginándonos dueños del lugar y viviendo en él. Si el mundo funcionara como creen los niños que funciona. O si el tiempo se hubiera detenido entonces. Pero no se detuvo y a la mañana siguiente las ansias de quedarnos eran menores y sabíamos que debíamos regresar.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquella noche a pesar de que la paliza que recibí al volver a casa fue tan dolorosa que todavía debería resonar en mi mente. Por lo visto los recuerdos perduran cuando parece que ya hace tiempo que fueron olvidados.

Y no sé por qué lo recuerdo ahora. Tal vez porque fue el final. Los últimos momentos que tuve de ser niño y libre. Ahora no podía explicárselo a mi amigo.

Es la única vez que he salido de casa dije. Recuerdo que fue muy divertido. Y bonito. Nada más.

Me miró con curiosidad.

El oeste también es bonito dijo. Te gustaría. Los acantilados ofrecen paseos excelentes.

Me pareció que James no tenía demasiada consideración por el pasado que estaba felizmente afianzado en el presente sin la sensación de haber perdido el pasado. Pero me alegraba que hubiera venido a hablarme del oeste cuya idea me había tenido preocupado.

No puedo ir dije. Sería una locura dejar ahora mi puesto de trabajado mucho para conseguir lo que tengo y difícilmente encontraría algo nuevo.

En el oeste también hay herrerías dijo. Estoy seguro de que alguien te contrataría. Si llegas en la estación adecuada mientras puedes trabajar el campo.

Ahora apenas veo ya a la familia. No puedo ir.

Pero musité las palabras y me dispersé hacia el ensueño mientras hablaba y mis pensamientos saltaban con gran esfuerzo a la cuestión siguiente. No sé cuánto tiempo transcurrió. Cerré los ojos los residuos de las lágrimas pegaron los párpados. Sentí que todavía no había terminado que todavía quedaba agua a la espera de anegarlos.

Algo te preocupa dijo.

Bueno no es nada.

Tienes algo en la cabeza que te preocupa.

Bueno. Puede. Estaba pensando en una inválida a la que solía visitar. Ha muerto y echo de menos visitarla.

¿La ciega? Me hablaste de ella. ¿Te sorprende? Me has hablado a menudo de la fortaleza de su fe. No sabía que hubiera muerto. Lo siento. ¿Dudas de que ahora esté con nuestro Señor? Deberías alegrarte.

Pero siento el dolor de su pérdida dije. No debería sentirme así cuando sé que ha partido hacia la felicidad.

Pues llórala. Es natural.

Es pena. James tenía razón. Creo que Harr despertó en mí cierto sentido del Señor cierta capacidad de amar que ahora no puede realizarse. Nada puede equiparársele y todo parece inferior. Pero ni siquiera la pena venía a mí solo náuseas.

Se la veía bella en su sufrimiento dije. Muy frágil.

Y me consternó lo que había dicho.

¿Estabas enamorado de ella?

No estaba preparado para dicha pregunta. Me parecía una cuestión demasiado íntima y no soy muy dado a debatir mis sentimientos sobre tales temas. Bueno éramos amigos no me importó.

La quería en Cristo dije y era verdad.

Lo siento dijo James y no fue una disculpa sino mera compasión sincera manifestada de forma sencilla.

Es solo… es solo que no puedo dejar de pensar en ello. Quizá fue un castigo para mí. Por algo malo que haya hecho.

¿Por qué habrías de ser castigado? ¿Por qué tendrías que ser juzgado? Sabes que no puede ser. No deberías pensar así.

Me miró con lo que me pareció lástima como si considerara mi comprensión limitada y eso despertó en mí una profunda ira a pesar de la debilidad que no obstante se disipó rápidamente.

No sé dije. Lo lamento. No quería molestarte con estas cosas.

Las ideas se arremolinaban en mi cerebro como si ya no me pertenecieran.

¿Charles?

Sí.

Me iré pronto. Vuelvo a casa.

Qué pena dije de corazón.

No me gusta dejarte en este estado dijo. Cuando te recuperes deberías marcharte de aquí. Ven conmigo. No te hace ningún bien quedarte.

Y me alegré de que me invitara directamente lo había deseado y en cuanto lo hizo en mi mente se formó una imagen del oeste como si me bombeara súbitamente la sangre aturdiéndome para luego aquietarse. Tardé un poco en reponerme de la debilidad.

Solo me quedaré un poco más estaba diciendo James. No puedo hacer nada más por mi familia salvo permanecer estos días. Ahora debo estar con ellos. Pero volveré a visitarte antes de marcharme.

Le escuché solo a medias tenía la cabeza en otra parte. Diríase que me zumbaba con pensamientos y palabras impuestos.

¿Por qué estás aquí? pregunté.

¿Qué quieres decir? dijo bastante sorprendido.

No te conozco. Debería pasar esto solo.

Me conoces. Por supuesto que me conoces. No te encuentras bien. Dices tonterías.

Bueno pues yo lo veo claro.

Entonces lo siento dijo. No lo comprendo.

¿Qué esperas obtener aquí James? pregunté aunque no sé por qué. No perteneces a este lugar. Te marchaste y las cosas han cambiado y no te das cuenta. No deberías haber regresado. Este sitio ahora es diferente. No puedes entenderlo.

Me observó sin hablar. Me miró a los ojos hundí la cabeza sin poder mirarle. Cuando habló su voz sonó amable como si me recostara sobre mullidas mantas.

Tengo que marcharme dijo. Lo siento. Has estado enfermo. A veces la enfermedad nos hace sentir cosas extrañas. Deberías dormir. Mañana te sentirás mejor.

Yo ni siquiera sabía lo que decía. Era como si ese día ya nos hubiéramos despedido y no recuerdo cuándo se marchó. Me quedé en casa y no obstante de algún modo pareció que era yo el que se había ido el que había tomado el sendero ancho el camino fácil y se había marchado.

¿De dónde proviene nuestro coraje? Se nos dice «Alzad los ojos hacia las colinas» pero las colinas son viejas y nos hablan de otras cosas.

33

Es noviembre. Un bonito día a finales de la estación. El primer día en algún tiempo que me he levantado de la cama. Por la tarde ha hecho un calor inusual. En los días cada vez más cortos el tacto del sol resulta curativo y he alzado el rostro hacia él como si de la gloria misma del Señor se tratara.

Pero no noto que me haga mucho bien. La negrura de mi corazón es un disco del tamaño del sol que parece oscurecer el brillo de su luz. La oscuridad vino a mí como un amigo a abrazarme. Se quedó a mi lado y apoyó un brazo en mis hombros como si me conociera. Luego me giró y me atrajo hacia ella y entró en mi corazón y la oración no ha aflojado su control. Y está firmemente aposentada en mí de modo que quizá termine por llenarme como ha hecho la fe.

34

El día siguiente era jueves y al anochecer teníamos reunión escolar pero regresé temprano de la casa del Dios porque estaba yo solo. Dediqué un rato a leer un libro que me había recomendado un feligrés sobre dos niños que tenían mucha fe en el Señor. Los alejaban de las maldades de este mundo a las tiernas edades de nueve y once años y resultaba agradable leer su historia pues me sirvió de gran consuelo la sencillez de los niños y su confianza en Cristo como su Salvador.

Bien ahora esos niños están con Él y están recogiendo su recompensa sin duda confío en que su ejemplo me infunda coraje.

Pienso en todo lo que he dejado por hacer.

Mi salud parece recuperada pero las últimas noches he dormido mal a pesar de que he trabajado duro para agotarme. Por las mañanas me siento exhausto a contemplar el polvo que llena la cocina convertirse en chispas vivas en la forja del sol. Me he quedado aquí largo rato hasta que la imaginación me ha convencido de que el polvo había cobrado vida. Minúsculos insectos nacidos de la luz. En el pasado he interpretado esta aparición como recordatorio de la presencia del Espíritu Santo entre nosotros de que Él está en todas partes incluso en las cosas más pequeñas.

Me ha costado levantarme y despertar a la vida diaria me vienen a la cabeza distracciones nimias y me he quedado encama hasta tarde pensando en ellas y perdiendo de este modo muchísimo tiempo.

Me afligen los problemas. Los días venideros están fuera de mi alcance y no ofrecen nada salvo un futuro agobiante y los días que han quedado ya a mis espaldas pasan demasiado rápido y ya nada de ellos tendremos. Quizá todavía esté enfermo quizá tenga miedo

algo se enrosca dentro de mí y me roe músculos y nervios. Si el enemigo se me revelara sería más fácil enfrentarse a él podría atraparlo de algún modo. Ojalá se presentara como un demonio por la noche un vasto rostro flotando en el aire en medio de un vendaval. Pero Él nos dice que la batalla que libramos no es de carne y hueso y en ella mi fuerza mortal no cuenta para nada.

Grandes actos de salvación acontecieron en tiempos no tan lejanos cuando mi Maestro alargaba Su mano y tocaba carne mortal y la llenaba de un fuego blanco que sanaba dicha carne y la despojaba de aflicciones. Anhelo ver tales maravillas de nuevo. El cielo y la tierra estaban próximos entonces pero esta tierra negra parece muy alejada del Paraíso y de igual modo diríase que uno y otra se están separando.

Pronto habrán pasado para mí veintiocho años. Parte de la estancia en esta tierra que me ha sido asignada. Bien noto lo rápido que pasan los días pero sigo sin poder aprovecharlos. Pareciera que he deseado que el año pasado se me escapara no me desperté a su existencia hasta que ya casi había pasado y había desaparecido de mi vida.

35

No obstante he ido a trabajar y he seguido adelante con los días. He perdido la oportunidad de regresar a casa al señor Coad no le gustó que faltara tantos días a la forja y no volverá a darme un día libre hasta Navidad. Mi madre se pondrá triste.

El viernes de regreso a Quethiock encontré tiempo para asistir a una reunión sobre la abstinencia en la iglesia parroquial de Tideford. Es una iglesia grande de fachada en verdad impresionante con un gran ventanal central dividido en tres vidrios ojivales rodeados de intrincados adornos de hierro. Ojalá supiera algo más de su historia. Si por ejemplo fue construida por hombres cuyos apellidos son todavía habituales y cuyas familias perduran en el lugar. En ocasiones así lamento el estilo arquitectónico sencillo de nuestras capillas a pesar de que por supuesto la simplicidad también tiene su mérito y hay mucho que decir acerca de llenar los templos con hombres en lugar de con riquezas. Dentro de la iglesia hay muchas hileras de bancos barnizados de madera casi intacta. Calculo que hay espacio de sobra para trescientas personas que es mucho más de a lo que estoy acostumbrado. Las lámparas penden de gruesas cadenas del techo y cuando están encendidas convierten el lugar en un punto de reunión resplandeciente.

Había allí representantes de cuatro iglesias. Habían acudido algunos miembros de la iglesia parroquial así como miembros de la comunidad de Wesley y cuáqueros. Entonces una mujer que reconocí como católica se sumó a la reunión sin que yo supiera con qué fin. Por supuesto es grato que se haya unido a esta cruzada nuestra y haya encontrado en su corazón el evangelismo de la abstinencia pero no sé qué pensar de que nuestras congregaciones se mezclen tan a la ligera. Nos separa una historia nefasta y muchos

actos malvados confío en que esta breve unión sea pacífica y que sepamos mantener a la vista al verdadero enemigo.

Tuvimos un orador efusivo un hombre justo y un predicador de la verdad. Nos ofreció su testimonio y lamenté que el señor Pendray no estuviera para escucharlo creo que sus historias tenían mucho en común. Pero el hombre se extendió en demasía sobre el pecado que asola el país y nos dibujó un panorama deprimente. Describió la geografía de nuestra parroquia comparó la cerveza que corre por ella con los ríos de que nos ha provisto Dios el Tiddy y el Lynher y dijo que debemos decidir en qué fuente queremos refrescarnos. Dijo que la cerveza afecta al trabajador más que a los árboles y las raíces de estos habían dejado el agua y ahora estaban empapadas de bebida que los envenenaría y que la corrupción se expande cada vez más lejos. Y así continuó largo y tendido bien fue un enfoque interesante que no había escuchado antes pero también un enfoque funesto y me habría gustado que hubiese hablado más de su redención.

En la actualidad mi espíritu es demasiado sensible a tales cuestiones y después de la reunión me sentía abatido no me uní a los otros no podría haber soportado su compañía. Siento como si estuviera perdiendo todo cuanto anhelaba tener en la vida y todo cuanto deseaba ser. La comunión cristiana es algo precioso que debe guardarse con sumo cuidado y de algún modo he perdido el derecho a su recompensa he dejado las puertas abiertas.

Anoche notaba las piernas más fuertes y sentía la necesidad de ponerlas a prueba esta mañana me he levantado un poco antes de las cinco y he dado un paseo por la montaña el amanecer ha sido precioso y el paisaje espléndido ha transportado mis pensamientos más allá de este mundo. He contemplado las colinas adornadas con una hierba espesa. Se me han mojado los pies y debilitado las piernas pero ha valido la pena ver el rocío chispeante. Ahora los árboles lucen desnudos despojados de casi todo el follaje pero por fin han recuperado su verdadera naturaleza y todo vuelve a ser casi como era antes. Me pregunto si volveré a sentir lo mismo por todo ello. La tierra conserva todavía sus sombras pero parece poseer esa vida divina que la habita de nuevo y he reconocido lo bastante de su vieja personalidad para disfrutar del paseo.

He andado por las cimas de las colinas pisando brezos medio

secos y las ramas se partían bajo mis pies. He descendido por arboledas frías y densas hasta un prado de hierba espesa y de brillantes colores donde el verde se transformaba en amarillos y marrones. Un cernícalo planeaba en lo alto como prendido del cielo por un alfiler y trataba de liberarse con fuertes aleteos. Se notaba en el aire una frescura inusual el agradable aroma del otoño que he respirado a grandes bocanadas para reponer lo que he perdido durante la enfermedad.

Y he pensado en lo extraño de que algunos días el perdón parezca llegar con suma facilidad.

En un breve desvío hacia el este he regresado por Blunts una pequeña aldea las casitas lucían preciosas a la luz del día y verlas me ha revitalizado. Pero cuando he pasado por el lado he visto que dos de las casas estaban vacías y sus piedras frías sabía que habían pertenecido a mineros que habían perdido el trabajo y habían emigrado a América o Australia a las minas nuevas que allí están abriendo. Les deseé mejor fortuna pero daba pena ver sus hogares abandonados. Entregan sus historias no por grandes riquezas sino meramente por esperanza la promesa de nuevos filones los atrae como el imán al hierro.

Aquí las cosas han ido bien mientras hemos tenido las minas. Ha habido trabajo para las familias y hemos dependido de ellas. Pero vaciarán la tierra hasta que no quede en ella nada de provecho y entonces qué. La tierra entera estará vacía las viejas minas del oeste están casi agotadas han profundizado ya cuanto pueden han destapado el estaño de debajo del cobre y también eso han extraído. Y pareciera que han excavado el espíritu en extensión similar han agotado la vida que tenía de modo que también las capillas están vacías.

He estado pensando cómo sería dejar este lugar para seguir al flujo de hombres que se marchan. Si concluyo mi aprendizaje no sería difícil. Podría partir hacia el oeste donde las iglesias todavía tienen feligreses o embarcarme hacia Australia he visto el incentivo de pasajes gratis para mano de obra cualificada el mismo señuelo que hace años atrajo a mi hermano. Podría completar mi aprendizaje y trasladar mis habilidades a una tierra lejana. Me pregunto cómo se hace allí la obra de Dios. No logro imaginarme cómo sería no sé si me atrevería.

Tales fueron los pensamientos que ocuparon mi cabeza durante el día pero eso es todo lo que queda solo un alboroto de ideas imágenes incompletas de vida y nada que pareciera planeado por mí.

Bien no había salido a pasear sin ningún motivo salí a encontrarme con James y pasar algo de tiempo juntos antes de que nos deje. Sentía la necesidad de hablar con él desde que pasara a visitarme estando yo enfermo y le dijera cosas que ni yo mismo entendía pues por la razón que fuera estaba enojado con él. Incluso a pesar de que había sido muy amable al venir a mí cuando estaba sufriendo en solitario y necesitaba compañía. De modo que cuando llegué al Lynher giré al norte en dirección a Newbridge remontando el curso del río y no había avanzado demasiado la tarde cuando arribé al molino.

Sin embargo nadie respondió en la casa de su familia había confiado en que al menos su hermana estuviera en casa. Si todavía seguía enferma no debía de salir mucho así que interpreté su ausencia como una buena señal indicativa de su recuperación. Eché un vistazo para ver si había alguien pero Newbridge estaba en silencio. Esperé mucho rato pero terminé por impacientarme no parecía que fuera a venir nadie. Me pareció una pena. No tendría ocasión de regresar debido a las obligaciones laborales.

Estaba muy cansado pero ahora hay tan pocas horas de luz que permanecí fuera más tiempo del que debiera paseando por las montañas hasta que llegó el anochecer y tras él cayó la noche. Y valió la pena pues se me concedió una gloriosa vista del Cielo. No había luna solo el cielo luminoso con las estrellas dispersas como polvo lanzado por la Mano de Dios. Aparecieron rápidamente y en tal número que me dejaron sin aliento. No podía apartar la vista de aquel espectáculo me olvidé del sendero y seguí viaje fuera de sus márgenes. Un cinturón de resplandor abrasador en lo alto del cielo llenaba prácticamente cada trocito de noche. Había oído contar que existen suficientes estrellas para que toque una por persona y esa noche era fácil creerlo.

Así que fue un buen día pasado bajo el sol y luego las estrellas y por un tiempo encontré algo de paz.

Llegué a casa tembloroso y hambriento. Me senté y concentré toda mi energía en comer sin prestar atención al entorno. Solo

cuando hube acabado se me ocurrió que había pasado todo el día a solas y me habría alegrado algo de compañía como el día aquel que había compartido con James. Mis viejos amigos están a punto de volver a marcharse y puede que para una larga temporada.

Decidí retirarme a dormir en silencio pues no quería despertar a la casera pero debía de estar escuchando detrás de la puerta porque asomó rauda en cuanto pasé hacia mi cuarto. Su expresión transmitía hostilidad acumulada pareciera que hubiera estado reservándola para mí y no pudiera dejar pasar la ocasión de expelerla. Sostenía una hoja de papel en la mano la agitó enojada delante de mi cara y a punto estuvo de metérmela en el ojo. Toda la intención de su ira halló expresión en su cuerpo y adelantó a la mujer. Me recordó a una comadreja pues mi casera es menuda pero veloz y fiera.

No está bien recibir visitas sin concertarlas primero y ni siquiera estar en casa para recibirlas dijo.

¿Quién ha venido? pregunté.

Se ha pasado aquí la mitad del día y me he sentido obligada a ofrecerle un té. Es excesivo. Debería cargárselo a su cuenta.

¿Un té? Ni siquiera sé quién ha venido. Y no esperaba a nadie de modo que no estaba usted obligada a nada.

No me diga a qué me he visto obligada. No está en condiciones de algo así y menos en mi propia casa.

Casi me escupió al contestar. Saltaba a la vista que no pensaba ceder en esta cuestión y tuve que escuchar durante interminables minutos sus elaboradas quejas hasta que deduje de sus informaciones que había sido ese joven James el que había venido. A la vez que yo había salido a buscarle él había tenido la misma idea. Me había esperado durante gran parte del día y luego había pedido un papel para escribirme una carta que cogí de la casera y con la que me retiré al dormitorio. Estoy convencido de que la mujer la había leído mientras estuvo en sus manos no me importa.

> Hermano Wenmoth:
>
> Confiaba en volver a verte así que lamento tener que dejarte esta carta. Confío en que te encuentres bien y hayas ocupado el día en buenas obras. Pero mi nuevo hogar me reclama y esta noche sale mi tren para Penzance. Siento no

haberte encontrado. Quería decirte cuánto me ha alegrado volver a verte después de tantos años sin tener la ocasión y qué bueno ha sido recordar nuestra juventud. Me has refrescado la memoria sobre muchas cosas que había olvidado y mi corazón se ha enriquecido con ello. Pese a que últimamente hemos tenido motivos para el lamento regresaré al trabajo con ánimo contento.

Confío en que tu ausencia de hoy sea señal de buena salud. Me ha entristecido pensar en tu sufrimiento y sé que te ha llevado a dudar pero tengo una gran confianza en que caminas por la senda del Señor y por tanto Su luz solo se te ocultará brevemente. He rezado por tu pronta recuperación y continuaré haciéndolo. Pues aunque nunca nos hemos alejado demasiado de la enfermedad y la muerte esta no ha cesado de ser para nosotros un misterio y Dios no revela todo el conocimiento de este mundo y lo que queda por saber se deja en manos de nuestra fe un arma poderosísima: una pequeña porción de ella bastará para todos.

No deberías temer perseverar y pronto descubrirás que Él ha guiado tus pasos. No dudes de que hay un propósito en ello. ¡Cuán glorioso que Él supervise incluso cada una de nuestras respiraciones! Que no nos abatan pues las luchas de esta vida sino que descansemos en paz por la promesa de Gloria que se nos ha hecho: Dios nos reserva algo mejor.

Mi padre y mi madre te mandan sus mejores deseos y la seguridad de que tus visitas serán bienvenidas y te recibirán encantados. De igual modo siempre me alegrará recibir noticias de tu madre y hermanos. Confío en que están a salvo en las manos del Señor y en que les transmitas mis saludos la próxima vez que vayas a casa.

Incluyo en esta carta la invitación para que vengas a visitarnos al oeste en cuanto te hayas recuperado del todo. Confío en verte pronto y con buena salud: esperaremos tu llegada con ilusión. Hay muchas colinas esperando nuestros pasos y buenos acantilados en los que poner a prueba nuestra resistencia.

Hasta entonces queda con Dios y que la paz del Señor sea contigo. Creo que a ojos del Señor seguimos siendo los niños

de antaño. Nos veremos pronto.

Tu hermano en Cristo nuestro Salvador

James

Y era una carta amable algo bueno que recibir pero por alguna razón se me antojó extraña como si la amabilidad hacia mi persona no fuera merecida. Hablaba de cosas de mí que no estaban en mí.

Desde que la leí ciertas palabras de James que «seguimos siendo los niños de antaño» me han rondado por la cabeza de modo que por la noche cuando he tenido algo de tiempo he leído la Biblia y he buscado en mi interior indicios de ese niño y he tenido que buscarlo muy adentro. El peso del deber ha hecho mella en mí y no queda mucho de esa vieja sensación de modo que quizá haga ya tiempo que ha desaparecido y la haya perdido para siempre.

36

Así pues James nos ha dejado supongo que era de esperar. Y ya hace varias semanas que Harr nos dejó también me pregunto si tuvo una buena muerte si en sus últimos estertores no sintió una pizca de miedo. Aunque estoy seguro de la fiabilidad de la versión del doctor Coryton lo cierto es que no sé lo que ocupaba el corazón de Harr al final. Aquellos a los que hemos amado siempre permanecerán inaccesibles para nosotros serán poco más que sombras. ¿Y si al final su enfermedad no provenía de Dios sino que era algo que la entregó a la muerte que trastocó su espíritu bendecido y pese a la fortaleza de su fe persistió hasta que dicha fe se agotó y entonces en ese momento se llevó a la muchacha? Es una idea desagradable que se me ocurrió sin pensar y me inquieta desde entonces no encuentro la paz por su culpa.

Los pensamientos que han venido en ocupar mi mente son causa de una gran infelicidad diríanse más tenebrosos que de costumbre pero no he hallado con qué animarlos. Cuando tengo tiempo me descubro leyendo una y otra vez las Bienaventuranzas con la esperanza de que su belleza se instile en mi corazón y disipe el dolor persistente y fétido.

Esta noche me han pedido que visitara a la señora Truscott es muy anciana y no consigue hallar la confianza en Cristo que desearía. Es difícil mantener la fe al final. No sabía yo qué consuelo podría ofrecerle me parecía que no tenía nada para ella. Solo lugares comunes las mismas palabras que empleamos para consolar a otros cuando desconocemos sus miedos.

Estaba sentada envuelta en un chal que parecía de lana pero se veía viejo y con agujeros agrandados por el tiempo y los estirones. No podía calentarla demasiado. La edad había enroscado sus manos

demasiado retorcidas ya para zurcir y pensé en pedirle a alguien del pueblo que se lo remendara por ella. Pero a quién pedírselo que no haya olvidado ya la caridad.

El cielo crepuscular de un rojo apocalíptico me recordó que cada día puede ser el último. Solo tenemos una vida y es demasiado corta. No tenemos oportunidad de enmendar nuestros errores. Aquellos a los que hemos perdido perdidos seguirán y nunca regresarán a nosotros. Todos mis amigos de infancia a los que ya no veo bueno añoro su compañía en nuestros viejos juegos y deportes pero no volverán. Llegamos solos a este mundo y así será el final para nosotros en el lecho de muerte avanzando en soledad hacia la oscuridad para ver qué más nos espera. Sin llevarnos nada de lo que aquí hemos ganado.

Y he cumplido con las visitas el resto de la semana he ido otra vez a visitar a la madre de Harr pese a que el camino fue duro cuando pienso en lo agradable que me había resultado en el pasado. Hubo un tiempo en que era un trayecto fácil que pasaba rápido cuando podía regodearme en la dulce promesa del tiempo que compartiría con ella.

Eso fue el lunes por la noche y por tanto día de colada en el pueblo las casas de beneficencia se habían convertido en barcos con sábanas tendidas por velas. Pero junto a la casa de la señora French no había nada ese día ningún indicio de actividad y me sorprendió que abrieran la puerta tras mi dubitativa llamada. La viuda se detuvo al verme pensé que no me esperaba pero no obstante me invitó a entrar. La casa parecía completamente vacía. Al principio supuse que se habría visto obligada a vender algunas pertenencias pero luego comprendí que lo más probable era que faltaran personas en la casa. Le pregunté por William pero me dijo que estaba trabajando. William es solo un niño de modo que imaginé que habría ido a trabajar al muelle. Deseé tener algo de dinero que darles diríase que lo necesitaban con urgencia.

Me pareció entonces que después de todo no se alegraba demasiado de verme pero pensé que en tal caso no me habría invitado a entrar no tenía idea de qué podría haber hecho para decepcionarla.

Nos sentamos un rato en la cocina domina a la mujer una pena profunda y pese a haber perdido mucho en esta vida la soporta en silencio.

Ha vuelto a envejecer desde la última vez que la visité por fin todo su pelo ha encanecido. Llevaba el mismo vestido que lucía tras la muerte del esposo está viejo y gastado y el negro está mudando a gris en las costuras. Ahora la señora French se cansa con más facilidad. Su mirada es un botella agrietada que se revienta entre un montón de líquido. Me avergonzó caer en la cuenta de que solo la había visitado una vez desde que Harr nos dejara también ella necesita de mi tiempo en su pesar pues le queda poca familia que la consuele. Pero no siento al Señor en mí animándome a ofrecerle consuelo solo el recuerdo de lo que podría haber dicho en el pasado y brota tan débilmente de mis labios que apenas me convence a mí.

De modo que no me quedé mucho. No quería preguntarle cómo sobrellevaba la situación me asustaba demasiado su respuesta. Y no encontramos nada más de lo que hablar.

Cuando pensaba ya en marcharme nos interrumpió un hombre de la hacienda y me alegró que viniera a romper nuestro silencio. Le traía pescado a la señora French un presente de los señores de modo que me animó comprobar que alguien más se acordaba de ella y sus intereses. Pero la mujer no sabía si cocinarlo ya o esperar a William y en cierto modo sentí que estorbaba. Me habría gustado ver a William y haber tenido la oportunidad de aportarle cierta tranquilidad pero como no pareciera el momento adecuado decidí dejar a solas a la pobre mujer.

Es una crueldad que la muerte se lleve a los jóvenes antes de tiempo que sus padres queden huérfanos de hijos. Y recuerdo que Harr partió sin su familia y confío en que el Maestro la acompañara en que su padre la estuviera esperando como ella esperará a sus seres queridos.

Bien fue una visita dolorosa. No me queda gran cosa de Harr que me consuele. Los escasos recuerdos que tengo son extremadamente precisos la mayor parte del tiempo que pasamos juntos se ha perdido.

Una tarde que estaba sentado en el calor del dormitorio un

estrecho rayo de sol entró en ángulo por el ventanuco. Con el paso de las horas el rayo fue avanzando lentamente por la habitación hasta los pies de la cama y por encima de las sábanas. Harr se durmió con expresión de plácido reposo. Espasmos minúsculos recorrían su cuerpo mientras ella soñaba de tal modo que parecía despierta cuando en realidad estaba inconsciente. Era una cosa maravillosa de contemplar parecía que otra mano rozara su cuerpo y recuerdo estar seguro entonces de que aquella enfermedad provenía del Señor que Él había aceptado el alma que Harr le tendía.

Y la vez en que pasé a visitarla y me la encontré sentada con William y el muchacho sacó una vieja pizarra para escribir y se la entregó a su hermana. Harr cerró los dedos alrededor del pequeño trozo de tiza sosteniéndolo entre el pulgar y otros tres dedos apretados. Rozó la punta de la tiza con la pizarra y obligó a su brazo a moverse de tal manera que el recuerdo arrastrara su mano y formara las letras por instinto. Con una caligrafía casi perfecta escribió su nombre tres veces. Las líneas se torcían levemente pero las letras estaban bien formadas. No pude sino pensar en que el cuerpo sabe muchas cosas para las que no requiere la guía de mente ni vista.

Harriet French
Harriet French
Harriet French

escribió y preguntó cómo le había quedado. William le contestó que escribía mejor que él cogió la pizarra y la borró como para ocultarle a su hermana lo que había hecho.

En otra visita posterior le pedí permiso a Harr para proporcionarle una pizarra y que así pudiera escribir.

Uy no me dijo ella. Menuda tontería. ¿De qué iba a servirme a mí ahora?

Y se la veía contenta a pesar de que yo no vi razón alguna para que no escribiera ya que ¿quién iba a imaginarlo? Lo hacía también.

Y una vez más cerca ya de la última ocasión que tuve de visitarla nada me queda salvo un recuerdo singular como un cuadro pintado en mi mente que puedo ver a voluntad. Es el final de la visita. Harr gira levemente la cabeza en mi dirección cuando me

marcho. Sus ojos son de un color tan brillante que me cuesta creer que no me vean. La muchacha me despide con una sonrisa y en su mirada no hay dolor alguno solo satisfacción y creo que por un instante compartí con ella ese éxtasis del que conoce la verdadera felicidad del alma. Nunca he prestado demasiada atención a la cuestión de su belleza física pero cuando me viene este recuerdo a la cabeza como ahora ocurre a menudo tiendo a pensar que era en verdad muy bella y me entristece saber que no volveré a verle la cara.

Estos recuerdos no durarán. Los detalles de la cara ya parecen enturbiados las líneas precisas de su expresión caen de mi mente como flores que mueren tras la floración otro recordatorio de nuestra mortalidad. No deseo sobrevivir a estas cosas. No deseo vivir sin ellas. Y me enfado por ello me enfado con eso que ocurre dentro de mí sobre lo que no tengo el menor control y me enciendo por dentro y estallo en lágrimas sin poder remediarlo.

Si pudiera disponer de mi tiempo. Si pudiera recuperar de nuevo mi tiempo y vivir esos días otra vez. Entonces nada de esto ocurriría. No habría permitido que nada pasara ni una hora ni un minuto. Si hubiera sabido que el tiempo volaba tan rápido lo habría aprovechado más habría obtenido más de él.

Siento que me lo han robado y me parece una gran injusticia. Tan pocas cosas se me han concedido tan escasas cosas de valor y no obstante lo único que me importaba ha sido arruinado como una cosecha por la pestilencia. He venido en sentir una gran gula dentro de mí un hambre por las horas pasadas un apetito insidioso que me indica que semejante deseo esconde algo diabólico. Me espera la vida eterna si me hago merecedor de dicha gloria pero pareciera que es la vida ya pasada la que más ansío.

Esta amargura no cesará no hay remedio en la tierra para ella. He visto en mis sueños los recuerdos pasados de épocas más felices y sé que mis brazos se alargan para acercarme esas escenas pero no encuentran nada. Me despierto en el vacío y mi pequeño cuarto se me antoja aterradoramente inmenso. La pena que experimento es un estremecimiento en mis entrañas la sensación de un barco varado en aguas poco profundas así que ¿cómo presentarle batalla? Si pudiera agarraría las cosas que una vez tuve y lucharía con todas mis fuerzas y obtendría mi Cielo. Pero es pasado. Todo es pasado. El

tiempo ha pasado y no volverá.

Y nunca en la vida había sentido semejante anhelo de nada ni siquiera por la salvación de mi alma. ¿Por qué entonces me domina ahora con tal intensidad y solo por esas cosas sobre las que no tengo autoridad por cosas que no puedo alcanzar?

37

Hace tres días un vagabundo se acercó a nuestra puerta al anochecer y escuché desde mi habitación mientras la casera le negaba la limosna y lo echaba de casa diciéndole que acudiera a la Iglesia si necesitaba alguna cosa. Como si la Iglesia no tuviera nada que ver con ella. Bien es cierto que la mujer no tiene mucho pero el mendigo tenía mucho menos que nosotros probablemente dormía en un establo y ella ni siquiera entró a la cocina a buscarle un poco de alimento. Sin duda temía que el hombre le robara algo de la casa en cuanto se diera media vuelta. Todo un contraste con la imagen que de ella dibuja cuando habla. Se tiene por una mujer generosa. Siempre me está diciendo lo considerada que es de tenerme en su casa lo bien que me trata como si yo no tuviera una madre y no le pagara a la casera por todo lo que aquí recibo. Creo que nunca le han inculcado la caridad en el corazón desde luego caridad no le sobra.

Salí corriendo detrás del pobre hombre y le di seis peniques me sentía obligado aunque a duras penas podía permitírmelo. He estado gastando con suma cautela y ando escaso de dinero.

Y la decepción con la casera perdura. Hoy los dos hemos disfrutado de unos minutos de tranquilidad que han coincidido con una escasa predisposición por mi parte a sentarme con ella pero no se me ha ocurrido ninguna excusa para rechazar su invitación a tomar el té. Bien normalmente no la escucho mucho pero me estaba hablando de Australia y últimamente el tema me despierta gran interés. Evidentemente Richard le ha escrito una carta en la que le sugiere que tome un barco para Australia y se mude allí con la familia.

Pero la mujer me dice: No sé cómo puede pedírmelo. Y: ¿Qué le

hace creer que puede pedirme que me vaya?

Pese a que sinceramente no se me ocurre qué tiene que la retenga aquí salvo una soledad enrocada. Oh bueno comprendo el deseo de quedarse yo mismo echaría muchísimo de menos estas montañas si decidiera marcharme. Y ella tiene la casa. Pero podría dejarla no son más que piedras y no tiene otra cosa que perder entre estas paredes más que la vida. Muchos son los que han optado por partir así que ¿por qué no ella?

¿Dónde viviría usted si me marchara? me ha preguntado. Como si alguna vez le hubiera preocupado la cuestión de mi alojamiento.

Le he preguntado muchas cosas sobre Australia y lo que Richard le ha contado en las cartas tenía curiosidad sobre lo que le había explicado de las oportunidades para progresar en el país. Pero está claro que a ella no le interesan esos temas tenía la cabeza ocupada en el dolor que supondría la mudanza y la enormidad del pasaje.

Es un viaje tan largo me ha dicho. Incómodo y vejatorio. No estoy acostumbrada a los medios de transporte. No puede pedirme algo así.

Ahora los barcos son más resistentes he contestado. Los viajes son habituales y ya no resultan tan peligrosos como antes.

Pero la mujer estaba inquieta. Por lo visto los barcos le dan miedo. Me pregunto si habrá visto alguna vez el océano.

Con todo debería considerar la posibilidad he dicho. En cuanto terminara el viaje tendría a su hijo con usted.

Ha arrugado la cara con desagrado no le ha gustado que le dijera lo que debía hacer. Tenía una réplica mordaz en la punta de la lengua que no ha encontrado la salida en su rostro descompuesto por la tristeza y se ha echado a llorar delante de mí. Se ha inclinado y ha hundido la cara entre las manos. Las lágrimas han empezado a correrle entre los dedos. He sentido el impulso de consolarla pero no me ha parecido correcto tocarla. No tenemos una relación que lo permita.

No puedo ir ha dicho con la voz tensa y crispada por los sollozos. Es demasiado tarde. Soy demasiado vieja. Sería un cambio demasiado grande para mí ahora no puedo ir. Las cosas ya son bastante difíciles aquí no puede esperar que empaquete los trastos y me vaya como si todavía fuera joven. ¿Y qué vida me ofrecería allí? Soy demasiado vieja para ponerme a trabajar de nuevo sería una

carga para él. Bastante cuesta ya cuidar de una misma no estoy preparada para cuidar también de su familia. Ni siquiera les conozco casi ni son parientes.

El llanto la ha dominado de nuevo como un ataque que sacudiera su frágil estructura. Y creo que es más duro de lo que ella piensa. Recuerdo las primeras cartas que recibimos de mi hermano John la comunidad que nos describía parecía primitiva y el clima implacable. Tenían calor húmedo y suelos secos e infértiles y las estaciones nunca llegaban en el momento adecuado. Nos escribió sobre las enfermedades haciendo sus rondas para llevarse a muchos que acababan de llegar. Aunque aquello fue hace algunos años y tal vez ahora las condiciones hayan mejorado.

La casera ha llorado hasta incomodarme y hacerme pensar que no debía permanecer en su presencia. La he dejado meciéndose al ritmo de unos sollozos algo más controlados. Es una mujer fuerte y se le pasará. No termino de creer que sienta todo lo que dice. Si el sufrimiento fuera cierto le bastaría para espolearla a marchar. Asegura que aquí es infeliz pero no cambiará quizá se haya acostumbrado demasiado a esa infelicidad se aferre a ella en busca de consuelo como un niño a su mantita y no esté dispuesta a soltarla.

Me he retirado a mi cuarto a leer la Biblia pero no he logrado concentrarme. Australia me venía todo el rato a la cabeza. Esa palabra conjura para mí grandes cosas la promesa de aventura cuando estoy enfermo y cansado de todo lo que aquí conozco ya en exceso.

38

La última semana de noviembre tuvo una luz invernal incolora en la que todo parecía vestido de gris. El paisaje luce desnudo y agreste. El invierno ha llegado cual ladrón para robarle la vida. Una piel de nubes inmaculadas nos cubre hasta el horizonte por todos lados no hemos visto el sol.

Por las tardes he empezado a informarme sobre un nuevo alojamiento. Mi casera no se irá con su hijo no está preparada para pensar tan a lo grande y sí demasiado hecha a las mezquindades de la vida pero no es lugar para mí es un problema que arrastro desde hace demasiado. He incrementado mis visitas porque me sirven de excusa para salir de casa no soporto estar allí. De modo que he preguntado en la capilla y a los visitantes de la herrería sé que el señor Coad me ha oído hablar con ellos pero no ha intervenido ni ha comentado nada al respecto. Bien yo había pensado que tal vez hubiera algún sitio para mí junto a la forja solo necesito un espacio pequeño y una cama y salgo a menudo para atender mis deberes. Pero quizá fuera demasiado optimista tiene familia y yo no encajaría.

Con todo conservo ciertas esperanzas de encontrar algún sitio más barato o más cerca del trabajo. Algún lugar más acogedor adecuado para mí una casa cristiana más generosa en calor humano. He informado a la casera de que me trasladaré para que así pueda buscar un sustituto. Me pareció lo correcto aunque pueda volverse en mi contra y pueda encontrarme sin sitio donde quedarme. No estoy seguro de lo que le parece nunca acierto con ella cualquiera habría pensado por todas sus quejas que se alegraría de que me marchara pero diríase que su desaprobación siguió imperturbable como siempre.

Bien no me importa demasiado otros problemas más graves han ocupado mi mente.

Me siento desgarrado y arrastrado por deseos encontrados y no se me presenta solución alguna. Siento la atracción de regresar a casa y volver a formar parte del hogar que tuve de niño siento la atracción de partir hacia nuevas tierras. Siento la atracción de acudir a la Iglesia en busca de esperanza en la Salvación de la que me alejo. Aquí carezco de seguridad ni medios para desarrollar una vida o moldearla a mi gusto. No consigo aclararme.

Con qué rapidez una pequeña enfermedad me lleva a la depresión de espíritu y a que mi mente divague entre negros pensamientos. No comprendo cómo puede ser cada vez que vuelvo a enfermar rápidamente nace en mí el anhelo de la muerte. Parece que no soy lo bastante fuerte para soportarla unos minutos. Oh puede que las glorias que nos esperan sean grandes pero no me mentiré a mí mismo es escapar de esta vida lo que codicio. No soporto el sufrimiento ni siquiera si dicho sufrimiento fuera Su voluntad que no es lo que me parece. Y pese a ese desear la muerte me entristezco hasta llorar cuando pienso en abandonar este mundo. Ha existido un Cielo en este mundo y se ha perdido por qué no debería desear uno nuevo.

Durante las últimas semanas la enfermedad ha remitido un poco pero no ha desaparecido del todo creo que va ligada a la infelicidad que he padecido. Cuando me dirijo al culto me domina el embotamiento. Una terrible ausencia de sentimiento donde antes había dicha. ¿Por qué una cosa tan simple y buena puede insuflar tal abatimiento en mi alma? Algunos días creo que persistir en la Iglesia me matará o supondrá el fin definitivo de mi fe. Me he mantenido alejado pues allí no podía respirar pero tal vez la libertad de mi propia respiración sea demasiado. El aire limpio y frío. Sé que sufro por la necesidad de la comunión social del cuerpo que mantiene unida a la Iglesia.

Dice mi Maestro «Yo soy el camino» pero no sé si todavía camino por Su senda o me he desviado el camino es estrecho demasiado estrecho. El Señor ordena la fraternidad pues Él acude donde nos reunimos. Y siento que he sido maldecido pues no tolero esa fraternidad a pesar de que creo que mi fe no sobrevivirá sin ella. La Iglesia se aloja en mí como una espina en la garganta de la que

no logro deshacerme pero que amenaza con asfixiarme. O una piedra en constante presión cada vez más dura y pequeña pese a mi agitación. Es polvo y sangre y pérdida; Y todo ello mientras la marea de mi fe se retira arrastrando con ella las arenas rudas y dejándome junto a los bajíos aislado tanto de tierra firme como del océano y sin ganas de avanzar hacia ninguno de ellos.

Oh avanzaría. El oeste enciende en mi mente la promesa de cosas mejores en otros lugares. Le he dicho palabras extrañas y crueles a James creo que fueron resultado de mi reciente enfermedad que había distorsionado mis sentimientos hacia muchas cosas y debo enderezarlos de nuevo. Me ofreció la esperanza de la fraternidad es un amigo íntimo y me comprende mejor de lo que he admitido. Podría ir con él. Anhelo alejarme de los problemas que aquí tengo en ocasiones nada se me antoja más sencillo que partir en pos de un nuevo hogar en otro lugar. Como si el mero hecho de la distancia pudiera sanarme. Pero no me conseguiría una vida nueva.

Echo de menos a la familia añoro el hogar.

Necesito alejarme de aquí.

He intentado volver sobre los pasos de la fuerte fe que antes conocía en mí he estado rememorando mi conversión he tratado de regresar a aquella sensación. Pero no estoy seguro de comprender lo que fue. Ahora a duras penas alcanzo a imaginarla.

Casi cinco años han transcurrido ya desde aquella reunión y nunca otro día tan feliz en mi vida. He fracasado al tratar de recordarlo y debo enmendar dicho fracaso. Entonces sabía lo que sentía nunca he pretendido comprenderlo plenamente cierto que siempre fue un misterio pero por entonces era un misterio que me llenaba.

Aquella tuvimos por orador a un misionero que había visitado tierras lejanas y no reconocí los nombres de los lugares de los que hablaba. Empero era un lugareño nacido y criado en el valle del Tamar y educado en nuestras capillas. Pensé en lo extraño que resultaba que Dios lo hubiera mandado en semejante viaje para traerlo al final de vuelta con nosotros. Nos aportó un valioso testimonio acerca de la obra del Señor en tierras extranjeras lugares

en verdad extraños que me costaba creer enteramente reales mientras los imaginaba.

A la conclusión de su testimonio nuestro hombre rogó que el Espíritu Santo tocara nuestros corazones y nos hablara y que aquellos de nosotros que estamos salvados nos uniéramos a él. No fui el primero en levantarme. No esperaba recibir llamada alguna consideraba que mi casa estaba bien ordenada y que esa noche no recibiría la visita de nuestro Salvador únicamente sentía curiosidad por saber por quién de entre nosotros podría alabar al Señor. Me tenía por parte del rebaño. Bien aconteció que fue a mi puerta a la que Él llamó y no me encontró preparado. Estaba sentado en aquella fila de hombres y me inundó una paz inmensa algo profundo como si alguien amable se hubiera inclinado sobre mí apoyando su mano en mi hombro como para decirme «Todo va bien». Y en mi corazón lo supe. Lo supe como nunca antes había sabido.

¿Acaso no rugió mi corazón mientras hablaba con Él y acaso no me ha abierto Sus escrituras? Se sabe que los cristianos bíblicos del Oeste lloran y gritan y danzan. Bien con frecuencia he temido qué pudiera ser lo que les invadiera pero tal vez sea el júbilo. No sería impropio a la vista del Señor. Esa noche no dancé pero el cambio experimentado por mi corazón me hizo saltar y notar la sangre como una canción.

Así que recibí mi llamada. Y luego al cabo de dos años volví a ser llamado esta vez para ser recipiente de mi Maestro para recibir en mí Su Palabra y dejarla hablar a través de mí. Esa Palabra me ha transportado me he entregado a ella y no he necesitado más guía que ella. Le recé era un Evangelio vivo y me pareció un tremendo privilegio. Prediqué la Palabra tal como me fue revelada en una lengua singular ajena a mi lenguaje simple pero entonces fluía con facilidad y ya no ocurre así. Fue un misterio pero sin complicaciones un misterio que no requería explicación.

¿Qué debería entonces hacer ahora que la confianza se ha desvanecido? ¿Debería repetir esas pocas verdades que se han afianzado en mi corazón o debería tratar de buscarles explicación? ¿Debería predicar sin sentir nada en el estómago salvo náuseas? Conozco la Palabra desde hace el tiempo suficiente como para crear una apariencia de convicción puedo interpretar una ficción y

predicar tantas palabras como la gente desee escuchar pero ¿qué utilidad tendrían si no fueran ciertas? Serían ceniza en mi lengua no mejores que simples mentiras de gusto amargo y repugnante. Prefería perder la vida en la batalla por la verdad que predicando la muerte y el engaño sintiendo en lo más hondo ruina y vergüenza.

Bien tal vez esta situación no perdure. Quizá la Palabra vuelva limpia y renovada y encuentre la verdad entre mis dudas. Pero no puedo expulsarla de mí y pese a estar completo y hecho de carne mi corazón diríase roto y no lo soportará. Esta noche me encuentro cansado y dudo de todo. No sé lo que necesito. Y todos estos deseos de los que hablo se disipan y no consigo anhelarlos de nuevo.

39

Pese a que lo mantengo bien alimentado el fuego de la fragua ha ardido sin fuerza esta semana doblegado por el frío y con las llamas reprimidas. Comoquiera que he insistido con el fuelle hemos tenido calor suficiente para trabajar pero en un ambiente negro como el hierro he trabajado entre sombras sintiéndome desaparecer en el entorno borroso y con los ojos insensibles al mundo. Solo tenía ese brillo central para enfocarlos y la lluvia de chispas que lanzaba al aire e iban a extinguirse en el sucio suelo. Las sombras rozaban el fuego y los ruidos metálicos moldeaban la oscuridad restante. He trabajado entre herramientas olvidadas como miembros amputados de mi cuerpo que hubiera dejado a un lado. He trabajado entre la suciedad reconociendo cada mancha como un recordatorio de las horas que aquí he pasado.

He trabajado con aparejos del campo he arreglado arados para afilarlos he forjado herraduras y buenas hojas de hacha he aplanado una pala destrozada. He ayudado al señor Coad a moldear los aros de hierro de las ruedas que estábamos preparando para un carretero de Liskeard. Han sido unas semanas formativas he compartido un tiempo provechoso con mi patrón parece que todavía queda mucho por aprender. Dice que bastan el martillo y el yunque de un herrero para crear el mundo. Y me enorgullezco de mis nuevas habilidades en el oficio por fin siento que se recompensa mi laboriosidad.

Pareciera no obstante que este lugar me ha poseído que las horas aquí empleadas me han convertido en propiedad del lugar endeudándome de un modo extraño y alejándome todavía más de la libertad que deseaba. Y mis ánimos no son lo que eran ahora el trabajo es diferente. Parece más agotador. Me he vuelto más prudente en el trabajo debo invertir más horas para hacer lo mismo.

Antes solía confiar en mis extremidades pero ya no tengo esa fuerza. Tal vez también se trate de algún tipo de educación.

He querido hablar con el señor Coad pero no he encontrado el momento.

Hoy he visto a William. El chico iba por el camino de Menheniot cuando yo regresaba del trabajo. Al girar una esquina me encontré con su silueta delgada moviéndose enérgicamente para entrar en calor no se me ocurrió qué estaría haciendo allí tan lejos de casa y aún más alejado del muelle. Llevaba una bolsa de trabajador colgada a la espalda. Vestía ropas de adulto demasiado grandes para él con los dobladillos de los pantalones arremangados la cintura ajustada mediante un cordel deshilachado y la chaqueta abrumando su escuálida figura. Pensé que se trataría de uno de los trajes de su padre que la señora French había conservado para el hijo. Parecía inmerso en sus pensamientos y no me vio hasta que estuvimos muy cerca. Entonces la expresión despreocupada de su rostro desapareció y aunque sacó las manos de los bolsillos no me saludó.

William dije. Me alegro de verte. Últimamente no te he visto por clase seguro que no has venido.

No contestó pero se detuvo un momento pese al frío y la oscuridad hasta que me sentí obligado a forzar la conversación y adopté un tono animado.

Estoy seguro de que tus amigos se alegrarían de verte de vuelta. ¿No les echas de menos?

¿Cómo te va? pregunté. Pasé a ver a tu madre pero no estabas.

Pero el muchacho se mantuvo huraño y callado. Yo quería mencionar a Harr. Pensé que tal vez le hiciera bien hablar de ella y recordarla seguro que añoraba a su hermana.

¿Dónde has estado? pregunté en cambio. Mi voz sonó más afilada más insistente.

Agachó la cabeza y la dejó colgar sin fuerza de lado como un niño enfurruñado y me recordó lo joven que todavía era William.

Ahora trabajo.

Eso me dijo tu madre. Me dijo que trabajas en el muelle.

Sí. Antes. Vengo de hacer unos encargos dijo señalando el camino detrás de él.

¿Para tu madre?

Me miró.

Eso dijo. ¿Qué pasa?

William había permanecido oculto en la penumbra del anochecer. Pero entonces enfoqué mejor la vista en él y vi su cara y sus ropas manchadas de mugre. Por un instante supuse que se habría caído en el bosque pero las manchas no eran de ese color. No eran del color marrón del barro sino negras del tono exacto de la ceniza y la grasa de los pozos.

¿Me mentirías William?

Una vez más el mismo gesto de la cabeza que había presenciado antes ni sacudida ni asentimiento. Una leve inclinación con la barbilla temblorosa. Y me irritó me pareció de mala educación.

Eres solo un niño. ¿Qué estás haciendo? Tu madre ya ha perdido esposo y una hija y te necesita. Las minas no son para ti. Es un trabajo horrible y peligroso no deberías ser tan egoísta.

No es asunto suyo dijo. No sabe cómo están las cosas.

Sé que tu madre te pidió que no lo hicieras.

No sabe nada. Se pasaba el día en casa y todavía no se ha enterado. Y ahora no tiene ningún motivo para venir. Ya no vendrá más.

Entonces escupió delante de mí un buen escupitajo que aterrizó a mis pies fue un acto repentino y violento. Algo desconcertante. Me incliné a agarrar a William con la intención clara de golpearle de propinarle una sonora bofetada por su comportamiento pero desde la enfermedad me he vuelto más lento y él se apresuró a retroceder. Entonces se paró y me miró en parte admiré el valor del muchacho por no huir pues sabía que si podía le pegaría. Pero yo notaba las piernas dormidas y pesadas y estaba demasiado fatigado para moverme. Parecía pegado al camino.

William observó los efectos de la ira en mi cara. Luego continuó retrocediendo y desapareció del camino y se perdió en la oscuridad.

Bien estaba furioso con él opinaba que necesitaba urgentemente un castigo y que quizá le hubiera faltado demasiado tiempo en la vida la disciplina gracias a la que aprendemos a no destruirnos. «Aleccionad a vuestros hijos mientras todavía hay esperanza» se nos dice y tal vez ya no hubiera tal esperanza. Pero también me entristecí. Me sentí triste y cansado por él. Por su familia que había soportado demasiadas pérdidas y el lazo que lo mantenía unido a su

madre parecía fino como el algodón parecía a punto de perder la vida y la madre. De modo que pensé qué clase de libertad más curiosa era esa con la que se había mofado de mí. Se había plantado como un hombre delante de mí como si fuera libre de tratar a su madre de aquel modo y de actuar como se le antojara y sin embargo su libertad no iba a salvarle.

Seguí entonces mi camino enojado todavía pero preguntándome también si le habría fallado y podría haber hecho algo por él. Y a pesar de que no sabía qué podría haber hecho fue causa de un gran abatimiento.

40

Ya estamos bien entrados en diciembre hoy ha sido día 18 y nos ha traído otro Sabbat. Por la mañana he salido rumbo a la capilla pero no la he alcanzado. A la altura de Saint Germans he visto una nota concerniente a un pasaje hacia Australia y la he contemplado largo rato. He hecho algunos cálculos relativos a mi salario y lo que podría ganar o perder aunque ha sido una pérdida de tiempo pues sabía que no tenía lo que se demandaba. Oportunidades semejantes no estarán a mi alcance en mucho tiempo y primero debo terminar mi aprendizaje. Después he descubierto que no podía ir a la capilla y permanecer allí perdido en cuanto a lo que hacer con la vida de modo que al final he regresado a casa y he dormido unas horas más.

Por la tarde he vuelto a salir en dirección a la reunión trimestral de pastores pese a la falta de ánimo. Y me encontraba ya a medio camino antes de pararme a pensar en lo que estaba haciendo y descubrir que no tenía ningún sentido. Cada paso que daba en dirección a la capilla parecía incrementar mi desazón y revolverme el estómago. Qué vergüenza sentir tal repugnancia hacia la casa del Señor me he dado asco a mí mismo pero no podía continuar avanzando mi cuerpo no lo habría tolerado.

Entonces se me ha ocurrido que no estaba lejos de la forja y he pasado a visitar al señor Coad para que el viaje no cayera en saco roto. He pensado que tal vez podría comentarle mis progresos y quizá tuviera alguna buena noticia para mí quizá llegara a un nuevo acuerdo conmigo.

Bien el Sabbat no se trabaja la forja estaba vacía no había actividad alguna y la puerta estaba cerrada a cal y canto. Parecía una estructura pobre un frágil refugio y una visión deprimente que nada ofrecía salvo la fría promesa del trabajo.

Junto a ella la casita del herrero estaba habitada y al acercarme a la puerta oí los alegres sonidos de la familia provenientes del interior. Un ruido curiosamente desalentador que representaba seguridad y bienestar dos cosas que me faltan en la vida. Supongo que son lo que he buscado en el trabajo en la herrería pero diríase que nunca serán mías.

De modo que me aproximé a la puerta con algo menos de confianza y sin saber lo que diría ni cómo explicaría mi presencia allí un Sabbat. Las palabras se negaban a venir a mi mente y el coraje que me había empujado a entablar la conversación me abandonó. Siento que se me debe mucho pero no parece que el señor Coad sea quien me lo adeuda y no hay nada que en justicia pueda reclamarle. Me quedé en la puerta y no llamé me alejé.

Así que me dirigí al este dando una vuelta mucho más larga de lo que tenía planeado recorrí todo el camino hasta Burraton para visitar al señor Pendray. Hacía mucho tiempo que pasaba por allí.

Los días menguan cada vez más me adentré en el este anochecido sin más recuerdo que un sendero que me guiara en la neblina del crepúsculo. Mis piernas todavía no estaban preparadas para tanta actividad se quejaron del trayecto con un dolor cortante detrás de las rodillas. De haber tenido algún lugar más cercano al que dirigirme así lo habría hecho.

Estaba exhausto cuando llegué y era bastante tarde y esperé un rato a que me abrieran la puerta y mi Padrino pareció sorprendido de verme pero no molesto. Me dio la bienvenida me preguntó qué me traía por Burraton pero no supe contestarle. Dio media vuelta despacio y me condujo dentro me costó permanecer de pie esos instantes extras.

Hacía tiempo que mi Padrino se había retirado del culto nocturno y se disponía a acostarse. Pero tuvo la amabilidad de sentarse conmigo e invitarme a un poco de agua de una jarra de la cocina. Encendí unas velas. No me preguntó nada pero en cuanto nos sentamos a la mesa no pude reprimir las palabras que escaparon sin poder yo controlarlas.

Antes solía rezar al despertarme dije. Para Él iba mi primer pensamiento cada mañana. Y cuando había concluido el trabajo del día mis pensamientos retornaban a Él. Por la noche rezaba hasta caer dormido era el modo natural en que funcionaban las cosas. Y

ahora ha terminado. Me despierto y recuerdo que la noche anterior olvidé mis oraciones y me fui a dormir en pecado sin más.

Me escuchó asintiendo mientras me explicaba. Estoy seguro de su comprensión pero yo necesitaba una respuesta.

Ya no puedo rezar dije. ¿Cómo puede ser?

La duda es el principio de la fe. La senda es estrecha ya lo sabes. Te he escuchado predicar sobre ello.

Sí. Pero entonces no lo sentía así.

También Cristo dudó.

Bueno yo no soy Cristo.

Pero Él era hombre. Los Evangelios dicen que en Getsemaní conoció la duda y aun así murió por nosotros. No estoy contando nada que no sepas.

Si lo conozco no lo siento.

Quizá por ahora. No durará. Son cosas pasajeras sentimientos en los que no deberías confiar si buscas la verdad.

«Pero ¿qué más tenemos?» pensé. Me parecía que ya había esperado suficiente a que el Señor reavivara Su obra en mi corazón. Mi Padrino podía asegurarme que retornaría pero tampoco notaba la fe en él.

Tengo miedo dije por fin como una confesión que escapó demasiado rápido de mis labios no tenía intención de semejante carga de sentimientos.

Ya lo veo contestó me conocía de sobra. Yo no puedo cambiar eso. A tus miedos debes enfrentarte tú. Pero ya has hallado ánimos en el Señor con anterioridad.

No creo que pueda soportar este miedo sin esos ánimos.

Sí. Es posible. Durante un tiempo. Ni siquiera la duda perdura a la Luz de Dios.

¿Y si nunca vuelvo a recuperar lo que antaño supe?

Y al plantear esa pregunta mi corazón carcomido por las dudas dio un brinco con otra pregunta más: «¿Alguna vez lo supe?».

¿Qué miedo tienes? me preguntó como en un suspiro.

Temo demasiadas cosas. Temo la enfermedad. Lo que siento y lo que me hace. Me cambia no me gusta no puedo controlar el devenir de mis pensamientos. Tengo miedo de no volver a ver a mi familia. De mi situación material no gano lo suficiente para una vida digna.

Casi has terminado tu etapa de aprendiz pronto ganarás más. Él

proveerá y encontrarás base para la fe.

Mi Padrino estaba cansado había escuchado mis problemas durante demasiado rato y me sentía avergonzado. Pero mis cuitas no me abandonaban y no pude evitarlo.

Cerró los ojos. Se le veía en paz sentado en una quietud casi imposible. Tenía el pelo liso pero tan suave y blanco que me recordaba a la apariencia que imagino que debieron de tener los profetas le daba el aspecto sereno del sueño o la muerte.

La cabeza me hervía y me daba vueltas sentía el flujo del tiempo pasar por mi lado. La vida propulsándose en innumerables latidos. Disparejos segundos que se nos roban y cada uno de los cuales pronto habremos de devolver en polvo demasiado pronto. Tengo la impresión de haber pasado ya a otro mundo. «Aquel que está muy lejos y demasiado hondo para ser descubierto.»

Las pocas velas que teníamos titilaron y se apagaron. Pensé que mi Padrino tenía la vista cansada que no se percataba de lo oscuro que estaba y de cómo la penumbra nos rodeaba. Quizá me escondiera cuánto había empeorado su visión. Los minutos fueron consumiéndose me sentía débil como si la vida escapara de mí. Entonces mi Padrino se movió y pareció despertar y vi que pese a la vejez le henchía el Espíritu que en su paz seguía ardiendo en deseo del Señor.

Alzó la vista en la penumbra y apenas pude discernirlo. Vio entonces la negritud de las sombras.

Me levanté y fui a por una lámpara. La encendí y la llevé a donde estábamos.

Mi Padrino estaba despierto. Me clavó su mirada cristalina. Y en las arrugas de su rostro leí mil cosas que no sabía en cada pliegue se escondía tanta sabiduría que me sentí un ignorante. Había tantas cosas que él entendía y yo no que me sentí ridiculizado. Pensé que yo nunca aprendería tales cosas que permanecerían fuera de mi alcance.

Yo no sería como él.

Él conocía el dolor por cosas que escapan a mi imaginación.

Cuando él muera la gloria permanecerá en sus labios.

Deberíamos rezar dijo.

Mi Padrino estaba viejo y agarrotado y ya no se movía con tanta facilidad como antaño no obstante se alzó de la silla y se dispuso a arrodillarse conmigo. Me apresté a ayudarle colocándole un cojín bajo las rodillas y sosteniéndolo por los hombros para que no perdiera el equilibrio. Nos agarramos con fuerza como en un abrazo separados por la longitud de nuestros brazos él con las manos en mi nuca. Inclinamos la cabeza rozándonos casi la frente. Y así nos arrodillamos juntos en el suelo y oramos la voz baja y persistente de mi Padrino habló el sibilante lenguaje de los ángeles.

Y supe que mi fe seguía allí cual núcleo duro dentro de mí pero muy honda y menguante. La fe es una piedra podría olvidar su presencia y vivir siempre con ella sin saber qué es ese peso que me oprime dentro. Yo estaba cansado y mi cuerpo enfermo. Sentí que pronto envejecería. Mi alma marchita parecía retractarse de las palabras a medida que las pronunciábamos. La oración tenía fuerza pero por lo visto la duda y la incredulidad habían venido a visitarme cual escalofriante temporal llegado desde mar adentro y me había atrapado en campo abierto sin refugio en el que cobijarme.

Busqué mi fe creo que la vi por allí y la habría atrapado de haber creído que tenía coraje suficiente pero me asusté.

Era demasiado tarde para viajar y pernocté allí. El señor Pendray me ofreció una manta y me quedé en la silla no sería una noche cómoda pero estaba bastante cansado para conciliar el sueño y contento de tener compañía.

Y hoy he descubierto que me dejé allí el sombrero bien es una molestia pero el fin de semana próximo es Navidad e iré a casa de modo que habré de esperar hasta Año Nuevo.

41

El sábado al despertar tenía frío bajo la manta. Agradecí no tener que trabajar sino visitar a la familia me duele pensar que mi situación no me ha permitido ir a casa más a menudo. He esperado largo tiempo que Su Palabra bendijera mi regreso y por fin ha acontecido. Y aunque me he recordado que estoy aquí a Su servicio y debo aceptar lo que El disponga ahora mismo de poco consuelo me sirve.

Me costó ponerme en marcha para vestirme y entrar en calor. El aire del cuarto era húmedo y frío con un bochorno ambiental del que mi aliento formaba parte. La ventana por fuera lucía un delicado estampado de hielo bastante bello la escarcha se extendía en un intrincado diseño como si transmitiera algún mensaje cuyos signos no supe leer. El cristal ardía y cortaba al tacto y me mordisqueó los dedos como un animal.

Ingerí un desayuno sencillo con la casera solo pan mojado en caldo caliente de la tetera y le felicité la fecha antes de marcharme. Nos sentamos cerca de la estufa apretujados en la pequeña esfera de calor que emitía y tratamos los preparativos de mi ausencia y cuánto le adeudaría por el tiempo que pasara fuera. Me dijo que se suponía que debía pagar con independencia de donde pasara una noche dada estoy seguro de que se refería a la semana anterior cuando había dormido en Burraton bien difícilmente podía considerarse una ausencia voluntaria por mi parte y no sé dónde creía la casera que me había quedado. No tengo obligación de contárselo. Supuse que seguiría enfadada porque le había comunicado que me iba de la casa bien no hay modo de satisfacerla. Pero me costó no mostrarme animado por la felicidad de volver a casa la mera idea había despertado en mí la esperanza.

Y sentí por ella que no tuviera una familia con la que regresar. La caja de las cartas de su hijo descansaba abierta sobre un estante supuse que había madrugado y las había estado leyendo hasta que me había oído levantarme. Sé que es bueno estar con seres queridos en esta época del año.

Fuera el aire cortaba de puro frío pero respiré hondo y le di la bienvenida a mis pulmones como si fuera la felicidad en persona. Apenas veía de tan borrosos como había dejado mis ojos el impacto del aire helado parpadeé pero no conseguí que se me aclarara la vista. Tuve que marchar a paso ligero para acumular algo de calor que las rodillas no alcanzaron a disfrutar. El frío me envolvía la cabeza y lamenté la falta de sombrero. Me produjo un dolor agudo en la nuca como si alguien me presionara en la zona con un hierro candente. El dolor me aferraba con fuerza el cráneo y apretaba con constancia y me recordó la firme mano de mi padre así que en cierto modo fue una especie de bendición.

El camino se presentaba embarrado pero el lodo estaba congelado y sólido. La hierba estaba amarillenta y el hielo crujía agradablemente bajo mis zapatos la tierra escarchada y desnuda seguía empero respirando. Subía y bajaba suavemente mientras yo avanzaba. El horizonte se alzaba próximo señalado por una hilera de árboles pelados.

El cielo era de un azul aguado tan pálido que se tornó blanco y luego rosa durante la fugaz tarde y se revistió de cobrizo con la puesta de sol al tiempo que me aproximaba a mi casa. Seguí las roderas de los carros por el campo en dirección a la granja disfrutando del placer de contemplar las formas familiares de la tierra mudar ante mis ojos. Pasé junto al bosquecillo de hayas donde solía jugar de niño y en el que cada uno de los hermanos teníamos árbol propio y trono para los juegos. El mío era un asiento desgastado entre dos ramas y de madera tan suave que parecía pulida por varias generaciones antes de mi llegada. Mis hermanos siempre se subían más alto a las ramas más finas eran mayores y más osados y de ese modo establecían su superioridad pero debían asirse con cuidado para trepar a sus precarios nidos. Pero ahora las hiedras han conquistado los árboles que se limitan a apiñarse en la fría oscuridad y parece absurdo que lugar tan solitario significara tanto para mí en el pasado. Un destello de la memoria me dijo que

hubo un tiempo en que esas cosas eran preciosas pero por entonces era solo un niño y ya no me pertenecen.

Al final del camino nuestra granja. Se levanta sobre paredes de ladrillos regulares de piedra sin pizarras y con trepadoras en la cara sur. El pesado tejado de paja se comba un poco en el centro y parece gastado habría que techar de nuevo en primavera. Ocupan sus extremos dos raquíticas chimeneas que sin embargo parecen alzarse orgullosas para marcar las cimas de la casa. El tejado cae tan bajo por encima del segundo piso que las ventanas parecen colgadas del borde de la paja. Y esas mismas ventanas estaban cerradas a cal y canto para enfrentar el invierno de modo que me quedé con la duda de cuántos cristales sobrevivían tras ellas.

Avanzaba con movimientos agarrotados y una vez dentro del calor del hogar tardé un poco en poder hablar de manera inteligible se me había dormido la mandíbula del frío y solo alcanzaba a farfullar. Di gracias de no haber tenido que permanecer fuera más tiempo. En la cocina un fuego encendido esperaba mi regreso sería la primera vez en todo el invierno que me calentaba lo suficiente. Recuerdo que esa chimenea fue el centro de mi vida durante muchos años y a veces siento como si mi vida entera hubiera nacido de ella. De niño vivía cerca de la chimenea a ella acudía a calentarme en invierno. Luego al empezar a trabajar en la granja era ese hogar y la anhelada comida lo que me traían de vuelta de las tierras al final del día. Verla ahora me ha devuelto muchos recuerdos tempranos que había olvidado. La imagen de mi madre en la cocina vestida para la iglesia y trajinando con nosotros. La compañía de un viejo collie que teníamos que habiéndose granjeado su puesto mediante el trabajo duro y la lealtad tenía permiso para dormir junto a los rescoldos. Recuerdo el olor rancio de su pelaje al caldearse el hedor mezclándose con otros aromas más agradables de la cocina y la peste densa de las ropas que mi madre había lavado en el abrevadero puestas a secar junto al fuego. Y más fuerte que todos ellos el olor inconfundible de la madera del humo de los olmos y fresnos que talábamos y cortábamos en troncos que dejábamos secar en montones detrás de la casa.

Mis hermanos estaban allí para recibirme. Tanto Tom el más cercano a mí en edad como Simon el segundo por arriba se han quedado a trabajar la granja. Por supuesto faltaba John que vive en

Australia pero por lo visto las últimas noticias sobre él eran buenas. George el mediano de los cinco todavía no había regresado Simon me contó que llegaría al día siguiente tal vez con su nueva mujer. Se ha hecho policía y esta noche trabaja bueno supongo que alguien debe mantener el orden. Me he recordado a mí mismo que sin duda se trata de una tarea muy necesaria pero difícilmente cabe considerarla obra del Señor. Él puede enderezar el peor de los pecados pero no creo que progresemos demasiado si no empezamos por enderezar las almas.

Y entonces mi madre bajó de la planta alta donde nos había preparado las camas. Descendió despacio las escaleras pero tenía buen aspecto menos gruesa de lo que yo recordaba.

Bueno dijo a modo de saludo. Cuánto tiempo.

Un año. He estado alejado un año y no por culpa de las millas sino por los días cargados de trabajo y obligaciones y mi incapacidad para realizarlas. Pero su voz no ocultaba ningún reproche solo alegría de verme. La estreché entre mis brazos notándole los huesos y recordé cuánto tiempo hacía que no sentía el contacto de una persona y cuánto lo necesitaba me sentó bien. Estaba contenta de verme pero la conozco bien y resultaba evidente que el recuerdo de sus dos hijos ausentes era casi igual de intenso.

Pareces cansado me dijo. ¿Has estado enfermo?

Un poco. Y hoy hacía frío en el camino. Pero estoy bien. ¿Y usted?

Oh. Cada día más vieja.

Bastaba con mirarla. Tenía la cara arrugada y raída estoy seguro de que a quienes no la conocieran les parecería una anciana. Se le ven claramente patas de gallo un nombre feo y extraño para las arrugas pero está guapa. La erosión del sol en su rostro se nota más de lo que recordaba. No para de frotarse las secas manos para aliviar la rigidez que siente en ellas.

Qué raro verla. Estoy contento claro reconforta mucho volver y descubrir que la vida continúa bien sin mí. Pero creo que mi intimidad con ella me impedirá siempre conocerla a fondo. Me alimentó de su pecho y si bien fueron mis hermanos quienes me enseñaron las labores de la granja pareciera que todo cuanto he aprendido de esta tierra proviene de ella. Ella sabía los nombres de los árboles y los pájaros me enseñó a reconocer las flores del borde

del camino. Fue su dedo el que señaló para el niño que otrora fui las estrellas dibujando constelaciones y ella me contó cuál estaría dónde según el cambio de las estaciones. En las noches de finales de verano predecía el tiempo que vendría buscando la claridad de determinadas zonas del cielo. Son conocimientos que he intentado recordar no ceso de sorprenderme ante las maravillas de este mundo.

Me preguntó por mi trabajo y mis visitas. Le complació que hubiera visto a James se había enterado de que había regresado con su familia. Le conté cuatro cosas de la forja cómo me había ido y charlé un poco sobre los enfermos que había visitado. No comenté nada que me atormentara. No quería pasarle esa carga. Me preguntaba si habría mencionado algo en las cartas sea como fuera no me preguntó.

Cenamos juntos los cuatro y experimenté el placer de la compañía que tanto hacía que no disfrutaba. Tuvimos una comida buena y generosa un festín para este hijo pródigo bien es mi tiempo el que he malgastado. Conversamos animadamente intercambiándonos noticias y charlando de lugares remotos y las vidas de mis hermanos. Tom habló de la granja y los cambios que había traído el año. Trabajar la tierra serena su conversación es pausada y considerada. Pareciera que siempre se guarda algo. Que no puede expresarse plenamente conmigo ahora que me he marchado y me dedico a otras labores. Simon apenas habla sus pensamientos parecen haberse adaptado al ritmo lento de la Naturaleza. Poco tenía que decir que no concerniera a la granja. Por lo visto Simon está cortejando a una muchacha de la que no quiso comentar nada solo se sonrojó un poco cuando Tom se refirió a ella creo que la nombró para burlarse de él. John se ha casado en Australia no creo que lleguemos a conocerla. Y George también está casado me pregunto si mañana vendrá con ella.

Las horas pasaron rápidamente lamenté haber llegado tan tarde haberme demorado tanto por la mañana con la señora Grose. Más tarde nos reunimos todos y vestidos con pesados abrigos salimos al frío hacia la capilla de Saint Eve para el oficio de Vigilia. Escuchamos un sermón sobre la segunda epístola de Pablo a los corintios capítulo 6 «He aquí el día de la Salvación».

Hay que hacer algo por el distrito la congregación era buena

como debe serlo en oficio de Vigilia pero mi madre dijo que no siempre era igual. Los Sabbats acudían muchos menos feligreses solo representantes de las familias locales y algunas damas ancianas. Me incomodé muchísimo cuando pasaron la colecta y no tuve nada que echar en el plato. Y no fue solo que me hubiera olvidado de llevar conmigo unas monedas sino que no me sobraba nada. Lo poco que había logrado ahorrar las semanas previas lo había reservado para la familia. Sentí una profunda vergüenza. No habría sido tan desagradable si el plato estuviera lleno entonces la gente no habría notado si uno u otro dejaba de contribuir pero la colecta era escasa cuando llegó a mí. Pasé el plato sin añadir ni un penique. Estoy seguro de que enrojecí. El encargado de la colecta no me miró tuvo la gentileza de actuar como si no lo hubiera notado.

Escuché el sermón y no me revelé contra él. Asentí de acuerdo con la Palabra. Canté los mismos himnos y experimenté algo de su antiguo poder. Por un momento me animé. Me sentí aligerado. Entonamos el último himno con voz conmovedora y fuerte en el día de Navidad.

Tras el oficio saludamos a los vecinos. Me presentaron a una muchacha hija de un miembro de la iglesia amigo de mi madre. Era muy educada. Mantuvimos una agradable conversación acerca del sermón. Pero luego cuando mi corazón debería haberse entregado a la alabanza de Dios y cuando debería haber sentido el espíritu renovado me sentí abatido. Había oscuridad en mi alma y me preguntaba qué espíritu o tristeza me poseía en qué estaba pensando. Esa depresión parece aguardarme en la casa de Dios bien esta noche tenía a mi familia presente y creo que me han insuflado un poco de ellos pero no los tendré conmigo por mucho tiempo.

Regresamos a casa en la noche helada hacía demasiado frío para hablar. Ninguna nube nos envolvía solo el frío lucía en los cielos y las estrellas dolorosamente claras. Un brillante meteorito iluminó el elemento sobre nuestras cabezas. Ruego a Dios que no todo sea oscuridad.

Dormí bien en mi vieja cama disfruté del calor de un edredón digno y por una vez incluso mis sueños parecieron cálidos. Luego me desperté en un día doblemente bendito no ocurre con frecuencia

que Navidad caiga en Sabbat. Me levanté temprano y me ocupé en mis quehaceres. Cargué forraje para las bestias. Corté algo de leña que añadir a la pila de troncos busqué los más secos para entrarlos en casa y recogí ramitas con las que avivar el fuego.

George y su esposa Elizabeth llegaron a tiempo para ir a la capilla. Es una mujer adusta pero bastante agradable no le gustó tener que viajar el Día Sagrado pero qué otra cosa podían hacer George tuvo que trabajar en Nochebuena y sin duda es mejor que un día como hoy estén con la familia que quedarse en casa solo porque consideren impropio salir. Elizabeth tiene la costumbre de quedarse de pie detrás de mi hermano me costó hablar con ella y George parece apagado en su presencia.

Dedicamos el oficio de la mañana a los villancicos sin un gran sermón que los acompañara. Es tradicional y no me molestan los villancicos pese a que tienen algo de infantil y por tanto se hacen un poco difícil de soportar. Los niños los disfrutan mucho pero a mí me resultan insustanciales. Empero evocan la estación y puesto que no los escuchamos a menudo tienen algo de novedoso. Pero prefiero los viejos himnos los himnos de Wesley que tenemos el resto del año.

Me senté con George y Elizabeth ella tiene una voz bastante fina y aguda sin demasiado cuerpo. Tras las bendiciones le comenté a George lo bueno que era tener de nuevo a la familia reunida.

No hemos tenido noticias de John me dijo.

Creí que habían llegado buenas noticias.

Sí pero eso fue hace meses y normalmente escribe más.

No es poca la distancia que han de recorrer sus cartas. Muchas cosas podrían retrasarlas. Estará bien. De lo contrario lo sabríamos ¿no crees?

Quizá.

Supongo que así son las cosas. Debemos acudir a cumplir con nuestras obligaciones por lejos que estén. Tales distancias son extrañas ideas inimaginables que no alcanzamos a concebir pues nuestras mentes no tienen esa capacidad y son más felices con distancias que puedan ver y asimilar.

Y así están las cosas me encuentro de vuelta entre mis hermanos

que tan bien conozco. Jugábamos juntos y trabajábamos juntos procedemos del mismo hogar y de la misma tierra y me siento cercano a ellos. Pero siento también que ha tenido lugar un cambio desde que partí de aquí pese a que tienen más o menos el mismo aspecto que la última vez que los vi al menos en su apariencia externa. De modo que tal vez el cambio haya acontecido en mí y sea yo el que tenga para ellos un aspecto distinto a cuando me marché.

Celebramos la comida de Navidad compartimos una oca que se había cocinado lentamente mientras estábamos en la iglesia yo no había probado bocado semejante desde hacía mucho su sabor me abrumó. Un tema de conversación al que retornamos durante el almuerzo fue Australia creo que a mi madre le habría gustado recibir noticias de John pero no iban a llegar hoy. Pensé en comentar que había estado sopesando abandonar mi aprendizaje y emigrar pero no sabía cómo se lo tomarían. Decidí hablar con Tom a solas más tarde y ver su reacción antes de propagar la idea que ahora tan poco realista se me antoja. Y estoy convencido de que fue mejor no regresar a casa después de tanto tiempo solo para anunciar que me marchaba. No cabe duda de que todavía me ven como al niño de la familia y mi marcha sería muy distinta de la despedida de John.

Ya he dicho antes que soy el más joven de los hermanos bien no es del todo cierto. Teníamos una hermana pequeña que murió al poco de nacer tenía incluso nombre pero no vivió lo suficiente para hacerse a él. Carece de tumba propia no teníamos dinero para ello pero la enterramos con los padres de nuestro padre volvieron a abrir el sepulcro para ella. Aunque no se añadió nada a la inscripción cuando la visito me imagino su nombre escrito en la lápida no entiendo por qué ha de negársele ese derecho.

Bien mi madre se enorgullece de sus hijos pero le habría gustado tener una niña. Y tras lo sucedido no pudo concebir más hijos de modo que yo soy el último y creo que aquella muerte significó una gran revelación para ella. Si mi hermana hubiera sobrevivido nunca habría conocido a su padre que murió poco después y fue enterrado a escasos pies de su hija.

Mi madre pasó unos años difíciles tras la muerte de mi padre. Todos luchamos por conseguir algo de seguridad y cuando nos

toque las circunstancias también nos pondrán las cosas difíciles. Aunque la pena por la muerte de mi padre no me afecta demasiado ahora pienso en él a menudo y al encontrarme de vuelta en casa lloro su pérdida es un poderoso recordatorio de su ascendencia en mi vida. Tengo un verso favorito de las parábolas de Cristo perteneciente al capítulo 15 del Libro de Lucas «Me alzaré e iré a mi padre» dice y me parece a mí que todos venimos tras nuestros padres y sin duda también les seguimos.

Así que a última hora de la tarde cuando los chicos habían salido al campo y el resto de nosotros se había reunido en la planta baja me descubrí instalado en el rincón de la habitación que mi padre utilizaba de estudio años antes. El escritorio seguía allí con la Biblia familiar encima. Algunos de los libros de mi padre continuaban dispuestos en una fila aunque no tengo conocimiento de que leyera mucho. Debía de costarle bastante. Tampoco recuerdo que me llamara para que le leyera y aunque los libros se ven raídos conservan el lomo intacto. Quizá tuviera suficientes conocimientos para respetar toda aquella sabiduría en papel pero no la considerara adecuada para él. No eran gran cosa. Algunos comentarios. Una edición de las *Notas sobre el Nuevo Testamento* de Wesley un puñado de panfletos abstemios viejos tratados en contra de la bebida estos sí muy usados e incluso algunos con anotaciones y frases subrayadas. Mi padre gustaba de señalar aquellos textos con los que estaba plenamente de acuerdo quizá pensando en una posible utilidad para sus futuros sermones. Creo empero que su instinto en estas cuestiones acertaba nuestras lecturas pasan a formar parte de nosotros y si leemos deberíamos empeñarnos en leer obras morales e instructivas.

Pasé largas horas sentado a aquella mesa hasta que el tañido del reloj convocó en la cocina. Mi madre ya no es tan ágil en sus quehaceres y solo tiene a Elizabeth para ayudarla ninguna hija propia. Entre las dos habían preparado una comida sencilla y comimos en silencio con la impresión de que las escuetas vacaciones tocaban a su fin. Mi madre se mostraba muy atenta con Elizabeth creo que agudamente consciente de que tiene cuatro hijos todos hombres hechos y derechos y solo uno desposado. Me pregunto si la habremos decepcionado.

Volví a dormir bien disfruté de una segunda noche arrebujado

en calor y lamenté muchísimo tener que abandonar ese lecho cuando me desperté. Bien han sido los momentos más felices que he tenido en muchos meses y me he sentido propenso a cambios emocionales bruscos. No he terminado de sentirme a gusto del todo resulta extraño regresar a una granja en la que ya no trabajo. Las tareas me resultaban a un tiempo naturales y ajenas. Pero me ha recorrido la nostalgia aquí me he sentido en casa parte de esa vieja sensación se ha alzado para darme la bienvenida.

Empero no todo es felicidad pues he estado fuera demasiado tiempo y solo ahora veo cuánto ha envejecido mi madre. Ojalá tuviera mejores noticias sobre mí que darle. Me ha contado que no se ha encontrado demasiado bien los últimos meses bien ojalá me hubiera escrito diciéndomelo y quizá habría sabido encontrar tiempo para visitarla. Tom me ha contado que la semana pasada madre se cayó en el suelo de piedra de la cocina y no pudo levantarse hasta que él la encontró al cabo de un rato. Bien mi madre ha querido quitarle importancia y no me lo ha mencionado pero me he asustado mucho al enterarme del incidente y ha despertado en mí un pensamiento del que no logro zafarme. Pienso que aquellos a los que he conocido y amado toda la vida envejecerán y enfermarán y devendrán desconocidos.

George partió el lunes por la mañana temprano Elizabeth y él se marcharon en carro sin tiempo para despedidas. Tom y Simon salieron a trabajar antes de que yo me levantara. La noche anterior había hablado con Tom y este me había aconsejado que escribiera a John a Australia para que me ayudara a ordenar mis ideas acerca de lo que implicaría viajar allí. Bien quizá lo haga el año nuevo.

Vi a mi madre en la cocina desayuné con ella y le entregué el dinero que había ahorrado. La abracé y casi la pierdo entre mis brazos no apreté demasiado por miedo a romperla.

No te alejes de Dios me dijo.

Y entonces los dos días habían pasado habían despertado mi corazón y me habían henchido de un calor llameante del que solo quedaba ya el frío.

El camino a casa era el mismo que había recorrido antes solo que cada paso se me antojaba falso y en la dirección equivocada. Sin embargo no tenía otro lugar adonde ir. La casa que me esperaba en Quethiock no había cambiado mi cuarto desnudo y frío era el

mismo que había dejado al partir. Diríase que no tengo otra vida más que esta.

42

Los días siguen llegando. Qué contendrán ahora. Otro año se acerca a la eternidad y gracias al Señor se me ha concedido ver llegar el nuevo confío en que tendré más fe que en el que acaba de terminar. He venido en pensar en los cambios que ha traído consigo muchos han mudado de mundo algunos han caído en desgracia o han dejado sus hogares por tierras extranjeras y algunos yacen enfermos en cama. Todas estas cosas nos hablan nos dicen que aquí no hay tiempo para el alborozo ni las nimiedades.

Es Nochevieja y hace frío en mi cuarto mientras hago las cuentas. Tengo dos velas prendidas y la manta de la cama echada sobre los hombros. El tañido de las campanas de la iglesia resuena claro en la noche señalando el final de un oficio al que no he asistido.

Esta noche no he conseguido obligarme a soportar la compañía ajena. Parece que todavía no estoy listo para regresar a la capilla. De modo que en su defecto me he concentrado en mis cuentas para ponderar lo que he dado y me he descubierto en deuda con el Señor no he contribuido con todo lo prometido a principios de año por tanto ahora tengo otra razón para trabajar más. Mi aprendizaje me avergüenza soy mayor de lo habitual debería estar casado y progresar en la vida. Bien he decidido tarde confío en que Dios proveerá o de lo contrario me llamará a su lado y ya no tendré nada que demostrar.

Pero los cálculos de las cuestiones materiales me han resultado de lo más tediosos y he venido en anhelar un sistema que me permitiera ponderar mis cuentas espirituales. Temo que mis deudas en esa cuestión sean aún mayores y crecientes. Ojalá nuestras almas pudieran juzgarse de manera tan simple. Me siento como si hubiera

dormido todo el año y todavía no hubiera despertado de los caprichos de mi alma. Harr era la sal de la vida y su compañía preciada para mí. Y como fuera que yo anhelara la salvación me sentí atraído hacia su luz y me dominó tal deseo de ese estado perfecto que a punto estuve de descarriarme. He soñado los días como si escapara a mi poder gobernar el tiempo. Es una pequeña maravilla que me sienta tan incómodo ante mi Maestro que ni siquiera pueda pisar Su casa. Necesito arrepentirme de mis pecados. Necesito empezar de cero.

Qué haré entonces. Podría encontrar un nuevo alojamiento y escapar de esta desdichada casa pero no iré muy lejos. ¿De qué libertad dispongo? El de aquí es un rebaño descarriado pero es mi rebaño y mi sitio todavía no los he perdido y no voy a abandonarlos. La línea de mi sangre ha recorrido un curso estrecho todas estas generaciones y no deseo verla ramificarse pues así se vuelve más fina y se disipa hasta que deja de fluir. Si el mundo gira aunque sea solo un poco más temo que perderemos a nuestras familias. Me mantendré cerca de ellas y de mis amigos. Ofrecen vida y calor y esperanza. El año que viene si tengo dinero visitaré a James y ya veremos entonces si hemos estado perdidos. Me gustaría ver el oeste.

Mi cuarto estaba frío no conseguía entrar en calor. Me acurruqué en la cama dejando que las velas se consumieran para aprovechar el poco calor que pudieran generar. Cerré los ojos a su luz parpadeante y me esforcé en rezar por el perdón hasta que la voz del Señor vino a consolarme y acompañarme y me calmé un poco y me sentí más seguro. Pero mi concentración fluctuaba y mi mente perdía el hilo de la oración. Abrí los ojos.

Todavía sonaban las campanas se oía su eco discordante a lo lejos aullando en las horas primeras del nuevo año. Un sonido seductor la única señal de que la vida humana continuaba esa noche. Pero no llamaban a nadie la noche estaba vacía. Y vi que aquí no se construirá ningún reino que ninguna de las glorias celestiales iluminará esta tierra. La luz de la Salvación cayó una vez como un rayo atravesando la noche y brilló en estas montañas pero las nubes han crecido desde entonces y ya no lo veo. Estoy muy

necesitado de algo de luz.

Las campanadas se alargaron. Por un breve momento pareció que se volvían más lentas y arrastraban el tiempo para que aminorara el paso con ellas. Que podría respirar y retrasar mi respiración hasta detener el tiempo dentro de mis pulmones que podría obligarlo a una pausa hasta entenderlo y respirar juntos. Pero la lentitud de mi respiración no bastó y las campanas retomaron su tañido extraño y fantasmagórico su sonido flotaba en la noche como un espectro entre las montañas antes de desaparecer. Y entonces se hizo el silencio y el año entró en la eternidad. Ahora es otro año.

Los años no me serán restituidos. Pasan y avanzan hasta que todo se acaba antes de que me arranquen la vida los noto estirando de mi pecho y entrañas y siento un profundo dolor. Me pesan demasiado los brazos y las piernas para oponerme a ellos. Sé qué es esta sensación es pérdida y es desgarradora y tengo miedo. Qué raro cuán animal me siento en este momento solo carne y huesos que revisten un núcleo vacío y el instinto de gritar ante la soledad de todo ello. ¿Dónde está el alma que mantiene unida esta vida?

Y no obstante los días llegan administrados como el agua de un pozo que se seca. ¿Cuántos más tendremos? Los días llegan cada vez en menor número cada vez más breves y noto la presión del tiempo. Lo perderemos todo. Las horas nos abandonan mientras todavía las agarramos y pese a que abrimos las manos para ver qué esconde nuestro puño las hallamos vacías. Este presente en el que vivimos es un punto imposible no puede ser. No hay nada salvo caer hacia la eternidad mientras el correr del tiempo nos roba la libertad.

Y empero me he sentido libre en el pasado de modo que por qué no ahora. Cada momento debe ser nuevo. Los tenemos brevemente pero no han sido vividos antes. Aunque se alejan rápidamente de nosotros y nada hay en los días que no hayamos visto ya debe haber hueco para nosotros. Hueco para decisiones y elecciones hueco suficiente para que seamos libres y no estemos condenados a los caminos trazados hasta el final sin opinar acerca de adonde nos conducen. Salvo por la libertad somos todos una parte del Averno inerte consumidos y destruidos por este mundo. Debemos tener elección. No alcanzo a verla en mi vida pero debe existir. ¿Cómo si no seremos salvados?

Registro del dinero entregado a los pobres y a la causa de Dios este trimestre

		Libras	Chelines	Peniques
Sep. 5	A la Sociedad Bíblica del Extranjero y Gran Bretaña	0	2	6
18	Al reinicio del culto en la capilla de Saltash	0	2	6
20	Un paquete de tratados	0	1	0
25	Dinero para las clases	0	2	1
Oct. 2	A los pobres	0	1	0
	A la colecta de fondos de la capilla	0	0	1
16	A la colecta de las misiones	0	2	0
19	Arriendo de la sede	0	1	0
	A Minnard	0	1	0
Nov. 3	A los pobres	0	2	0
13	A la colecta de las misiones	0	1	0
23	A un hombre al salir del trabajo	0	0	6
Dic. 12	A una hucha para las misiones	0	1	0
25	A las estampas de los misioneros	0	0	3
	A los pobres	0	1	0
27	A los pobres de Quethiock	0	3	6
	Dinero para la clase	0	2	1
		1	**4**	**6**

Escritor inglés, Peter Hobbs vio interrumpida su carrera diplomática por una larga enfermedad que, finalmente, fue una de las causas de su carrera literaria.

Su primera novela, *Solsticio de invierno*, resultó de gran éxito en Inglaterra y su libro de relatos *Profundo mar azul* fue finalista del prestigioso premio Whitbread y del IMPAC, además de hacerse con el Betty Trask de 2006.